

Selección RNR

NURIA ESPERT MÁS

*Un rincón del corazón
que nadie pisa*



Romance Actual

Un rincón del corazón que nadie pisa

Nuria Espert Más

Un rincón del corazón
que nadie pisa

Nuria Espert Más





INDICE

UN RINCÓN DEL CORAZON QUE NADIE PISA

SINOPSIS

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

LUCÍA

ALBA

CRISTINA

MATEO

ALAMAR

UN NUEVO COMIENZO

TATA

POR LA TARDE

PATRICIA

ES AZUL DEL CIELO

LAS BUENAS INTENCIONES

EN EL PATIO

LA GOTA

UNA TARDE, EN CASA DE LUCÍA

NUEVOS PLANES

UNA PRIMERA MIRADA

UNA LLAMADA MÁS

MIRAR UN CUADRO

A VECES ES SEGÚN EL CRISTAL CON QUE SE MIRA

UNA CONVERSACION INDESEADA

NUEVOS PLANES

EPICENTRO CHISMOGRÁFICO

NOCHE DE PIJAMAS

EL PRIMER REGALO DE NAVIDAD

LLEGA LA NAVIDAD

DE VUELTA A CLASE

INFORME SEMANAL

ALBERTO

TARDE DEL SÁBADO

NOCHE DEL SÁBADO

MAÑANA ES DOMINGO

UN DOLOR QUE NO CESA

AROMAS Y CONFIDENCIAS

DESPIERTAN LAS PALABRAS

LA RED

PUEQUEÑOS MOMENTOS

ALGO PERSONAL

NOVEDADES

NOCHE DEL SÁBADO

ES LARGA LA ESPERA

UN ENCUENTRO ESPERADO

TARTE INESPERADA

UN ESTRENO

VULGARIDAD

ES MÁS FÁCIL DAR QUE PEDIR

UN DESEO, UNA CANCIÓN

EL REGALO PERFECTO

EL CUADERNO DE PEPA

BUENAS NOTÍCIAS

A FUEGO LENTO

UNA OPORTUNIDAD, DOS SEMANAS

DE VUELTA A CASA

TE NECESITO

SEGUNDA SEMANA

LA CURIOSIDAD

SE ACABA EL TIEMPO

BAILAR BAJO LA LLUVIA

CLARIVIDENTE

ENCRUCIJADA

TARDES MATEMÁTICAS

EL NUDO

DOBLE CITA

CINCO MINUTOS

DE VUELTA CON LA VIDA

SIN MIRAR ATRÁS

NADA QUE OCULTAR

LA VIDA

UN DÍA ESPERADO CON MOMENTOS INESPERADOS

DÍAS DE ESPERAS, SIN NOCHES EN CALMA

UNA CENA INFORMAL

LA MÚSICA HACE BAILAR EL AIRE QUE RESPIRAS

LO QUE NO SUCEDE

PUEDE HACER FRÍO EN PRIMAVERA

TODO SE ACLARA

PALABRAS QUE SEPARAN Y QUE EL VIENTO NO ALEJA

LOS MEJORES RECUERDOS

UN NUEVO RUMBO

UN RECUENTRO ESPERADO

GESTOS QUE VALEN MÁS QUE LAS PALABRAS

TOMANDO LA MEDIDA AL TIEMPO

VOLVER

UN NUEVO FINALL O UN NUEVO PRINCIPIO

SOBRE LA AUTORA

SINOPSIS

Esta novela se abre paso, desde el corazón, a un lugar donde las historias se entretajan entre las sombras de los recuerdos y la necesidad de reinventarse.

Distintos personajes y diferentes historias forman esta novela llena de esperanza, amor, vida y emociones.

Descubre un mundo de soterradas voluntades y afanes secretos.

Saborea el placer de las pequeñas cosas, el valor de las personas que permanecen cuando todo se desvanece y cómo el amor puede hacerte bailar bajo la lluvia.

Se inicia el curso en el instituto de Alamar, un sencillo pueblo de costa con encanto. Alba, una nueva profesora, y su hija Lucía intentarán adaptarse con diferentes expectativas. Su llegada será el punto de partida que cambiará el curso de otras historias, guardianas de secretos y de ambiciones simuladas.

Mateo, un anciano derrotado por la vida que añora a su mujer pensando que ha gastado todas sus palabras.

Patricia, una mujer despojada de su fortuna tras la crisis, en busca de su oportunidad.

Diego, un compositor que vio cómo su vida daba un vuelco, enredado en el desamor y la desesperanza.

Pepa y Manuel, sencillos y sabios, almas de una casa que será cobijo y encuentro.

Cristina, Alberto, Sabina, Sofía, Abel...

Cada uno tiene su lugar y sus caminos se entretajan formando un mosaico donde el amor y la vida cobran protagonismo como un soplo de aire fresco que te hará sentir bien.



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

©Nuria Espert Más, 2017

<http://nuriaespert.blogspot.com.es/>

<https://www.facebook.com/unricondelcorazon/>

Diseño de cubierta: Annabelle Ríos Badillo

Ilustraciones de cubierta: Annabelle Ríos Badillo

<https://www.facebook.com/annabelleriosbadillo/>

www.bellyrios.com

*A las personas que quiero.
Elas aportan amor a mi vida,
creyendo en mí a pesar de lo que no soy.*

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis lectores por dar sentido a mi libro y animarme a seguir con sus comentarios y apoyo. Si en ellos está magia no sería posible.

Gracias a mis padres por introducirme en el mundo de la fantasía con sus juegos y buenas historias. A mis hijos por no cansarse nunca de pedirme un cuento inventado. A mi marido por que cuando escribo parece que me apee del mundo y que baje solo de visita.

Gracias a Carmen Alapont por pedirme que le escribiera un cuento. No sabía entonces lo que su petición iba a cambiar mi vida. Gracias también por leer mi libro y ayudarme con sus comentarios y correcciones, siempre con una sonrisa.

Gracias a Juan por su espíritu crítico y su sinceridad al leer lo que escribo.

Gracias a Annabelle Ríos Badillo, por su dedicación a la hora de maquetar y su preciosa portada. Annabelle es diseñadora gráfica, ilustradora y fotógrafa de gran calidad, destaca por su creatividad y sensibilidad a la hora de plasmar sensaciones y sentimientos. Me considero afortunada por haberla conocido, es una persona detallista y generosa, con la que es fácil conectar y compartir sueños.

Gracias a Laura Ruiz Urbán por su lectura del manuscrito. Laura es la autora de "Perdida en la estación", un libro comprometido que trata el tema de la violencia de género con una valentía, que no puede dejar de conmoverte.

LUCÍA

Lucía miró por la ventana, ninguna nube interrumpía la suave luminosidad del cielo.

Era su primer día en el nuevo instituto de Alamar, el cuarto centro de una lista de demasiados cambios, demasiadas despedidas.

Le embargó una conocida desazón, mezcla de emoción y de miedo, de anticipación por lo que estaba por llegar. A veces, cobraba intensidad y le costaba respirar.

Sabía, tenía la certeza, de que desaparecería. Más ahora, no podía evitar sentirse así. Le habían inculcado desde muy pequeña la importancia de mirar el lado positivo de la vida, eso ayudaba un poco.

Su madre le había dicho que pensara en el cambio como una oportunidad de conocer amigos, abrir nuevas puertas y atisbar otras versiones del mundo.

Ella no había pedido nada de eso.

El malestar se introdujo con desánimo en su interior, apagando la claridad de la mañana. Aún no tenía una palabra para nombrarlo, pero sabía a desarraigo. Otra vez esforzarse en ser, en darse a conocer, para luego tener que dejar una vez más lo conocido a lo largo del camino.

Solo tenía dieciséis años, pero sentía que había vivido tanto...

Tenía que ir a desayunar, la vida siempre parecía más fácil después de una tostada y un tazón de leche tibia. Además, el pan del pueblo era sorprendentemente bueno. Sonrió pensando en su abuela, cuando lo probara no podría decir "ya no se hace pan como él de antes".

Al menos contaba con que su madre no le agobiaría con gastadas palabras de ánimo, las dos sabían leer en el rostro de la otra. Cuando necesitaba decir no, la entendía sin palabras.

Su madre era profesora del instituto, para ella también era un nuevo principio.

Apenas habían tenido tiempo para mudarse, la pequeña casita que habían alquilado no había estado libre hasta finalizar la temporada de

verano. Habían trabajado duro, pero había valido la pena, ya podía reconocerse entre sus blancas paredes y sentirla un poco como propia.



ALBA

Alba oyó a su hija trajinar por la habitación. Tenía los nervios a flor de piel, no podía evitar sentirse emocionada, este era su primer destino como profesora definitiva. Se acabó el deambular como sustituta y tener que dejar en manos de sus padres la crianza de su hija, se acabaron los traslados con los obligados cambios de colegio. Ahora tendrían estabilidad, vivirían a un paso del instituto y desaparecería la incertidumbre de no saber cuál sería su próximo lugar de trabajo.

Necesitaba que con Lucía todo funcionara. Ella podría integrarse o no en la nueva vida que iniciaban, pero su hija... Lucía era lo más importante, si su hija era razonablemente feliz, todo lo demás sería superable.

Cerró los ojos, aspiró el aroma de su infusión, la fragancia inundó sus sentidos invitándola a serenarse.

Lucía entró en la cocina, Alba disimuló su propia inquietud con una sonrisa. Ya le había comentado las primeras impresiones de los que iban a ser sus profesores. Siempre intentaba darle a todo una pátina de optimismo, hacerle ver el mejor de los futuros posibles, pero a pequeñas dosis, sin apearse de la realidad. Tenía claro que para su hija haber dejado la ciudad y sus amigas para irse a vivir a un pueblo que se quedaba sin habitantes tras el verano, por mucho mar y paisaje que tuviera, no era el mejor de los destinos, hoy por hoy.

Lucía mordisqueó, distraída, su tostada. No quiso pensar, otra vez, en las amigas que dejaba atrás, tampoco en las promesas que no iba a poder cumplir. Las risas y confidencias por Internet estaban bien, pero carecían de la intensidad y la complicidad del tú a tú, con una buena amiga. Sería un largo curso, el próximo verano estaba ¡tan lejos!



CRISTINA

Cris, somnolienta, entrecerró los ojos. Hacía ya un buen rato que había sonado el despertador, la luz entraba a raudales por la ventana de su habitación, acompasada por el suave rumor de las olas del mar.

Tenía esa edad en la que sientes que el mundo no te pertenece y que no acabas de encajar. Su ayudante personal había elegido cuidadosamente con ella la ropa el día anterior y esta se hallaba pulcramente dispuesta en una silla de su habitación. Patricia siempre le sugería la mejor forma de actuar y vestir en cada ocasión, pero esta vez había sido un incordio. No se había sentido escuchada cuando le dijo que el atuendo elegido era demasiado formal, todas irían con shorts y camisetas de tirantes, ropa cómoda para combatir el calor y lucir el bronceado.

Su abuela materna vivía en Madrid, había decidido que era necesario que tuviera la ayuda de una asistente, mientras su madre permaneciera internada y ellos siguieran en Alamar. No quería que su única nieta se asilvestrase en su nuevo entorno. Diego, su padre, tras escuchar con infinita paciencia las mil y una razones para no irse de Madrid, había cedido en ese último empeño, aunque no lo considerara en absoluto necesario.

Retiró la sábana con fastidio, no había nadie a quien deseara de verdad volver a ver. Además aún se sentía descentrada con los cambios de horarios, tras quince días geniales en los que había acompañado a su tío de gira por Argentina.

Al levantarse se miró en el espejo de cuerpo entero que decoraba una de las paredes de su habitación. Se enderezó con suave elasticidad, su cuerpo era fluido, se movía como el agua, ya anunciaba la belleza que alcanzaría en la plenitud. No había heredado el verde oliváceo de los ojos de su madre. Pero sus ojos almendrados, grandes y expresivos, te atrapaban por la intensidad de su mirada. Ella solo se fijó en un irritante acné que había aparecido justo donde más se le notaba.

Miró la hora, tenía que darse prisa, cogió la ropa con desgana. Bueno que más daba, pensó que tampoco importaba tanto. Hiciera lo que hiciera no

cambiaría el hecho de que no se sentía integrada. Aunque lo había intentado, no había sido capaz de encontrar su lugar.

Un grupo de chicas la buscaron en cuanto supieron de quién era sobrina. Al principio las deslumbró y tenía que reconocer que esa sensación le gustó. Poco a poco el interés se perdió, ella tampoco tenía tanto que contar, su tío ya no estaba tan de moda en España y los artistas con los que se codeaba eran famosos en Sudamérica pero aquí no eran conocidos. Además, los chismes le aburrían y ellas se pasaban la vida hablando de la vida de los demás. Se ganó sin pretenderlo fama de estirada con su ropa siempre tan estilosa y por no compartir una información que realmente no tenía.

Añoraba los tiempos en los que su madre no estaba en el centro de rehabilitación, la época dorada de su infancia en la que su padre recibía muchos encargos como compositor y podía costear una casa en el barrio residencial más exclusivo de la capital. Su madre brillaba como la estrella que debería haber sido, siempre perfecta. ¿Por qué todo se había torcido y acabando tan mal?

Bajó a la cocina, Pepa la esperaba con su desayuno favorito. Ella y su marido no tenían hijos ni obligaciones familiares, habían aceptado seguir trabajando para ellos y acompañarlos en su nueva casa, aliviados al saber que seguían siendo necesarios. Pepa la había visto nacer y había volcado en ella un amor callado, siempre presente y fiel. Junto con Manuel eran dos pilares básicos en la vida de Cris, aunque ella no fuera muy consciente de ello. Eran los que se quedaban cuando sus padres tenían que atender sus múltiples compromisos, los que dejaban su quehacer para escuchar, los que imprimían con su esfuerzo y trabajo la pátina de calidez y seguridad que todo hogar debería tener.

Pepa miró a Cris ¡qué preciosa y vulnerable le parecía! El top de perfecta caída acentuaba su esbeltez y le daba un aire algo mayor. Iba a decírselo cuando vio como su mirada rehuía la suya, supo que no quería una zalamería.

—Buenos días, ¿has dormido bien?

—Sí, buenos días. Empezar el curso no me quita el sueño, tata.

Patricia entró en ese momento en la cocina, su voz se tiñó de desagrado.

—Cuántas veces tengo que decirte, que llamar tata a una empleada no es la forma adecuada de dirigirte a una persona que al fin y al cabo, depende de tu sueldo. Digo esto, por supuesto, sin desmerecerla porque yo aprecio su papel en esta casa.

Como tú pequeña Patricia, como tú, con tus aires de grandeza —pensó Pepa.

—Ya no tienes seis años, has de aprender a comportarte como la mujer que estás empezando a ser. Tu abuela me hizo hincapié en que deberías dejar ya de lado las familiaridades infantiles...

—Patricia —Cris sintió cómo le costaba tragar el último bocado—hoy es mi primer día de clase. ¿Podemos olvidar un poco mi formación y relajarnos? Ya estoy lo suficientemente alterada.

—Claro, Cris —el rostro de Patricia cambió completamente—ya sabes que yo estoy aquí para ayudarte. Agradezco que me digas cómo te sientes, es solo que no puedo evitar preocuparme por ti.

Y yo no puedo evitar preocuparme por la clase de persona en la que quieres convertirla —pensó Pepa apesadumbrada, mientras trajinaba sirviendo el segundo desayuno.

Cris se levantó y recogió su servicio. Aprovechando que Patricia estaba de espaldas acarició levemente la mano de Pepa con una mirada cómplice.

Patricia estuvo a punto de decir: No tienes por qué recoger el desayuno. Pero se lo pensó mejor, tenía que ser más sutil con Cris y limar sus defectos con inteligencia. Deliberadamente, dejó caer al suelo su servilleta. Ella, por supuesto, no tenía intención de recoger nada.



MATEO

Mateo dejó escapar un hondo suspiro de frustración. Hoy se sentía especialmente derrotado. Derrotado por la vida que se empeñaba en mantenerlo allí.

Quería ser un viajero de las estrellas, esas que antes contemplaba con Marisa, su mujer. Cuando las tareas del día acababan, sin la luz de farolas que les alejaran de la noche, ellos se sentaban a la vera de la casa, arropados por el amor sereno que ahora tanto echaba de menos. Juntos hablaban con voz queda, contemplando el firmamento cuajado de estrellas con la luna nueva, mirando su pequeño mundo teñido de azul con la luna llena.

Hablaban hasta que las palabras dejaban paso a la necesidad de ir más allá y redescubrirse en unos cuerpos que reinventaban la pasión en cada encuentro.

Aún se estremece con el recuerdo de los dedos sobre su piel, del olor de sus rincones más secretos...

Hace tiempo que dejó de llorar por el olvido de unos rasgos que se desdibujan en el tiempo. Ahora cierra los ojos, se deja llevar por la memoria de su cuerpo y se mece con los atisbos de la plenitud vivida antaño. En esos momentos no quiere abrir los ojos, sabe que cuando lo haga, la soledad le dejará sin aliento.

Ya no le gusta el verano y sus noches tan cortas. En la residencia, las estrellas caben en el marco de su ventana, el sueño le vence con su olvido sin sentirla apenas.

Ha alquilado su casa a Alba, una profesora que vivirá allí con su hija. Le ha gustado cómo ella le ha cogido la mano y le ha mirado con amabilidad.

Alba dice que la casa le ha encantado. Ha apreciado la luz que entra a raudales por las amplias ventanas, esas que su mujer se empeñó en agrandar porque decía que sin luz se ahogaba.

Le ha emocionado que al verlo sentado al lado de la puerta, sin duda perdido en lo vivido, le dijera con una mirada vieja, cargada de comprensión, que fuera a sentarse allí siempre que quisiera.



ALAMAR

Alamar es un pueblo que combina la actividad agrícola con un turismo estacional. En su costa, la tierra se adentra de forma abrupta hacia el mar dibujando un paisaje de acantilados y calas de gran belleza, pero de difícil acceso. Las playas con sus estrechas franjas de arena, no permiten la saturación de otros parajes. Gracias a ello, los visitantes pueden disfrutar de un ambiente tranquilo que no ha perdido el encanto de las antiguas villas marineras. Dos pequeños hoteles y unas casas rurales ofrecen sus servicios a un reducido turismo que no resulta por su número tan invasivo como en otras zonas. Aún así y a pesar de ser la principal fuente de ingresos, hay quien piensa que la gente forastera está de más, como si el hecho de nacer en un lugar implicase ser dueño y señor con derecho de admisión.



UN NUEVO COMIENZO

Lucía y su madre se separaron en la entrada del instituto. A pesar del ajetreo, a Lucía le sorprendió la poca gente que había, acostumbrada como estaba a otros centros. Se preguntó si sería más difícil entablar relación, solo había una clase de su nivel. *Menos alumnos, menos posibilidades* —pensó.

Inquieta, empezó a notar un repentino vacío en el estómago, cogió aire. En ese momento casi tropezó con dos chicos que entraban alborotados en clase.

Todo el mundo formaba corrillos y charlaba animadamente. Todos no, una chica se dirigía hacia una de las mesas. Lucía, desde la puerta, observó cómo se sentaba y se quedaba mirando por la ventana, como si deseara salir de allí.

Podía ser que fuera nueva también, a Lucía impulsivamente le pareció su mejor opción. Sin pensar, se dirigió hacia ella, sentándose a su lado tan nerviosa que durante un buen rato no pudo dejar de hablar.



TATA

Pepa estaba atenta a la vuelta de Cris, había aprendido a leer las señales con las que a veces intentaba enmascarar su desaliento. Esta vez, esperaba verla más animada, el que por fin hubiera tenido permiso para acompañar a su tío durante unas semanas, parecía haberle hecho mucho bien.

La espera se le había hecho larga, a pesar de que había parado quieta solo para tomar un café a media mañana. En la cocina, con tomates recién cogidos del huerto, patata cocida con su piel, pimiento asado y un aliño de aceite de oliva con albahaca, había preparado un entrante que a Cristina le encantaba. Manuel había madrugado para poder traer de la lonja rape y unas almejas muy frescas. El pescado y el marisco, bien limpio y sazonado, se cocinaba lentamente en la cazuela de barro con un sofrito de almendras y tomate que empezaba a oler muy bien.

Por fin vio llegar a Cris, la mochila inclinada sobre uno de sus hombros, el rostro relajado, la mirada chispeante al verla en el zaguán.

Todo bien tata, le susurró al oído mientras le daba un ligero beso en la mejilla.



POR LA TARDE

Acabadas las clases, los pensamientos de Alba volvieron a Lucía, ella quería prolongar en lo posible que sus compañeros no supieran que era hija de una de las profesoras, así que iría directamente a casa. En un pueblo pequeño todo es noticia, Alba esperaba que para entonces, su hija ya estuviera más integrada.

Aunque no podía evitar preocuparse un poco, la verdad es que en el fondo confiaba en que todo iría bien. A pesar de sus inseguridades típicamente adolescentes, Lucía irradiaba luz interior, miraba a los demás de forma directa y sincera, buscando lo mejor que las personas le podían ofrecer y dando lo mejor de ella misma a cambio. Se la imaginaba inquieta, sonriente, buscando la mejor oportunidad para hablar y darse a conocer.

Para ella, la mañana no había ido mal, el hecho de que las aulas no tuvieran un número excesivo de alumnos ayudaba mucho. Su clase a pesar de ser de las más difíciles, según sus compañeros, le había parecido un grupo un poco indisciplinado pero con posibilidades, se habían mostrado interesados cuando les había explicado cómo quería enfocar la asignatura.

Para su sorpresa, Lucía abrió la puerta y entró rauda, dejando su mochila en la mesa. Con mirada traviesa, le dio un beso a su madre en la mejilla y empezó a contar:

No te preocupes, ya saben todos que eres mi madre y tranquila que te he dejado en buen lugar. Gracias a dios, al tutor no le ha dado por presentarme de forma vergonzante. Me he sentado con una chica que me va y en el patio se han acercado todos a saludarme. No sabes que ha pasado...

Lucía siguió hablando entre risas.

Alba respiró.



PATRICIA

Para Patricia, este trabajo de ayudante personal suponía la oportunidad de darse a conocer y empezar a moverse en los ambientes a los que tanto soñaba volver a pertenecer.

Doña Sofía, la abuela de Cristina, había sido muy clara cuando le dijo:

“No me falles y sabré recompensarte, mi nieta necesita una persona que no le permita olvidar sus orígenes.”

El hecho de vivir en el campo le desagradaba profundamente y dificultaba su labor. ¿Cómo pulir a su pupila sin actos sociales ni eventos de moda? Las tres tardes que debía permanecer en la casa se le hacían eternas, pero era una mujer de recursos, su belleza delicada enmascaraba una voluntad férrea y una fina inteligencia que sabía utilizar para conseguir sus objetivos.

Patricia entró en el cuarto de Cris, estaba decidida a ser su confidente y ser cada vez más imprescindible. Si Cristina empezaba a volcar en ella la necesidad de cariño que su madre ausente no podía darle, su posición frente a Diego mejoraría sensiblemente.

—Hola, por fin has llegado, he estado toda la mañana pensando en ti, cuéntame. ¿Qué tal ha ido el primer día? ¿Ha triunfado tu top? —preguntó, intentando ser simpática.

Cris ladeó la cabeza, dejando que sus largos cabellos ocultaran parte de su cara. Por un momento pensó que no le diría nada, se había sentido manipulada a la hora de elegir su ropa y se había enfadado con ella misma por no haber sido capaz de defender su criterio. Pero se sentía extrañamente bien y se permitió ser un poco irónica, sin poder evitar que una sonrisa acompañara sus palabras.

—He desfilado espectacularmente por los pasillos, el top ha cumplido felizmente su cometido.

Era cierto entre comillas, los había recorrido en un tiempo récord para no tener que llegar a clase cuando la mayoría ya estuviera dentro, mirando a todo aquel que fuera entrando. El top era tan liviano que a pesar de las

prisas no había apenas transpirado, en eso Patricia había acertado.

—Ves, te lo dije, las primeras impresiones son las que cuentan, era importante que empezaras el curso con buen pie. ¿Y las amigas, los chicos...?

Cris se sintió un poco bruja, al fin y al cabo Patricia solo quería ayudar, a su manera. Intentó ser un poco más amable.

—Hoy ha sido todo un poco diferente, he conocido a una chica que es hija de una de las profesoras.

—Eso está muy bien, si te haces su amiga, seguro que la madre tiende a favorecerte con las notas.

—No, no es profe de nuestra clase. Su hija me ha parecido muy maja.

Cris se desanimó un poco, Patricia se empeñaba siempre en obtener cosas.

—¿Maja, en qué sentido?

—No sé, es interesante, agradable, divertida...

—¿Y ya sabes en qué trabaja su padre?

Cristina alzó los hombros. Ni se le había ocurrido preguntar.

—No importa, tengo una sorpresa. Yo quería celebrar contigo que este curso vamos a estar mucho juntas y... —Patricia alzó la voz teatralmente— he hablado con Diego y me ha dado permiso para que esta tarde te lleve a la ciudad. ¿Adivina quién estará firmando su nuevo disco en el centro comercial?

Cristina lo sabía perfectamente, le había pedido a su padre que fueran juntos, pero un compromiso de última hora le había obligado a aplazar su regreso de Madrid.

Todos sus celos se desvanecieron, dio un salto y abrazó a Patricia.

Ella le dio, satisfecha, unas suaves palmaditas en la espalda.

Por la tarde, Cris descubrió que Patricia sabía muchos cotilleos de sus cantantes favoritas. El trayecto y la larga cola valieron la pena, las integrantes del grupo eran geniales y se había hecho un *selfie* con ellas.

Al anoecer, a solas en su habitación, rememorando feliz un día lleno de sorpresas, se dio cuenta de que a su madre se le había olvidado llamar para preguntar por su primer día de curso. Y lo peor es que ella no la había

echado de menos. Se sintió fatal.



ES AZUL DEL CIELO

Septiembre llegaba a su fin. El verano aún se deslizaba en el recién estrenado otoño. El buen tiempo invitaba a pasear y recorrer las playas cada vez más vacías. A Alba le parecía todo un lujo disfrutar esos días todavía cálidos y luminosos. Para ella había sido todo un descubrimiento poder vivir en un lugar donde era fácil ver el cielo, dejando atrás las prisas y el ruido de la gran ciudad. A veces se sorprendía cerrando los ojos, respirando despacio, apreciando la pureza de un aire sin humos.

Poco a poco iba adaptándose a los nuevos compañeros y peculiaridades del centro. Le hubiera gustado que alguien le hubiera dicho de quedar a tomar un café o a dar una vuelta, pero ya habría ocasión. Ella se llevaba bien con su soledad. Además, cada vez se sentía más cómoda en las calles de un pueblo en él que dejaba de ser una novedad.

Le encantaba volver a casa y ver por la tarde a Mateo, sentado cerca del portal. De algún modo todo parecía tener más sentido con él allí, tan recio y sereno. Era hombre de pocas palabras, pero cuando la saludaba, sus buenas tardes sonaban sinceras.

Agradecía que Lucía se estuviera adaptando con normalidad. Después de cenar se conectaba con sus amigas del curso anterior por Internet, cerraba la puerta y había empezado a hacer de la habitación, su habitación. En el instituto había encontrado a personas que le caían muy bien, siempre estaba hablando de Cris.

La notaba más independiente, pero de vez en cuando aún la sorprendía con un abrazo inesperado que la reconciliaba con el mundo.



LAS BUENAS INTENCIONES

Patricia esperó a que fuera en punto para llamar a Doña Sofía, sabedora de lo mucho que ella valoraba la puntualidad.

—Dígame.

—Buenas tardes.

—Patricia, hoy has de ser breve, espero una visita importante.

Su voz era más severa e impaciente que de costumbre.

—No se preocupe.

—He dicho breve.

—Diego sigue trabajando mucho, solo recibe llamadas de trabajo. Nada que destacar, nunca se olvida de llamar a su mujer. Las conversaciones siguen siendo cortas. Cristina parece que ha encontrado una nueva amiga, hija de una profesora del instituto, aunque mucho me temo que sin mucha clase. A veces, en tema de ropa, se muestra un poco rebelde. En cambio, hace mucho caso en el tema de las posturas que usted me indicó que debía corregir.

—Patricia, si esa chica no le conviene a mi nieta haga todo lo posible por reconducir la situación. Como ya hablamos, es preferible que esté sola a que aprenda conductas inapropiadas. Además, Diego accederá antes a volver a Madrid si su hija no se adapta. Ha de ver con claridad qué es lo realmente mejor para ella. ¿Ha hablado con mi hija?

—Sí, encontré a Sabina muy animada.

—Perfecto. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Patricia colgó el teléfono. Doña Sofía tenía la virtud de hacerle sentir insegura. Estar en medio de tantos intereses era un poco estresante. No podía decirle ni a ella ni a nadie, que su hija ya podía disponer de unas horas fuera del sanatorio y que parecía haber encontrado otros alicientes para su recuperación. Patricia tenía también la responsabilidad de que Cristina no la llamara a esas horas, Sabina se había excusado diciendo que no quería dar falsas esperanzas a su hija.

Patricia reconocía en Sabina sus mismas armas, sabía que la trataba con

mayor familiaridad de la debida, solo porque le convenía una persona que fuera a la vez fiel, encubridora y un poco espía.

Las buenas intenciones de madre e hija, empezaban a diferir. Ambas querían que Cristina volviera a Madrid, en eso ella no podía estar más de acuerdo, Alamar estaba bien como lugar de recreo y poco más. Patricia empezaba a sospechar que para Sabina, Madrid y sus implicaciones no tenían ya el mismo atractivo.



EN EL PATIO

Cristina y Lucía salieron al patio buscando una sombra que aliviara el calor de la mañana. Dos compañeras de clase se acercaban hacia ellas. Al verlas, Cristina avisó a Lucía:

—Cuidado con lo que cuentas, Sonia es buena chica pero le gustan demasiado los chismes, lo que le dices pasa a ser público demasiado deprisa.

—Descuida.

La verdad es que era difícil no simpatizar con Sonia, era muy alegre y habladora, su risa era franca y contagiosa. Entre ella y su amiga Mara, las estaban poniendo rápidamente al día de las últimas novedades.

—Cris, ¿sabes que Regi está a punto de romper con su chico? A lo mejor ahora tienes tú una oportunidad. ¿Aún te gusta? —comentó Sonia mirándola con intención.

—No, tranquila, él ni siquiera me gustó de verdad.

—Pues al principio no lo parecía. ¿Y ahora quién te gusta? Yo si quieres te puedo informar de un candidato. Bueno, te lo digo, me han dicho que Abel ha hablado mucho de ti este verano, parece que se le ha hecho largo no verte. Mira, está allí en la esquina. ¡Ay! ¡No te vuelvas, que está mirando hacia aquí!

Lucía se giró involuntariamente y Cristina se echó a reír, enseguida mandó balones fuera.

—¡Qué va! A mí me han asegurado que Abel tiene otros intereses. Por una vez, creo que estás mal informada —le advirtió Cris, medio en broma.

Sonia hizo caso omiso.

—¿Quién? ¿No serás tú? —dijo mirando a Lucía—porque con Mara no tiene nada que hacer y yo ya sabéis que estoy pillada.

Lucía intentó desviar la conversación de sí misma.

—No lo sabía, ¿con quién sales?

—Víctor me lo pidió este verano, llevamos ya un mes y seis días. Mira, por ahí viene, os dejo chicas que tenemos que quedar. Mara, vamos.

Cuando se alejaban, Cris y Lucía se miraron divertidas.

—Así que tienes un admirador secreto —dijo Lucía con gesto pícaro.

—Lo dudo mucho, la verdad, Sonia ve amor por todas partes. Ya verás que no tiene malicia, pero le encanta hacer de celestina y es Radio Gaceta Abel me cae muy bien, es de lo mejorcito de la clase, nada más.

—Bueno, ¿y el otro chico?

—Cuando lo vea por el patio te digo quién es, es de segundo de bachiller. Es difícil no fijarse en él, pero me alegro mucho de que no se decidiera por mí.

—¿Qué pasó? —preguntó Lucía extrañada.

—La verdad es que me gustaba un montón. Es alto y sabe mirar de una forma que te deja sin respiración. Regi y yo competimos por llamar su atención, ella fue la elegida. Pronto me di cuenta de que salí ganando yo.

—¿Y eso?

—Porque no la deja vivir. Bueno, mentira, sí vive, vive para él. No puede hablar con otros chicos porque le monta unos números que no veas. Sus amigas se quejan de que casi nunca sale con ellas. Y me han contado que cuando lo hace, tiene que enviar cada media hora fotos de dónde está y con quién. Además, la ha cambiado.

—Esto suena cada vez peor, ¿cómo que la ha cambiado?

—Antes ella vestía más llamativa, su melena pelirroja era legendaria, siempre la llevaba suelta. Yo cada vez la veo más gris. No puedo evitar fijarme, porque durante un tiempo le tuve muchos celos. No sé, ella estaba contenta, siempre lo excusaba diciendo que él actuaba así porque la quería demasiado. Es un tipo de relación que no me va. Ella me da un poco de pena.

—Yo no quiero que me quieran tanto, quiero que me quieran mejor.

—Pues sí, ese tipo de amor tan exclusivo y celoso... lo veo agobiante, lo veo más obsesión que amor.

—Si tu pareja no confía en ti y no te deja ser tú misma, no es una buena relación. En una película, que se llamaba “Mejor imposible” o algo así, Jack Nicholson le decía a la chica que ella le hacía desear ser la mejor versión de sí mismo. Fue un momentazo que se me quedó grabado. Yo quiero algo así

para mí.

—¿Y ya has salido con alguien?

—No, me gustaba un chico pero no me hacía ni caso. Y cuando se le ha ocurrido a alguien ir a por mí, no me ha gustado. En fin, tampoco es que tenga muchas prisas por tener novio —aclaró Lucía con un encogimiento de hombros

—Yo en Madrid salí con un chico. Fue un desastre.

Lucía se quedó callada, sin atreverse a preguntar por qué.

—Pronto los besos no fueron suficientes y me propuso que me acostará con él. Pero yo no quería Lucy, no me sentía preparada ni con tantas ganas. En cuanto no hubo tema me dejó. El muy imbécil, me dijo que yo no me tomaba en serio nuestra relación. Yo me lo creí y me sentía culpable. Al poco ya estaba con otra. Imagínate qué era lo único que realmente le interesaba.

—Te quería bien poco pues, estás mejor sin él.



LA GOTA

Patricia demoró todo lo que pudo su salida de la casa con éxito. Cuando se dirigía hacia el coche, Diego llegaba en ese momento con aire un poco distraído y una forma de andar que le hacía parecer en paz con el mundo, a pesar de que un fondo de tristeza anidaba siempre en su mirada.

No está nada mal, un poco maduro para mi gusto, aunque no me importaría perderme en esos ojos negros —pensó mientras se acercaba.

—¡Hola! ¿Hoy te vas más tarde a casa?

—Sí, Cristina había quedado con Lucía y todo se ha retrasado un poco.

Los dos se detuvieron a escasos metros de la puerta.

—Parece que mi hija está muy contenta con su nueva amiga.

—Sí, la verdad es que Cristina tiene muy buen corazón, enseguida se ilusiona sin pensar.

Diego se alarmó, ¿qué quería decirle Patricia en realidad?

—¿Crees que se ha precipitado?

—No. Se ve buena chica, sencillita, pero me sabría mal que se autoexcluyeran del resto del grupo.

—Tampoco es que estuviera ella muy integrada el curso pasado.

—No, pero al final ya estaba mucho mejor.

Diego no acababa de entender, hubiera preferido que Patricia fuera más clara. Intentó indagar un poco más pero al final desistió.

—Vale, pues por favor, me vas contando cómo va todo, me preocupa mucho que pueda volver a sentirse sola.

—Claro, tranquilo, conmigo tiene mucha confianza, me escucha y me hace caso. Si hubiera algo por lo que preocuparnos, ella misma me lo contaría.

También confía en mí—pensó Diego.

—Te lo agradezco, cualquier cosa que necesites me lo haces saber. No te entretengo más, estarás deseando llegar a casa.

Patricia se despidió con su mejor sonrisa.

Hoy una gota, mañana otra, poco a poco, colmaría el vaso.



UNA TARDE, EN CASA DE LUCÍA

Lucía y Cris salieron del instituto comentando las incidencias de las últimas clases. El coche que habitualmente esperaba a Cris no estaba.

—Me quedo contigo hasta que vengan. No tengo prisa.

—No, tranquila —contestó Cris. Me han dicho que tardarían en recogerme una hora. Les voy a esperar en la biblioteca. He salido contigo solo porque me apetecía charrar un poco más, mañana nos vemos.

—Pues si te apetecía charlar, mejor con una buena merienda. Vente a mi casa, vivo muy cerquita. Cuando sea la hora te acompaño de vuelta.

—Así sin avisar, —vaciló— ¿qué dirá tu madre?

—Nada, le encantará que lleve a una amiga — dijo Lucía sonriente, cogiéndola del brazo para animarla a seguirla.

Cris enrojeció sin saber muy bien el porqué, contenta, se dejó llevar.

La casa era diminuta, Lucía la dejó pasar con naturalidad, su madre no había llegado todavía.

—Ven, dejaremos las mochilas en mi habitación.

Cris observó con curiosidad el espacio que Lucía ya había hecho suyo, tan diferente de su habitación abarrotada de cosas. Su mirada se detuvo en los libros y cómics manga de las estanterías. Al lado, en un panel de corcho, fotos y dibujos formaban un mosaico alegre lleno de buenos recuerdos. La mesa de estudio, tenía una hilera de tazas llenas de rotuladores, pinturas de acuarelas... Era fácil adivinar las aficiones de Lucía. Unos pocos objetos personales completaban la decoración.

—Me gusta tu habitación, es muy acogedora —Cris se sorprendió a sí misma diciendo eso, era verdad, le parecía cálida con su sencillez.

—Arigato.

—¿Qué?

Lucía le contestó entre risas.

—Ahora que ya sabes que me gustan los cómics manga, puedo hablarte en japonés.

—¡Ufff, qué cortas serán nuestras conversaciones!

Las dos se echaron a reír.

—En la mía es una pesadilla quitar el polvo, tengo cincuenta mil cosas.

—¿Sí? Piensa en una.

—No sé, solo una...—pensó en su peluche, un gatito que tenía el cuello un poquito ladeado, desgastado por los muchos abrazos y las fregatinas de Pepa, pero le dio vergüenza. Intentó pensar en otra, era difícil elegir.

—Ese es el problema, si tienes demasiadas cosas, es difícil ver lo especial que es solo una de ellas. Mi madre dice que no hay que pasar demasiado tiempo ocupados en amontonar posesiones que luego tenemos que limpiar y abrillantar. Nos hacen perder momentos que podríamos pasar charlando, leyendo, dibujando o simplemente disfrutando de la vida. Con tantas mudanzas como hemos tenido, dice que nuestras cosas han de necesitar pocas cajas para ser transportadas. En lo que debemos esforzarnos es en atesorar buenos momentos y en tener corazón para apreciarlos, porque ellos son los mejores compañeros de cualquier viaje.

Cris enmudeció, sin saber muy bien cómo sentirse.

Lucía le dio un rápido abrazo y cogiéndole la mano la llevó hasta la cocina, mientras le decía:

—No me hagas caso, que soy muy teatrera. Y no te preocupes que no te voy a dar sake para merendar.

Cris recuperó la sonrisa. Lucía le caía realmente bien.

—Pues yo ya me había hecho ilusiones.

Las dos volvieron a unirse en una carcajada.



NUEVOS PLANES

Patricia colgó el teléfono, aún estaba intentando asimilar toda la información. Si jugaba bien sus cartas podría salir muy beneficiada del giro que estaban dando los acontecimientos.

La madre de Cristina le había insistido que no podía contar nada. Ella se encargaría de comunicarlo todo, cuando fuera el momento oportuno.

Tenía que llamar a Doña Sofía y lograr que ampliara el horario acordado. Quizás si le contaba que la nueva amiga de Cristina no era una buena influencia, conseguiría que la contratase también para las horas de la comida y alguna tarde más.

Se centraría en llegar a ser para la hija, el consuelo por la madre ausente y una amiga. Para el padre, la mujer que todo hombre desearía encontrar al volver a casa.

Todo empezaba a ponerse muy interesante. Ahora tenía que ser cada vez más esencial en esa casa y quién sabe, podría llegar a ser algo más que una empleada.



UNA PRIMERA MIRADA

Alba miró su reloj, tenía que ir a recoger a Lucía que estaba haciendo un trabajo con Cristina. Su hija le había dado un plano de cómo llegar a la casa de su amiga.

Condujo hacia las afueras de Alamar siguiendo las indicaciones y pronto vio el desvío a la derecha que debía tomar. El camino serpenteaba empinado y estrecho. Moderando su velocidad, se permitió disfrutar de los retazos del bosque mediterráneo que jalonaban ambos lados de la vía. Bajó la ventanilla del coche y el frescor de la tarde la embargó con un cóctel de aromas y sonidos secretos.

Al poco, empezó a ver el muro de desgastada piedra que protegía la propiedad. Alba lo siguió hasta dar con la puerta verjada que daba acceso a la entrada. Salió del coche y pulsó el interfono, protegido bajo una antigua teja.

Un hombre con ropa de faena, rostro trabajado por el sol y sonrisa afable, le abrió la puerta.

—¡Buenas tardes! ¿El papá de Cristina? Soy Alba, la mamá de Lucía tenía que venir a recogerla sobre las siete—le dijo ofreciéndole su mano.

—¡Buenas tardes! No. Yo soy Manuel, vivo y trabajo aquí junto con Pepa mi mujer. Su padre no está en estos momentos. La estaba esperando, me temo que su hija aún tardará un poco, será mejor que se acerque a la casa y hable con ella. Puede dejar el coche dentro, así le resultará más fácil maniobrar para salir.

Alba así lo hizo. Cuando bajó del coche, Manuel le dijo mientras cerraba la puerta:

—Siga la senda que va subiendo, la casa está justo detrás de la pinada, desde aquí no se ve por la pendiente. No tiene pérdida.

Alba lo vio alejarse, se preguntó cómo se las arreglarían cuando llevaran maletas o una compra voluminosa. Aún no sabía que si hubiera seguido la carretera, habría llegado hasta un segundo acceso que comunicaba con la parte trasera del edificio.

Dejó el bolso en el coche y miró a su alrededor, el paraje era una versión más despejada del bosque más allá del muro. Se encaminó hacia la senda.

A la derecha, el camino se desviaba hacia un pequeño mirador. Un frondoso árbol daba sombra a un sencillo banco de piedra; frente a él, una balaustrada pintada de blanco invitaba a mirar un poco más allá. Sin prisas, se encaminó hacia ella, la vista que se desplegó ante sus ojos la dejó sin respiración. El mundo parecía acabar ahí. El terreno descendía abruptamente hacía el mar, que se veía salpicado en sus orillas por desgastadas rocas. El agua llegaba hasta ellas acompañada, creando sutiles formas con la espuma de sus olas. Una repentina ráfaga de brisa la asaltó con un aroma de sal y tierra mojada, el horizonte se abría ante ella descubriendo la inmensidad del mar en un despliegue de intensas tonalidades azules y turquesas. Sintió que todos sus sentidos se abrían paso a la plenitud de tanta belleza.

Adivinó la magia del atardecer, apenas insinuado en la tibieza de la luz que a la tarde acompañaba. Cerró los ojos, pensó en cómo sería pertenecer a un lugar así y poder leer cobijada a la sombra del árbol, acunada por las olas, en perfecta soledad. Suspiró y sonriendo susurró:

Podría acostumbrarme.

Un suave carraspeo la sacó de su ensoñación. Se volvió súbitamente avergonzada, no era muy correcto, no haber ido directamente hasta la casa. La sonrisa del hombre la relajó.

—Perdón, he sentido el impulso de acercarme hasta el mirador, la vista me ha impresionado.

—No se preocupe, la acompañaré hasta la entrada.

Manuel, temiendo que sus palabras parecieran un poco bruscas, añadió:

—Entiendo lo que quiere decir, las vistas son excepcionales.

—Sí, lo son —respondió Alba con una sonrisa sin saber mucho más que decir, aliviada por la amabilidad de Manuel— le agradezco su ayuda.

De vuelta, la pendiente descendía hacia una explanada en la que la vivienda de dos plantas apenas se entreveía detrás de una zona arbolada. La finca era muy grande y aunque apenas estaba ajardinada, mantenerla con el cuidadoso aspecto que ofrecía tenía que suponer mucho trabajo.

La casa parecía muy antigua, sus severas paredes de piedra se veían apenas remozadas, la hiedra cubría parte de los muros compitiendo con su verdor, con la vistosidad de los geranios que asomaban en los alféizares de las ventanas. Los postigos de madera pintados de claro azul, se abrían a luz del atardecer completando el conjunto.

En el tejado, sobresalían entre las tejas envejecidas varias chimeneas que contribuían a dar un toque acogedor al lugar, ofreciendo su calidez para los días invernales que se avecinarían.

La entrada estaba flanqueada por dos columnas labradas que servían de soporte a un arco formado por dovelas de piedra tallada, dando un aire solariego al lugar. A la derecha, la esquina estaba totalmente cubierta por una exuberante buganvilla que daba un toque de vistoso color a la fachada, sus pequeñas flores tapizaban el suelo. Una gruesa cortina, protegía el paso, tapando una recia puerta castellana. Manuel asió la manivela de forja invitándola a pasar.

Lucía estaba al tanto y salió al recibidor en cuanto la oyó entrar. Besando a su madre le dijo que por favor, esperara un poco, estaban terminando el trabajo. Había intentado avisarla pero no había contestado a sus llamadas. Alba sacó su móvil, efectivamente ahí estaban, tenía el móvil en silencio. Le había puesto en ese modo para que no pudiera molestar mientras estaba reunida por la mañana y después se le había olvidado por completo. Bueno, podría esperar fuera.

Una señora de amables facciones y sonrisa franca, entró y la saludó presentándose como Pepa, encargada de la casa.

Alba le devolvió el saludo y le dijo su nombre, dándole dos besos.

—Estará mejor dentro, ahora ya empieza a refrescar.

—Gracias.

Alba la siguió hasta una acogedora habitación que la sorprendió por su sencillez. Pepa la invitó a sentarse en una butaca que se encontraba al lado de la ventana, ofreciéndole una infusión. La luz que entraba por ella invitaba a leer las revistas que se amontonaban en la mesita que estaba a su lado. Allí sentada, se relajó, el tiempo pasó deprisa, casi le penó que Lucía acabara tan pronto.

Cris les acompañó hasta la verja de la entrada.

De regreso, cuando finalmente aparcaron delante de la casa, Lucía cargó con su mochila y se adelantó para abrir, le encantaba que su madre por fin hubiera accedido a darle las llaves.

Alba sonrió al comparar su casita con la masía de Cristina. Su muro era pequeño, no se alzaba para evitar las miradas curiosas, dejaba ver el estrecho patio con rosales a ambos lados. Mateo estaba allí, en su lugar acostumbrado, vio como Lucía lo saludaba alegre. En lugar de entrar saludó también y se sentó en el banco que había al otro lado de la puerta. Las palabras surgieron como si pensara en voz alta:

Hoy ha sido un buen día, he ido a la casa de la nueva amiga de Lucy, todo lo que he visto me ha gustado, la complicidad entre ellas... El lugar donde vive parece sacado de una novela de la Toscana por su rústica de belleza, todo desprende serenidad y a la vez mucha vida. Hay un mirador que permite ver el mar como si el cielo estuviera más cerca.

No he conocido a sus padres, me hubiera gustado. Dos personas muy amables cuidan del lugar y de Cristina.

Están saliendo tan bien las cosas que casi tengo miedo de despertar la envidia de un espíritu travieso. Bueno, tendré que empezar a hacer la cena.

Alba se levantó. Al pasar por el lado de Mateo, le sonrió y tocándole levemente el hombro le deseó buenas noches.

Mateo quiso abrazar esa mano y decirle: Me alegro. Pero se quedó quieto y la oportunidad pasó.



UNA LLAMADA MÁS

Diego colgó el teléfono con un gesto de frustración. Cada vez le costaba más enfrentarse semanalmente al momento en que volvía a oír la voz de su mujer, tan cortante y fría, desgranando sus quejas en una letanía que cada vez más, le provocaba una sensación de pérdida y hartazgo.

Dónde habían quedado esos días en que no podían esperar para quitarse la ropa y lanzarse el uno en brazos del otro.

Tal vez fueron demasiado jóvenes para asumir un éxito que se les subió a la cabeza como burbujas de cava y para educar a una hija en un momento, en que la música y los compromisos sociales eran demasiado exigentes.

Sabina había querido abortar porque su embarazo hacía peligrar un posible trabajo que hubiera adorado, pero él había sido incapaz de apoyarla en esa decisión y le había prometido que todo iría bien y que serían la familia perfecta. No pudo cumplir su promesa.

Él sintió un amor incondicional en cuanto tuvo a Cristina entre sus brazos, querer a su hija era una de las certezas de su vida. Confiaba en que Sabina sintiera lo mismo y que todo su rencor lo volcara solo en él.

Podía vivir con sus reproches si tenía la esperanza de que al superar sus adicciones, volvería a ser ella misma, tal y como decía el médico terapeuta.

Pasaría, todo pasaría. Pronto todo sería un mal recuerdo barrido por días más felices.



MIRAR UN CUADRO

Diego entró, agradecido de estar por fin en casa, ese día había tenido que hacer demasiados kilómetros para ir a hablar con uno de los productores del nuevo disco de su hermano. Saludó a Pepa y levantó la tapa del guiso que estaba cocinando. No se había equivocado al percibir su aroma, le gustaba especialmente la forma en que Pepa aderezaba y guisaba ese pescado. Enseguida empezó a encontrarse más animado.

—Sabes cómo hacerme feliz — le dijo a Pepa sonriente. ¿Cris está arriba?

Pepa le devolvió la sonrisa, pensando que no era tan difícil hacerle feliz.

—No, se ha bajado con Manuel al pueblo aprovechando que él tenía que ir a por abono para el huerto. Necesitaba comprar cosas para un experimento de ciencias.

Diego se dirigió hacia la biblioteca donde siempre dejaba sus cosas al llegar a casa.

La puerta estaba abierta permitiendo ver como Patricia se apoyaba de espaldas a él, en la ventana. La luz de la tarde formaba un halo a su alrededor, arrancando destellos dorados a su rubio cabello y dando suavidad a unas formas que se adivinaban a través de la fina tela.

Diego no pudo dejar de admirar la belleza de un momento que ella había escogido cuidadosamente. La imagen le recordó a un cuadro de Dalí en la que Gala vestida de azul miraba al mar por la ventana.

Patricia quería cambiar un poco su estrategia sobre Lucía, no podía negar el hecho de que Cristina parecía haber encontrado una buena amiga. Estaba atenta a los pasos de Diego y esperaba que estuviera admirándola. Se giró lentamente dejando que la luz siguiera dando vida a su pelo.

—Te estaba esperando.

—¿Querías hablar conmigo? —Diego se acercó intentando que no pareciera que la había estado observando.

—Sí, simplemente para decirte que no te preocuparas por la amiga de Cristina, creo que es una buena chica, también quiere sacar buenas notas y

parece que congenian muy bien. Ya conozco también a su madre.

—Me alegra mucho saberlo. La verdad es que la noto más abierta y animada. Cris me ha dicho que la madre trabaja en su instituto y que es muy simpática.

—Da clase a un curso más bajo. Es la típica profesora, siempre con libros en las manos, correcta y educada —le hubiera gustado decir, sin interés, pero en lugar de eso sonrió como quitándole importancia.

La verdad es que a Patricia no le acababa de gustar, notaba que era una de esas personas inmune al encanto que ella desplegaba.

—Creo que tú también estás siendo de gran ayuda, te lo agradezco mucho.

Patricia le miró con intensidad, instándole a seguir. Pero Diego no supo muy bien como sentirse y se alejó tan fugaz como su sonrisa.



A VECES ES SEGÚN EL CRISTAL CON QUE SE MIRA

Alba salió de la clase aliviada, tendría que hablar en privado al día siguiente con el alumno que se había esforzado, durante más de media hora, en dinamitarle la clase con ruidos provocadores y salidas de tono. Había tenido que echar mano de toda su experiencia para no perder la paciencia, mostrándose firme y conciliadora al mismo tiempo. Al final había conseguido dar el resto de la clase con normalidad, pero aún se sentía tensa y un poco dolida porque de él no se esperaba un comportamiento así. La verdad es que siempre le resultaba duro ser el blanco de la falta de respeto y la mala educación, intentaba ganar en ese juego de poder con inteligencia y reeducar esos comportamientos que tanto perjudicaban la marcha de la clase. No todas las veces lo conseguía.

Lucía tenía que ir a casa de Cristina de nuevo para hacer un trabajo. Así que disponía de un par de horas libres. Tendría que decirle que la próxima ocasión quedaran en su casa. Ya era la segunda vez que iba después de clase, quedándose a comer. Se acercó a la sala de profesores para recoger sus cosas. En una esquina dos compañeras comentaban animadas que por fin, abrían de nuevo el bar que había estado de reformas en la plaza y que podrían aprovechar para ir a tomar algo. Alba miró hacia allí sonriendo, pensando que le apetecería ir también y charlar un rato, pero ellas no le dijeron nada y no se atrevió a apuntarse al plan. Un ¿puedo ir con vosotras? quizás hubiera bastado.

Un poco despagada, decidió quedarse en el instituto a corregir y a programar las clases. Había veces que echaba mucho de menos tener una buena amiga cerca, poder hablar de cosas intrascendentes o de problemas, qué más daba, hablar y sentir la calidez de otra persona escuchando, compartiendo buenos o malos momentos, alejando la soledad.

Cuando se dirigió a casa de Cristina empezaba a oscurecer. Manuel le abrió servicial y le dijo que la próxima vez, si seguía un poco más el camino, podía entrar por una puerta que quedaba mucho más cerca de la vivienda, la única pega es que tenía que dejar el coche aparcado fuera. Alba le dio las

gracias pensando que hubiera preferido no saberlo y seguir atravesando el paraje que rodeaba la casa y tal vez, volver a asomarse al mirador que tanto le había gustado.

Al entrar en la casa, Pepa llamó a Lucy. Pronto bajaron ella y Cri diciéndole que por favor, necesitaban veinte minutitos más. Alba les dijo que esperaría, pero que no quería que se acostumbraran a tardar siempre un poco más de lo acordado. Al ver cómo se disculparon y prometieron ser más puntuales, se sintió un poco gruñona.

Pepa la acompañó hasta la pequeña salita que estaba al lado preguntándole si quería tomar algo. Alba, sin saber mucho que hacer, le pidió un vaso de agua.

La habitación que la otra vez le pareció tan acogedora, ahora le resultó triste, alejada del calor del hogar.

Pepa la debió notar un poco alicaída, porque le preguntó si estaba bien o si necesitaba algo más.

Alba intentaba siempre pensar antes de actuar, pero era impulsiva y a veces sus sentimientos se imponían a su razón. Se levantó de la cómoda butaca y sin pensar fue a la cocina, preguntándole a Pepa si podía sentarse allí. Ella le dijo que sí, extrañada, sin dejar de ser amable. Ambas estuvieron un rato calladas sin saber mucho cómo comportarse, hasta que Alba dijo: ¡Qué bien huele, Pepa!

Sin saberlo había dicho las palabras mágicas. Empezaron a hablar como si ya se conocieran de antaño y desde entonces, cada vez que Alba iba a la casa procuraba ir un poco antes y se sentaba sin preguntar en la cálida cocina de Pepa. Un lugar en el que era fácil sonreír y conversar sin prisas.



UNA CONVERSACION INDESEADA

Al salir de clase, Cris y Lucía se dirigían hacia la salida cuando el ex de Regi se acercó hasta ellas, la verdad es que era de esa clase de chicos que es imposible no mirar dos veces, parecía más mayor y destilaba una seguridad que aumentaba su evidente atractivo.

—¡Hola! —las saludó fijando su mirada en Cristina. Ya te habrás enterado de las últimas noticias.

—Si te refieres a tu ruptura con Regi, sí. Me imagino que estarás muy afectado, llevabais casi un año.

—Vaya, llevas muy bien las cuentas. Rubita, ¿no tienes nada qué hacer? —preguntó a Lucía.

Lucy se dispuso a despedirse, pero Cristina la retuvo.

—Estaba hablando con ella un tema importante.

Él reprimió su fastidio, de todas maneras, le ponía que se lo pusieran un poco difícil.

—Ya sabes que rectificar es de sabios y me he dado cuenta de que hace un año no elegí a la chica correcta.

—Era tu mejor opción, lástima que no hayas sabido conservarla —dijo Cristina.

—Quizás sea una suerte para ti.

—Gracias, pero no.

—No te creo y voy a demostrártelo —le dijo acortando distancias.

A Lucía su actitud no le gustó nada.

—Oye morenito, tu oportunidad pasó, deja tranquila a mi amiga.

—¿Qué pasa qué tenéis un rollito? —estaba empezando a enfadarse.

—Y a ti que te importa, por lo que veo mejor le iría —pero qué cretino, pensó.

—Tú no te metas, sobras en este entierro —le contestó dándole un empujón.

Cristina se interpuso entre ellos. Lucy temblaba de rabia.

Abel que había estado observando, intervino rápido.

—A Lucía ni te acerques.

—Gracias Abel —dijo Cristina.

Se giró y miró muy seria, a la persona de la que había creído estar enamorada.

—Tú ya te ibas ¿no?

Él movió su mano como si fuera una pistola, apuntándolos a los tres. Sonrió con desprecio y dijo antes de irse.

—No sabes lo que te pierdes.

Abel cogió por el brazo a Lucía preocupado.

—¿Estás bien?

Le pareció preciosa, con las mejillas enrojecidas y los ojos, más acerados, echando chispas de indignación. Ahora que la miraba más de cerca, no dejaba de sorprenderle como cambiaban según la luz que reflejaban y aunque empezó a enamorarse de ella un día en el que le atrapó con una mirada traviesa, vestida de verde mar, se quedó muy quieto frente a sus ojos, deseando memorizar uno a uno sus rasgos y besarla silenciando la violencia de su mirada.

—Sí, gracias, has sido muy oportuno.

—Os invito a tomar algo para que se os pase el susto.

—Yo no puedo, ya me estará esperando Manuel afuera.

Lucía miró a Abel, en clase siempre estaba en el grupo de los chicos, no era de los chulos ni de los que se pasaban. A veces se acercaba a hablar con ellas y se sentía cómoda con él.

—Vale, me vendrá bien, pero solo un ratito, espera que vaya a avisar a mi madre.

Cristina y Abel se quedaron momentáneamente solos. Ella observó divertida como Abel se quedaba embobado mirando cómo Lucía se alejaba. Cuando se percató de que estaba siendo tan transparente como el agua, le dijo:

—¿Tanto se me nota?

—Me temo que sí.

—¿Algún consejo?

—Se tú mismo, no la agobies. No es muy noviera, siento decirte que no

la veo muy interesada por los chicos, está en otra fase de la vida —le dijo intentando hacerle sonreír.

—Me basta con que no le guste nadie. Puedo esperar.

—Pues ahora no te ha hecho esperar mucho, por ahí viene.

—No le digas nada, por favor.

—No te preocupes, trátala bien y no te hagas muchas ilusiones por si acaso.

Abel intentó comportarse solo como un amigo, aunque hubo momentos en los que se sintió morir. La escuchó descubriendo que cuanto más sabía más le gustaba. Hablaron, rieron, disfrutó cada minuto y se prometió a si mismo que formaría parte de su vida, aunque no fuera tan cerca como desearía.

Cuando se despidieron a la puerta de su casa, se fue decidido a ver cómo eran esos mangas y libros que tanto le gustaban.



NUEVOS PLANES

Patricia se sentía un poco frustrada.

Cuando Diego componía, en la casa era costumbre evitar entrar en el salón para no interrumpirle, respetando su trabajo. A él le hubiera molestado que lo hiciera solo para decirle que ya se iba, al fin y al cabo eso no era necesario siendo una empleada. Cada vez era más difícil inventar excusas para hacerse la encontradiza cuando llegaba tarde, al estar trabajando en el estudio de grabación que contrataba por horas. Tampoco traía invitados, ella había pensado que iban a desfilan por allí personas que podrían suponer oportunidades de prosperar. Sentía que estaba desperdiciando su tiempo y sus ventajas.

Tenía que conseguir sí o sí, que la invitaran a ir en Navidad a la casa de la abuela, aunque tuviera que soportarla. Allí sí que habría un despliegue de gente interesante, a Doña Sofía le gustaba rodearse de sus amigos, todos gente influyente, en esas fiestas. Ya se había informado bien. Tendría que hacerle ver a esa vieja urraca que ella sería el seguro necesario para que su nieta brillara como debiera. Trabajaría el tema con Cristina, haciéndole ver que estaría muy aburrida rodeada de gente mayor y que si iba con ella podrían pasarlo muy bien juntas. Tendría que ver si había actuaciones o pelis de chicas que pudieran ver y que a Diego le aliviara no tener que acompañarla. Tenía que ponerse en marcha y ser más cómplice con Cristina.

También estaba un poco defraudada con Diego, cómo un hombre tan soso, podía componer canciones tan apasionadas. Tenía que trabajar también ese tema y elevar un poco el toque de seducción.

Lo que entonces no sabía Patricia es que Diego no era inmune a sus encantos y que la evitaba deliberadamente, porque no quería añadir más problemas a su ya complicada vida.

Tampoco sabía que en el último minuto Cristina le fallaría y no le pediría a su abuela que ella la acompañara, deseosa de poder tener más tiempo para estar con su padre. Cris era muy consciente de que él no se

acabaría de encontrar a gusto en casa de su suegra, tras las últimas desavenencias que tuvieron.



EPICENTRO CHISMOGRÁFICO

Sonia se acercó hasta donde Lucía y Cris almorzaban, tan dicharachera como siempre.

—Adivinad de quién se estaba hablando hoy en el epicentro chismográfico.

—¿Dónde dices? —preguntó Lucía descolocada.

—Aísss, como se nota que tú, igual que Cris, no os quedáis más de lo necesario en el gimnasio para cambiaros. ¡Es allí donde se cuece casi todo!

—dijo Sonia, exagerando el tono con aire divertido.

Cristina ya se estaba imaginando lo que se cocía.

—Pues nada, como no preguntáis os lo cuento. Pues tú, Lucía, al parecer quedaste con Abel y salisteis juntos de la cafetería.

—Pues claro, qué tontería. Si entramos juntos no vamos a salir separados.

—¡Ah! ¿Entonces sí que salís juntos? Yo les he dicho que no, que me lo hubieras contado.

—¡Qué va! Has hecho bien en decir que no, ni me gusta ni nada, solo que nos ayudó con un energúmeno y se ofreció para invitarnos a tomar algo a las dos —dijo mirando a Cristina.

¡Ay Dios, ya has hablado demasiado! —pensó Cris. *Ahora lo sabrá todo el colegio y él se cabreará aún más.*

—Cuenta, cuenta —dijo Sonia.

—Sí no pasó nada de interés, Sonia. Abel me parece un chico psicológicamente muy interesante, quedaría con él otra vez sin problemas, me lo pasé muy bien. No me gusta ni él, ni ningún chico. ¡Qué necesidad tengo yo ahora de complicarme la vida! Así que voy a dejar de ser la protagonista del epicentro ese rápido. Ya verás como dentro de nada pasan de mí.

—Ya, ¿y lo del energúmeno?

En ese momento sonó la sirena.

Salvadas por la campana —pensó Cristina.

—Nada que merezca un minuto de nuestro tiempo —contestó Lucía.

Cris se acercó un poco a su amiga y le dijo aliviada:

—Me encanta cómo haces para decir poco y clarito. Pero luego me cuentas eso de psicológicamente interesante.



NOCHE DE PIJAMAS

Los exámenes de final de trimestre habían sido muy exigentes y las amigas apenas pudieron quedar para salir un rato en las tres últimas semanas, ya quedaba poco para Navidad y entonces tampoco se verían, las dos viajarían para poder estar con el resto de sus familias.

La idea de una fiesta de pijamas surgió en el recreo y enseguida les ilusionó. Invitarían a Regi que espontáneamente, se les unía muchas veces en el patio; poco a poco estaba volviendo a ser ella misma tras su ruptura. También a Sonia y a su inseparable Mara, que a veces quedaban con ellas para dar una vuelta por el pueblo. Con Sonia era imposible aburrirse.

Cristina le dijo a Lucía:

—Tendrá que ser en mi casa, podemos dormir todas en sacos en la buhardilla, allí también hay una chimenea y estaríamos genial, sin molestar si nos quedamos charlando hasta las tantas.

—Vale, yo creo que mi madre me dejará sin problemas. Podríamos quedar antes y preparar cosas para la fiesta y buscar una buena peli por si la conversación decae.

—¿Con Sonia?

—Ya, con Sonia es imposible.

—Dile a tu madre que te deje venir a dormir la semana de antes. Pensamos cosas como una fiesta temática o algo así, y lo vamos preparando todo.

—Uff, no me dejará. Siempre me está diciendo: “Turnar lascasas, quedar un día aquí y el otro en casa de Cris”... No le gusta que la faena sea siempre para vosotros.

—Vale pues, es una pena porque ya podíamos dejar cosas hechas en mi casa, pero lo entiendo.

El primer viernes las chicas ya estaban entusiasmadas con todo lo que se les había ocurrido. Lucy y Cris ayudaron a Alba a poner los ingredientes de la pizza casera que ella había dejado amasada para que fermentara por la tarde. La cena resultó deliciosa y pronto Alba se retiró para dejarles más

intimidad, no sin antes darles un beso de buenas noches.

—¿Puedo? —le dijo a Cristina después de dar un beso a su hija.

Ella la había estado observando con un nudo en la garganta. Hacía mucho tiempo que su madre no le daba un beso así.

—Claro.

Alba le acarició con cariño la mejilla y la besó en el pelo con una sonrisa. Cristina se sintió triste y terriblemente bien, a partes iguales.



EL PRIMER REGALO DE NAVIDAD

Abel había pensado mucho qué hacer desde que vio una preciosa pulsera con mariposas en el escaparate del centro comercial y la compró pensando en Lucía. Ella siempre solía llevar alguna y le había enseñado un dibujo que había hecho de una chica de largo cabello azulado, que miraba una mariposa de intenso color azul posada en su brazo. Ese dibujo le había parecido tan suyo que cuando Lucía lo subió a Instagram se lo guardó en su móvil. Por una extraña razón, verlo le confortaba, era como si pudiera ver una parte secreta de su alma.

Estuvo tentado de regalarle la pulsera sin más, pero no había manera de verla a solas, ella no había dicho nada de volver a quedar y no se decidió.

Ahora que venía la Navidad, pensó que podía aprovechar que hacían el amigo invisible en clase. Pero no hubo suerte, no le tocó Lucía y no pudo averiguar a quién le había tocado sin ponerse en evidencia.

El último día se acercaba y aún no sabía cómo dársela, todas sus ideas le parecían un poco ridículas o irrealizables.

Abel vio a Lucía en el corredor, parecía que le esperaba porque le sonrió acercándose hasta donde estaba. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta. Ese peinado le favorecía aunque escondía la parte más clara de su pelo y dejaba ver un tono castaño que el Sol no llegaba a decolorar. Unos pequeños mechones se escapaban, ligeramente rizados. Abel deseó rozarlos para comprobar si eran tan suaves como parecían.

—¡Hola! —dijo alegre. Te he traído uno de mis mangas preferidos para que lo leas.

—¡Me gusta mucho!, lo compré hace un tiempo en la librería.

Ella sonrió encantada.

Siguieron hablando, Lucía le escuchaba y le interrumpía de vez en cuando, entusiasmada.

—Toma.

El pequeño paquete que llevaba desde hacía días en el bolsillo, apareció en su mano en un impulso que parecía no pertenecerle.

—¿Y esto?

—Por haberme descubierto el mundo de los cómics manga y los animes.

Lucía le miró como si no se lo acabara de creer, pero volvió a sonreír y abrió el paquete.

—¡Es preciosa!

Enseguida se la puso ilusionada en la muñeca, haciéndola girar.

—¡Es muy yo, gracias! —le dijo, dándole un beso. Es mi primer regalo de Navidad.

Abel se quedó sin palabras. Con una mano se tapó la mejilla como si quisiera retener el beso que le había dado.

Lucía lo miró divertida, no sabía muy bien si estaba bromeando.

—¡Anda, no seas bobo! Vamos, que si no esta tarde habrá un terremoto en el epicentro chismográfico.

—¿En el qué? —acertó a decir.

Ella le cogió del brazo para que la siguiera hasta la clase, sin dejar de hablarle.

Menos mal que el trayecto fue corto, esta vez Abel no se enteró nada, de nada.



LLEGA LA NAVIDAD

Sofía poseía esa elegancia natural que, independientemente de la clase social a la que pertenezcas, da un toque de liviandad y armonía, atrayente y seductor. Su saber estar y sus dotes diplomáticas ocultaban un fuerte carácter que se había agriado con las últimas adversidades de su vida.

Su marido había muerto tras una larga y devastadora enfermedad que lo erosionó física y mentalmente. Ella se mantuvo a su lado hasta el final, intentando transmitirle toda su fuerza y cariño, velándolo y sosteniéndole cuando él se derrumbaba, aunque sentía que su vida se quebraba de forma irreparable.

A todo ello se sumaban los problemas de Sabina. Esta era la segunda Navidad que su hija pasaba en un sanatorio y ella hacía tiempo que sospechaba que había algo más aparte de la fatiga emocional que supuestamente tenía. Hasta ahora poco más había podido averiguar y Patricia no le contaba nada de lo que realmente quería saber. Diego la había decepcionado profundamente no confiando en ella y vendiendo la hermosa casa de la capital para irse a un pueblo alejado de todo y de todos.

Ahora tenía puestas sus esperanzas en su única nieta. Esta no quería seguir la tradición familiar y estudiar medicina, así que tendría que intentar que se enamorara del hombre adecuado, por eso había invitado a pasar las navidades con ellos a la familia de Alberto, un antiguo compañero de Cris que quería estudiar medicina y que tenía unos padres que apreciaba mucho. En ello pensaba mientras esperaba la llegada de Cristina y de Diego. Como tardaran un poco más no les daría tiempo a cambiarse y vestirse adecuadamente para la cena de Nochebuena. Tenían que llegar antes que las familias invitadas para la ocasión.

Cuando al fin aparecieron, no pudo sino admirar la preciosa mujer en que se estaba convirtiendo su nieta. Su abrazo alejó muchos de sus demonios, su sonrisa fue más sincera.

Para la cena, Cristina llevaba un precioso vestido que Patricia le había ayudado a elegir. Sofía asintió satisfecha cuando la vio bajar con el sencillo

vestido negro, únicamente adornado por dos tiras de seda azul oscura que bajaban desde sus hombros, para cruzarse por delante de la cintura y deslizarse hacia el otro lado enmarcado deliciosamente sus caderas; después, cada cinta se dividía en finas tiras que danzaban a su compás al caminar. Más tarde observaría el efecto que su nieta provocaba en Alberto, ahora había que cruzar los dedos.

A Cris le encantó que él estuviera allí. Habían ido al colegio juntos, en 5^º fue su amor platónico y en la adolescencia habían conseguido ser buenos amigos. Fue una de las personas que echó de menos cuando tuvo que irse a Alamar. Estaba deseando que le contara las novedades de todos sus amigos comunes.

A los dos les sorprendió verse de nuevo, ya no quedaba nada del aire desgarrado de uno y de las formas añejadas de la otra.

Alberto practicaba el baloncesto, el deporte le había fortalecido y el traje no podía sentarle mejor. Su abundante pelo moreno lucía perfectamente cortado y sus negros ojos parecían tan observadores y amables como siempre. La cálida sonrisa que Cristina tanto apreciaba, parecía seguir estando allí.

Él nunca la había visto tan preciosa. Una vez, jugando a prueba y verdad, le había robado un beso, pero en aquel entonces las chicas de su edad no tenían el interés que ahora le despertaban. Ahora era como volver a conocerla otra vez y se descubrió queriendo saber de ella mucho más.

Por la noche Sofía fue la anfitriona perfecta, supo distribuir a sus invitados de forma que todos pudieran tener puntos en común para conversar. A Cristina y Alberto los sentó de forma que pudieran recuperar parte del tiempo perdido. Al acabar los postres todos se dirigieron al amplio salón, la velada parecía muy bien encauzada, Sofía sonrió para sí, satisfecha, cuando vio a Alberto acercarse a su nieta.

—Si no estuviéramos en Madrid y a tan baja temperatura, te rescataba del peligro de aburrirte llevándote a la terraza —dijo Alberto haciendo reír a Cristina.

—Entonces tendré que rescatarte yo, los príncipes de ahora ya no son como los de antes.

Cristina dudó, no sabía si sería muy adecuado desaparecer de la habitación. Miró a ambos lados, nadie parecía reparar en ellos y algunos grupos se dirigían a la biblioteca.

—Ven, te llevaré más cerca del cielo —Cris se sorprendió a sí misma diciendo eso.

—Tengo el deber de recordarte que también hace frío en la azotea— contestó Alberto, fingiendo seriedad pero muy intrigado por la propuesta.

—No, tonto, ya verás —no había perdido su capacidad para hacerla sonreír.

Por un momento estuvo tentada de llevarle a la buhardilla, allí podían escuchar música y un ventanal que ocupaba prácticamente toda la pared permitiría ver, en la lejanía, la ciudad transformada en un mosaico de luces y sombras.

Al final, se decidió por un lugar menos íntimo, necesitaba saber qué terreno pisaba. Juntos empezaron a subir las escaleras y Cristina le invitó a sentarse en el último peldaño con un gesto solemne que sus ojos desmentían. La luz llegaba hasta allí más tamizada, aún se oían las voces del salón como un murmullo distante.

Cristina se descalzó, aliviada por poder liberarse de la tiranía de los tacones de fina aguja, dejando ver sus esbeltos tobillos y unos pies perfectamente formados.

—¿Es ahora cuando me enseñas las estrellas?

—Si sigues así puede que las veas —le dijo Cristina dándole un cariñoso empujón en el brazo.

—Creo que podré esperar—le contestó él, sonriendo.

—Cuando era pequeña y mis abuelos celebraban fiestas como esta, me levantaba de la cama y me sentaba aquí intentando espiar las idas y venidas de los invitados, hasta que el sueño me vencía y volvía a mi almohada.

—Has cambiado mucho desde entonces.

—¿Para bien?

—Sabes que sí. Te robé un beso un día, te seguiría besando ahora —le dijo con un gesto travieso.

—Ni se te ocurra —contestó Cris entre risas.

—¿Puedo preguntar si tienes un príncipe azul que lo haga?

—No, la producción en serie de príncipes azules se acabó contigo.

—¿En serio?—preguntó con un gesto de exagerada sorpresa.

—¿Sabes lo mucho que me gustabas en quinto?

—¿Sabes lo mucho que me gustaba a mí el baloncesto en quinto?

—Sí, cómo podía tener ninguna oportunidad compitiendo con una pelota tan esférica y con un tono anaranjado tan perfectamente bronceado —contesto Cris bromeando.

Los dos se miraron divertidos.

—¿Y tú? ¿Ya tienes tu princesa?

—No, mi pelota de baloncesto es muy celosa.

Se echaron a reír.

—Es fácil hablar contigo —le dijo Alberto.

—Contigo también.

Los dos se quedaron por un momento mirándose, sintiéndose extrañamente bien. Cris bajó primero los ojos, repentinamente turbada.

—Cuéntame qué más hay en tu vida, aparte del deporte.

—Entre el baloncesto y estudiar tengo poco tiempo libre. Quiero estudiar medicina, mi sueño es conseguir una beca para ir a Nashville, una ciudad estadounidense, como investigador.

—Pues deberías conocer a mi amiga Lucía, quiere ser médico forense.

—¿Sí, y es terriblemente pálida, seria y tenebrosa? —bromeó Alberto.

—Es terriblemente guapa, divertida y luminosa.

—Creo que me acabo de enamorar. ¿Dónde se halla mi futura esposa?

Alberto se arrodilló a su lado en cómica actitud implorante.

—La verdad es que no sé si voy a correr el riesgo de presentártela —dijo Cristina riendo.

La puerta del salón se abrió, Diego los había visto salir, ya era hora de que volvieran, instintivamente miró hacia arriba. Más de una vez la había recogido dormida al final de las escaleras. Se acercó hasta ellos.

—Cris, la abuela quiere que toque en el piano unos villancicos y que tú me acompañes cantando.

—¡Ay, no por favor papá!

—¡Cómo que no! —dijo Alberto—. Estoy deseando escucharte.

—¡Ni lo sueñes! Papá, tocamos a dos manos uno sencillito y tu cantas. Después tocas conocidos y seguro que la mayoría se pone a cantar.

—Trato hecho, pero me acompañas en el estribillo. Vamos a hacer un poco feliz a la abuela, ¿de acuerdo?

Diego le ofreció el brazo a su hija. Los tres entraron en el salón.

El primer villancico no estuvo tan mal. Cuando las notas del segundo empezaron a sonar, Alberto le hizo un guiño a Cris y empezó a cantar, animando en el estribillo a que le siguieran los demás. ¡Cantaba fatal!

Esa noche no vieron las estrellas, pero supieron que valdría la pena conocerse mejor.



DE VUELTA A CLASE

Lucía estaba esperando en la entrada a Cris, tenía muchas ganas de verla.

Se dieron un alegre abrazo y unos besos en cuanto se vieron.

—¿Qué tal todo? No has visto mi mensaje.

—¡Ay, no! Ahora mismo lo miro.

Cristina sacó su móvil mientras Lucía la miraba expectante. Tenía dos mensajes, en los dos, con más sentimiento uno, más divertido el otro, le deseaban un feliz segundo trimestre. Eran de Alberto y Lucía. Cris sonrió pensando cuánta suerte tenía.

—Gracias —dijo, volviendo a abrazar a su amiga. Mira el otro mensaje Te tengo que contar muchas cosas. A ver qué foto tiene de estado.

Las dos miraron.

—Me gusta la foto que ha elegido. A contraluz, su silueta con las nubes detrás queda muy bien.

—Sí, pero quiero enseñarte cómo es Alberto, no su silueta. Nos hicimos unos selfies, espera y verás —Cris encontró las fotos.

—¡Caray, es muy guapo! ¿Lo has conocido estos días?

—No, íbamos juntos al colegio y mi abuela invitó a su familia a cenar en Nochebuena. La verdad es que fue genial, nos hemos visto un montón estas Navidades.

—¿En Nochevieja también? ¿Te dejaron salir al final?

—No, una pena, él ya tenía programado ir a casa de unos amigos del baloncesto. A mí al final me dejaron quedarme en casa de Marta, la amiga que te comenté, también vinieron Carmen, Alicia y Lucía, fue como una noche de pijamas, lo pasamos muy bien.

Tenían que ir entrando a clase.

—Luego te cuento y me cuentas. Alberto me ha prometido que bajaría un fin de semana. Papá me ha dicho que cuando lo haga, que venga ya el viernes y se quede en casa hasta el domingo.

—¿Te gusta?

—Mmmm no sé, estoy en ello.

Por la tarde, esta vez era Patricia quien la estaba esperando a la salida. Quería invitarla a tomar algo y ya había avisado a Diego de que llegarían más tarde. El primer día no podían tener muchos deberes, así que había que aprovechar para ir de compras. Doña Sofía le había encargado a Patricia que la acompañara a comprarse ropa bonita con el dinero del regalo de Reyes.

En Alamar había pocas tiendas, pero Patricia tenía el don de buscar y encontrar las prendas adecuadas que mejor combinaban. Cuando acabaron, fueron a una cafetería a tomar algo.

Patricia aprovechó para “educarla”.

—Elegir bien donde te sientas en una cafetería es importante. Si quieres impactar a una persona con las que has quedado, tienes que elegir un asiento que enfrente con la puerta y sentarte ligeramente ladeada para poder cruzar las piernas de forma que si llevas falda y unos bonitos zapatos puedas causar un buen efecto inmediato o si llevas algo que no quieres mostrar, cruzarlas hacia el otro lado y así centras la atención más en la parte de arriba....

Patricia calló, Cristina miraba ensimismada por la ventana.

—Los osos son mamíferos porque tienen pelo y nacen del vientre de la madre, son horrorosos por eso se llaman osos... ¡Cristina!

—¡Dime! — exclamó sobresaltada. Te estaba escuchando.

—Ya me he dado cuenta —dijo amonestándola con ligereza. Cuéntame tú cosas, qué tal las navidades, cómo iban vestidas las invitadas, los regalos...

Cristina empezó a contar, Patricia estaba encantada con los detalles de las comidas que había organizado su abuela. Se lo pasaron bien comentando los vestidos que con mayor o menor acierto llevaban las invitadas y contando quiénes eran unos y otros. Pronto se hizo hora de volver a casa.

Alberto fue el gran ausente de la conversación.

En cambio, fue el protagonista de la conversación al día siguiente en el patio.



INFORME SEMANAL

Patricia colgó el teléfono. No acababa de entender por qué Doña Sofía le había preguntado tres veces: “¿Y nada más?” Se había esmerado en decirle que su nieta había disfrutado de la estancia en su casa. Le había contado lo bien que se había dejado aconsejar en las compras. Le había hecho ver sutilmente su importancia a la hora de elegir el vestido de Nochebuena. Algo se le estaba pasando por alto.

Casi siempre que hablaba con Sofía acababa sintiéndose empequeñecida. Hoy su actitud de querer saber no se sabe qué, le había exasperado un poco y le había hecho hablar sin medir tanto las palabras.

Por un momento fantaseó con la idea de poder volver las tornas. Se imaginó con Diego, colgado de su brazo, bebiendo los vientos por ella y a Sofía preguntando:

“Pero, ¿vendréis en Navidad?”...

Diego le contestaría: “No sé, si a Patricia le apetece...”

¡Cómo iba a disfrutar si así fuera!

En los días siguientes se sorprendió a sí misma especulando más de una vez. Si ella fuera la mujer de Diego, disimularía que no quería vivir en Alamar. Poco a poco le haría ver a lo cómodo que sería para él vivir cerca de los estudios de grabación, de los productores... Cuando Cristina se fuera a la universidad, la excusa sería perfecta, cómo iban a permitir que estuviera la niña tan lejos de ellos, tendrían que pasar temporadas más largas en Madrid, alquilarían un pisito céntrico coqueto y después ya se encargaría ella de que la vida en la ciudad fuera fascinante.



ALBERTO

Cristina hubiera querido que Patricia no se hubiera enterado de que Alberto bajaba el fin de semana a Alamar, al menos no la primera vez, ya se sentía lo suficientemente nerviosa. Él iría el viernes en autobús hasta la ciudad, su padre y ella lo recogerían para ir al pueblo.

Patricia le había escogido un elegante atuendo que combinaba perfectamente con su abrigo nuevo, asegurándole que iba a estar a la altura de las chicas con las que él se codeaba en Madrid. Esta vez, Cristina decidió no hacerle caso, necesitaba ser más que nunca ella misma y sabía que se iba a sentir como disfrazada con esa ropa siendo como iba simplemente a recogerlo. Cuando vio a Alberto bajar del autobús, supo que no se había equivocado ni en el atuendo, ni en la decisión de invitarle a venir.

Alberto llevaba ropa cómoda e informal y una simple bolsa de bandolera para llevar sus cosas. Estaba tan guapo como recordaba, se retiraba el pelo hacia atrás en un gesto que daba a entender lo nervioso que estaba.

En cuanto la vio, su cara expresó la alegría de verla. Le dio dos besos a Cris y saludó a Diego con un apretón de manos.

Cristina temía que en el trayecto no encontraran los tres temas para hablar, pero Diego y Alberto congeniaban y el tiempo pasó rápido. Ella estaba deseando llegar a casa y ver el efecto que le causaba. Al llegar no le decepcionó, apreció la casa, a Pepa la conquistó enseguida acordándose de su nombre y preguntándole si no tendría por la despensa un poco del bizcocho que horneaba cuando eran pequeños; a Manuel le sorprendió diciéndole si le enseñaría su huerto ecológico.

Ya era completamente de noche y con el frío no apetecía recorrer la parcela, así que se pusieron a charlar delante de la chimenea antes de cenar. Al calor de las llamas volvieron a disfrutar de recuerdos y novedades.

El sábado por la mañana irían a hacer un recorrido turístico con Diego. Lucía iría a comer y a pasar la tarde del sábado, Cris tenía muchas ganas de que la conociera.

Al día siguiente, Lucía y Alba llegaron pronto, ellos aún no habían vuelto. Habían comprado un poco de dulce para el postre y las dos entraron en la casa, a Alba le gustaba siempre saludar y charlar un poco con Pepa cuando tenía que llevar a su hija. Ya había conocido al padre de Cristina un día que había ido a recogerla al instituto, pero no habían intercambiado más que banalidades y desde entonces, si lo había vuelto a ver era siempre con prisas. Con él, Alba tenía la curiosa sensación de que andaba siempre huyendo de algo.

Esta vez Pepa estaba muy atareada y Alba se despidió enseguida encomendando a Lucía que la ayudara.

—¿Qué te hago, Pepa. Ya te ha dicho Cris que este verano queremos que nos enseñes a cocinar?

Pepa rió con la ocurrencia. Lucía simuló estar enfadada.

—No querrás que cuando vayamos a un piso de estudiantes nos muramos de hambre o perezamos víctimas de la comida basura.

—¡No, por favor, no quiero tener semejante cargo sobre mi conciencia! Mira empezamos ya, hoy vas aprender a hacer paella.

—¡Me encanta la paella! ¿Me pongo delantal?

—¡Claro! Cógelo de ese cajón. Para aprender hay que saber mirar y empezar por ser un buen pinche de cocina. Mientras yo preparo la carne tú me vas arreglando la verdura, te iré diciendo cómo.

Pepa se puso a preparar el pollo y el conejo. Cuando iba a tirar los restos, a Lucía se le ocurrió una idea:

—No tires las vísceras por favor, mi madre siempre los compra ya limpios. Estamos dando el cuerpo humano en biología y tengo mucha curiosidad por ver cómo son, seguro que se parecen mucho a las nuestras.

A Pepa le hizo gracia la ocurrencia.

—Ya no hace falta que te pregunte qué quieres ser de mayor —le contestó sonriendo. Te las reservo en un plato. Después te dejo un cuchillo y una tabla de cortar. Eso sí, prohibido cortarse los dedos o similares.

—No te preocupes, lo haré con cuidado —le dijo entre risas.

Lucía fue fregando los cacharros mientras Pepa sofreía, charrando de mil cosas. Estaba deseando acabar para echar un vistazo a lo que ella le

había guardado.

Cuando echaron el arroz, Lucía cogió el afilado cuchillo y se puso a cortar en láminas finas los restos y a observar todo el interior. Así la encontraron a la vuelta Alberto, Diego y Cristina.

Lucía levantó las manos, separándolas lo más posible para no mancharlos al saludarles, intentando explicarse. Alberto, lejos de extrañarse, le preguntó:

—¿Puedo? En un documental vi que esa no era la mejor manera de diseccionar, déjame el cuchillo y te cuento.

En cuanto lo cogió le guiñó el ojo a Lucía.

—Bueno, no lo he visto en ningún documental, pero es que a mí también me gusta jugar a ser cirujano en la cocina, mira lo que no has descubierto al cortar así.

Cristina los miró divertida, al rato estaban tan enfrascados en la tarea que empezó a no estar tan contenta. No pudo evitar pensar: *El chico perfecto para la chica perfecta.*



TARDE DEL SÁBADO

Lucía llegó a casa con la sensación de haber pasado una tarde genial. Diego había bajado a los chicos al pueblo con la intención de invitarlos a cenar y luego ir al cine, pero a ella le pareció que era ya abusar y se excusó para poder volver a casa a cenar.

Su madre la esperaba leyendo y alzó la cabeza con una sonrisa cuando la vio llegar.

—¿Qué tal todo? ¿Lo has pasado bien?

—La verdad es que sí. El amigo de Cris ¡es la vida! He llegado yo más pronto y después de ayudar a Pepa me he puesto a trastear con los restos del conejo y cuando han venido me han pillado con las manos sucias y con ese empastre, pero ¿adivinas qué ha hecho?

—Mejor me cuentas —dijo Alba intentando no imaginar a su hija en versión carnicera.

—No te lo vas a creer, pero se las ha ingeniado para hacerse con el cuchillo y nos hemos puesto los dos a separar la arteria de un corazón. Super interesante todo. Lo malo es que enseguida nos ha dicho Pepa que teníamos que recoger la mesa, ya estaba la paella a punto. Luego hemos hablado un montón y resulta que le encantan los animes y me ha recomendado uno que yo no conocía. Se me ha pasado la tarde volando. Hemos quedado en chatear los tres en un grupo.

—¡Qué pena que sea tan feo! —dijo Alba con tono divertido.

—¡Qué va! ¿Quién te ha dicho eso?, sí es guapísimo.

Alba se quedó mirando a su hija, cada vez más divertida. Lucía enseguida adivinó.

—¡Qué mala eres! —dijo a su madre, amonestándola medio en broma con el dedo. Lo acabo de conocer mamá, no ha habido flechazo. Además, yo creo que a Cris le gusta un montón, aunque ella no acaba de reconocerlo. Y él va a por ella, tenías que haberlo visto cómo la seguía con la mirada cuando Cristina no se daba cuenta.

—¡Qué alivio! Ya me veía yo leyendo libros de “Cómo ser una buena

suegra”.

—Tranquila que yo te aviso, no vayas a quedar mal. Pero, bromas aparte, me encanta Alberto. ¿Tú sabes lo bueno que es, que el futuro novio de tu amiga sea un chico que te cae tan bien?

—Pues sí, imagínate que fuera tremendamente aburrido.

—O tremendamente plasta.

Las dos se echaron a reír.



NOCHE DEL SÁBADO

Cristina no podía dormir, demasiadas emociones contradictorias en su cabeza, demasiadas preguntas sin resolver. Al final, decidió levantarse, un vaso de leche caliente con miel la ayudaría a dormir.

Con sigilo, salió de su habitación y bajó las escaleras. La casa se había quedado fría. Se arrebujó en la bata y se dirigió a la cocina.

Ya con el vaso de leche preparado se sentó, volviendo a sus ensoñaciones mientras removía la cucharilla con miel.

Pepa y Manuel dormían en la planta baja, muy cerca de la cocina y no pudieron evitar oír que alguien había bajado. Pepa aguzó el oído. En cuanto percibió el tintineo de la cucharilla supo que era Cris. Hacía mucho tiempo que no se levantaba por no poder dormir. Todo parecía haber ido muy bien, ¿qué le rondaba por la cabeza? Preocupada, pensando que si no había bajado abrigada podía coger frío, decidió levantarse.

—Siento haberte despertado, pensaba que había sido muy silenciosa.

—No te preocupes, tengo el sueño ligero. ¿Estás bien?

—Sí, solo que no podía dormir.

—Mira, me ha apetecido un vaso de leche a mí también, así te hago compañía.

Pepa se mantuvo callada mientras la preparaba, sabía que no hay nada como un silencio para provocar que lleguen las palabras.

—Tata, ¿es tan difícil enamorarse de la persona adecuada como parece o es cuestión de suerte?

—Con la suerte siempre es una suerte contar —contestó Pepa dándole una leve caricia en la mejilla. Pero creo que además has de saber qué es lo importante para ti y que las nubes te dejen descubrir el verdadero color de cielo.

Esta vez, fue Cristina la que calló durante unos momentos, bebiendo pensativa.

—Dime algo que yo entienda.

—Al principio, el amor es como el inicio de un proyecto, todo está por

estrenar, no hay apenas aristas, todo son expectativas, ilusiona. Cuando lo pones en práctica, se desgasta, surgen los problemas que no habías previsto, hay materiales que empiezan a rozar su caducidad. Si el proyecto está bien fundamentado, surgirán nuevas soluciones, se adaptará y crecerá con los nuevos tiempos.

—Eso lo entiendo, pero cómo supiste que era Manuel y no otro, la persona con la que querías pasar el resto de tu vida.

—La verdad es que no los sabes con certeza, estás enamorada y quieres creer que va a ser así. Te atrae la persona, con él te sientes bien, le echas de menos cuando no está, te complementa. Cuando éramos novios yo estaba pasando por una situación muy difícil, él me daba seguridad y me hacía sentir amada, querida. Con él podía ser yo misma, no tenía que aparentar lo que no era ni esforzarme en coquetear como veía hacer a otras personas. Me enamoré y no me falló cuando el resto de la vida me fallaba.

—Entonces tata... —no supo muy bien cómo seguir.

Pepa contestó con una mirada llena de comprensión.

—Y la piel, Cristina, la piel ha de responder a su llamada.

—Eso es lo primero que pasa, si no, no sabes que estás enamorada.

—No creas, por desgracia hay personas que están muy enamoradas pero después no funcionan como deberían en la intimidad y eso a la larga es una carencia que separa.

—No sé, no me suelo enamorar del chico adecuado, el último hubiera sido un error; pero solo lo he sabido después de ver cómo ha tratado a la chica con la que competí por él. Antes yo no le veía ningún defecto.

—Nunca consientas que te traten mal, nadie te quiere de verdad si lo hace. El respeto es básico en una relación. Sin respeto y sin confianza no vale la pena empeñarse en seguir con una persona. También he visto a gente totalmente ciega que se pliega a los deseos del otro renunciando a ser ella misma, perdonando incluso los maltratos. Al marido de mi tía se le iba la mano con su mujer y entonces todo el mundo callaba. Eso es muy triste y cruel, imagínate, yo creo que ella llegaba a pensar que se lo merecía. Un día el abuelo Roberto, se enfadó tanto que no calló más, hizo una cosa que es digna de escribir en una novela.

Pepa era buena contando historias. Dejó el tiempo en suspenso, esperando el momento en que Cristina mostrara querer saber más.

—¿Qué pasó?

Pepa empezó a desgranar la historia:

En aquel entonces, las casas siempre estaban abiertas, los chiquillos entrábamos y salíamos con más libertad, las puertas no se cerraban con llave. Si hacía buen tiempo, por la tarde las aceras se poblaban de sillas, la gente se sentaba a merendar y a conversar, viendo pasar a unos y a otros.

Mi abuelo se pasó la tarde en la puerta, limpiando la vieja escopeta que su padre le regaló de joven sin conseguir que se aficionara a cazar. Yo creo que en cada movimiento estaba atemperando la sangre, meditando el paso que iba a dar y al mismo tiempo creando un ambiente de curiosidad y extrañeza a su alrededor. Cuando al pasar le preguntaban, él sólo respondía: “Ya ves”

Esa mañana su yerno se había atrevido a pegar brutalmente a su hija en la cara. Y a él se le revolieron las entrañas. Era la primera vez y tenía que ser la última. Estaba harto de ver a la abuela María llorar en silencio y de escuchar a su hija que se había caído, que no pasaba nada.

Esperó a que él también le viera y le preguntara.

“Esta es para ti. Para que me mates”

Él retrocedió espantado al ver la gelidez y el punto de locura de su mirada.

Roberto se la ofreció.

“Hazlo, porque si no lo haces, juro por Dios, que la próxima vez que la toques te descerrajaré dos tiros en las tripas y te dejaré morir como un cerdo.”

Pepa se quedó callada.

—¡Caray, qué valor demostró tu abuelo!

—Sí, no sabes cuánto quería yo a mis abuelos, en estas cosas nunca hay que mirar para otro lado. Al fin y al cabo te conviertes en cómplice si lo haces.

—No me puedo ni imaginar cómo debe ser sentirse maltratada.

—Nadie debería nunca sentirse así.

—¿Dejó de pegarle?

—Algo muy convincente debió ver en los ojos de mi abuelo, porque al poco tiempo desapareció del pueblo, no sin antes llevarse todo lo que tenían de valor.

—¡Qué alivio!, pero fue un borde no dejándole nada.

—No importa, fue lo mejor, mi tía pudo rehacer su vida.

Las dos se quedaron en silencio.

—Cris es muy tarde, en una hora amanece.

—Pues ahora estoy más desvelada que antes. Esto de elegir novio tenía que venir con manual y con una garantía de devolución.

—Y ya puestos, con reparación de daños y perjuicios para los corazones rotos.

Las dos rieron un poco, aliviando la tensión que la historia había provocado.

—Sé prudente, pero no dejes que el miedo te impida ver a la persona que puedes llegar a amar. Mira qué felices somos nosotros.

—Sí, pero mis padres se querían mucho y mira lo que les ha pasado. ¿Qué les sucedió en realidad, tata?

—Creo que se metieron en un torbellino. De golpe, pareció que todos sus sueños se hacían realidad. Tu tío Miguel arrasaba, era muy atractivo, gustaba a jóvenes y a mayores. Hubo unos años en los que ganaron una cantidad escandalosa de dinero, pero según como entraba, salía. Se compraron la mansión en esa zona tan exclusiva. Tu padre tuvo que ir a supervisar las grabaciones a un super estudio americano. Todo iba muy rápido. Tenían la casa siempre llena de gente. Imagino que con tanto, tenían poco tiempo para encontrarse. Puede que estuvieran tan ocupados en ganar y gastar dinero que se olvidaron de ser felices. Y cuando tu madre empezó con la cocaína, todo empezó a desintegrarse.

A Cristina le empezaron a saltar las lágrimas y Pepa la abrazó intentando contener las que ella sentía a flor de piel.

—Duele, pero ahora tu mamá está mucho mejor, yo creo que los dos han aprendido de sus errores y te quieren muchísimo.

—Papá hizo lo correcto vendiendo la casa, ¿verdad? Es que mamá no se

lo perdona y la abuela creo que tampoco.

—Sí. hizo lo correcto vendiéndola y comprando esta, bien lejos de las amistades peligrosas de tu madre. Estoy segura.

—Yo también, tata, al final todo saldrá bien. El amor verdadero no puede fallar.

Pepa volvió a acogerla en sus brazos. Cruzaré los dedos, Cristina cruzaré los dedos —pensó.



MAÑANA ES DOMINGO

Pepa se obligó a levantarse. Se sentía cansada, pero tenía ligero el corazón. Había sido una buena conversación. A veces temía que Patricia le estuviera llenando demasiado la cabeza de tonterías, pero Cristina estaba madurando bien, era sensata y no estaba perdiendo esa sensibilidad que la hacía tan especial. En eso se parecía más a su padre, no solo había heredado de él sus preciosos ojos.

Manuel ya se le había adelantado. De la cocina llegaba un aroma a café que le supo a gloria.

A Cristina la despertaron unos toques en la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Pepa.

—Sí —dijo, todavía adormilada.

—¡Buenos días! —saludó Pepa, mientras se dirigía a abrir las cortinas para que entrara la luz de la mañana. Alberto ya se ha levantado, ha dicho que iba a pasear un poco por la parcela para esperarte y poder desayunar juntos.

—¡Ay Pepa, buenos días! Me ducho rápido y bajo.

—Tranquila, por la ventana he visto que se encontraba con Manuel y que se iban juntos. Me ha dicho que le envíes un mensaje cuando quieras desayunar.

—Es que tenemos poco tiempo, a la una ya se va con el autobús. No tenía que haber dormido tanto.

Pepa la vio preciosa, toda despeinada, todavía confusa, intentando moverse deprisa con movimientos lentos, las mejillas aún enrojecidas y los pies descalzos. La invadió la ternura. Por mucho que creciese, seguía siendo su niña.

Pepa salió de la habitación pensando con nostalgia que cuando la vida está casi por estrenar todo tiene un brillo especial.

Alberto estaba despierto desde hacía tiempo, extrañado de que Cristina no fuera a despertarle. Intentó no mirar el reloj otra vez al salir de la casa. La mañana era fría pero luminosa. Metió las manos en los bolsillos y ya se

dirigía hacia el sendero cuando vio a Manuel.

—¡Hola!

—¿Qué tal? Tienes frío —dijo Manuel al verle un poco encogido.

—No, qué va, nada comparado con Madrid. Aquí se está muy bien, solo que lo noto más húmedo. ¿Vas al huerto?

—Sí, ¿quieres venir?

—Sí, por favor, ayer casi no pudimos hablar y me ha interesado mucho el sistema de invernadero que has montado.

A Manuel le había caído muy bien ese muchacho educado y tremendamente curioso que no había dudado en preguntarle hasta las cosas más elementales, escuchándole con atención.

Con su compañía el tiempo empezó a pasar más deprisa; aún así, en cuanto recibió el mensaje de Cris, aceleró el paso de vuelta, deseando verla de nuevo.

Alberto y Cris pasaron el resto de la mañana paseando y charlando. Cristina se sentía extrañamente vulnerable, tras la noche pasada, Alberto no comentaba nada de Lucía y se moría de ganas por saber hasta qué punto había empatizado con ella. Al final se decidió a preguntar.

—Me estoy acordando de cómo conociste ayer a mi amiga. ¿No te presentarán todos los días a una chica, cuchillo en mano, cortando corazones?

Cris no pudo evitar morderse el labio, se sentía en desventaja, a ella le repelía tocar esas cosas.

—No, confieso que ha sido la primera vez, —dijo, llevándose de forma cómica la mano al pecho. Ayer fue un día muy especial en todos los sentidos.

—Me hacía ilusión que os conocierais, aunque no me imaginaba que conectarais tanto y tan deprisa. La verdad es que tú y Lucía pegáis un montón, los dos queréis estudiar medicina, leéis manga y queréis viajar a Japón, os gustan los libros de fantasía épica...

Alberto observó divertido, un ligero toque de celos en Cristina, que continuaba hablando.

—A veces desearía...

Alberto la interrumpió, poniendo suavemente el dedo índice en sus labios.

—Lucía es la amiga perfecta de mi chica perfecta.

Cris le miró con asombro, recordando sus propias palabras.

—¿Cómo es que sabes siempre decir, lo mejor que puedes decir?

—Solo cuando estoy a tu lado.

—Entonces tendrás que pasar más tiempo conmigo.

—Ahora eres tú la que has dicho lo mejor que podías decir.



UN DOLOR QUE NO CESA

Alba se había acostumbrado a salir al patio antes de hacer la cena. El tiempo en Alamar mejoraba rápidamente tras el invierno y a ella le encantaba la paz que se respiraba sentada en la entrada de su casa.

Dejaba al lado de Mateo, sin preguntar, un vasito con mistela, para alegrarle un poco la vida y se sentaba al otro lado.

La mayor parte de las veces, los dos guardaban silencio. Otras veces, Alba empezaba a hablar y su voz acercaba el espacio que los separaba contando las pequeñas vivencias del día a día.

Si Alba se retiraba primero, recogía el vaso y se despedía, deseándole que pasara una buena noche.

Cuando era Mateo el que se iba, dejaba el vaso a su lado y le decía con una voz que nunca dejaba de sorprenderla, preñada de ternura:

“Espero que veas tu mañana”.

Y Mateo se alejaba, con el peso de los años y la ausencia a sus espaldas. Sin renunciar a su dolor, pero con una esperanza nueva, ver cómo esas dos chiquillas iban ocupando cada vez un pedacito más grande de su alma.



AROMAS Y CONFIDENCIAS

Alba entró en la casa y se dirigió a la cocina saludando en voz alta, para avisar de su llegada. Un delicioso aroma le dio la bienvenida y le hizo sonreír. Por un momento pensó cómo sería vivir en una casa donde la cocina era una promesa diaria de sabores y olores tentadores.

La verdad era que a Pepa le gustaba esmerarse cuando Cris y Lucía merendaban en casa. Disfrutaba oyéndolas reír y charlar con tan buen apetito. Esa tarde les había preparado chocolate caliente y un suave bizcocho, que ellas rebañaban con evidente placer en sus tazas.

Alba saludó, mientras Pepa, sin preguntarle, le servía un chocolate que ella agradeció.

—Pepa, si sabe igual de bien que huele tiene que estar de muerte —dijo Alba.

—Mamá, de muerte no, con este chocolate cualquier muerto resucita— contestó Lucía, provocando las risas de todas.

—Te has ganado una segunda taza de chocolate —Pepa le revolvió un poco el pelo como si aún fuera una niña pequeña —yo os dejo que hoy voy un poco retrasada con la faena.

La conversación poco a poco se aligeró.

A Lucía le estaba llamando la atención una caja decorada con pequeñas mariposas, llena de recortes de papel de colores, que estaba en el banco de la cocina.

Cris se dio cuenta de su interés, esa caja tenía una historia que para ella era muy íntima, nunca la había compartido con nadie, pero esa tarde sintió la necesidad de contarla.

—Cuando era pequeña, mi padre me dejaba sentarme a su lado en la banqueta del piano mientras componía. Él dice que me quedaba quieta, muy quieta, mientras tocaba. Me imagino que tendría miedo de que si molestaba, me obligara a irme de allí. Para mí era muy especial, solo a mí me dejaba estar con él cuando trabajaba. Cuando acababa una canción me levantaba en sus brazos y me hacía girar por la habitación diciéndome que

era su hadita buena y que mi magia había ayudado a crear la melodía.

Cris enrojeció levemente mirando con intensidad a Lucía y Alba mientras decía:

—Imaginaros cómo me hacía sentir.

Cuando fui demasiado mayor para seguir levantándome por el aire —añadió con un guiño—, mi padre se las arregló para seguir compartiendo conmigo esa magia ideando una nueva forma de hacerme participar en su trabajo. Cuando compone una nueva canción escribe en una nota blanca un verso, una palabra... Deja la caja a la vista con la nota dentro, sin decirme nada; para que yo escriba, si quiero, sobre lo que esas palabras me sugieren.

Después siempre intenta utilizar algo de lo que anoto,

—Cris bajó la voz—cuando mi madre estuvo tan mal, los papeles sirvieron también para expresar sentimientos que de otra manera creo que me hubieran ahogado.

Alba conmovida posó su mano sobre la de Cris, mientras Lucía le rodeaba los hombros dándole un suave abrazo.

Cristina contuvo unas lágrimas que de repente la asaltaron con la intensidad de antaño, apurada, se levantó impulsivamente y acercó la caja a la mesa.

—¿Queréis probar?

—¿No es algo especial entre tu padre y tú?

—Sí, pero ahora que he compartido su historia, me gustaría que lo hicierais.

—Bueno —dijo Alba poco convencida— a ti Lucy te encanta escribir.

—Y a ti también mamá, se te da muy bien escribir versos.

Cris les animó con la mirada, revolvió los papeles y sacó el único recorte de papel blanco.

—¿Veis? es fácil de encontrar, solo hay uno así. Mi padre dice que su mente está en blanco y que por eso necesita un poco de magia.

Las tres se echaron a reír.

Por un momento Lucía pensó entristecida, lo genial que hubiera sido crecer con un padre así. Desechó rápido la idea, no valía la pena perder tiempo con lo que no tenía remedio.

Cris les dio a cada una un papel, solo había un lápiz que tendrían que turnar. Después leyó la nota:

“Sin ti”.

Lucía no se lo pensó mucho, cogió el lápiz y se puso a escribir. Cuando acabó le pasó el lápiz a su madre:

—¿Qué has escrito? —le preguntó Cris.

—Esto es solo para ti. Te lo enseño arriba, así dejamos que a mi madre le venga la inspiración —dijo, dedicándole un gesto cómplice a su madre. Así esperaba que ella decidiera si escribir o no, sin que Cris estuviera delante.

Entre las dos recogieron en un momento los restos de la merienda sin dejar que Alba se levantara y se dispusieron a subir.

Cuando salieron, el silencio recobrado le permitió escuchar otros sonidos sutiles que a través de la ventana abierta, llegaban hasta ella. Los árboles que habían perdido sus hojas preparándose para su sueño invernal, dejaban pasar entre su ramaje una luz cada vez más tenue. Pronto el Sol se ocultaría, el cielo ya empezaba a teñirse de un azul más intenso y fugaz.

La luz suave, las llamadas que las aves intercambiaban entre sí... Alba se dejó llevar, solo dos palabras, sin ti. El amor estaba aparcado en un lugar muy recóndito de su corazón.

¿Qué le gustaría haber sentido, cómo debería ser lo amado y la intensidad de su ausencia? Por un momento se perdió en la ensoñación de un anhelo que creía olvidado.

Sin ti...

Sin pensar, escribió a ese amante al que tanto hubiera querido amar.

*Sin ti,
aunque sentidos tengo,
sentir no siento,
y sin sentir no puedo,
caminar.
Se torna frío,
el sendero oscuro,
la espera, sin final.*

Por un momento, el peso de la soledad que con tanta alegría

abrazó en el pasado la abrumó. Por detrás escribió,

Háblame.

*Deja que tu voz llegue hasta mí
y me devuelva parte de mi esencia
aquella que sabe amar y añora tu presencia.*

Los pasos de Lucía y Cris bajando por las escaleras la devolvieron a la realidad. Dobló el papel y lo dejó debajo del móvil.

Pepa entró en la cocina con la intención de que se llevaran unos botes de compota de manzana, que aún le quedaban del verano anterior.

Agradecida, Alba cogió la bolsa que ella le ofrecía mientras le contaba la receta de la compota.

Lucía cogió el bolso y el móvil de su madre para ayudarla.

No fue hasta más tarde, conduciendo de regreso a casa, cuando Alba se acordó del papel.

—Lucía, cuando has cogido el bolso, ¿has recogido también el móvil y el papelito doblado?

—Sí, el móvil sí, pero el papel no me suena, espera y lo miro.

—Sí, por favor, es el que me había dado Cristina, no quería meterlo en la caja.

Lucía rebuscó por el bolso sin encontrarlo. Al ver la cara de consternación de su madre le dijo:

—No te preocupes mamá, llamo a Cris para que lo busque y me lo dé mañana.

Alba no quería llamar la atención sobre el papel, tampoco recordaba mucho lo que había escrito, se sentía un poco abrumada.

—Sí, dile que lo tire directamente. El tema de la caja tiene que seguir siendo algo muy especial, solo entre ellos dos.

Alba decidió olvidar el tema, se concentró en las curvas de la carretera.

Mientras tanto, Pepa vio el papel encima de la mesa y lo metió en la caja.

Cuando Lucía habló con Cris, ella bajó enseguida y antes de poner el suyo, quitó el papel de Alba. No lamentaba haber contado esa parte de su vida que tanto la unía a su padre, pero quería seguir siendo la única que

escribiera en la caja de las mariposas. No pudo evitar leer, las palabras de Alba la sorprendieron por la sencillez y la emoción que transmitían. Con un suspiro, dejó caer el papel en el cubo de la basura.

Poco después, Pepa volvió para empezar a hacer la cena, lo vio y le extrañó que estuviera allí. Pensó que estaba cada vez más despistada. Su intención había sido dejarlo en la caja, cómo podía ser que lo hubiera tirado a la basura. No le hacía ninguna gracia hacer esas cosas, el otro día había metido en la despensa una fiambreira que tenía que haber puesto en la nevera y su contenido había acabado estropeándose. Por fortuna, no se había ensuciado, sin leerlo volvió a meterlo

en su sitio.

Por la noche, Lucía notó a su madre rara, parecía como ausente, incluso hubo un momento en que le pareció que no la escuchaba. Ella en cambio no podía evitar sentirse bien, la tarde había ido de la mejor manera posible. ¿Cómo podía haber vivido antes sin Cristina? Ahora sabía lo que era tener una compañera del alma.



DESPIERTAN LAS PALABRAS

Diego llegó, deliberadamente, más tarde a casa. Tal y como hablaba de ella Patricia, no tenía muchas ganas de intimar con la progenitora de la nueva amiga de su hija. El curso pasado el desfile de madres había sido corto, pero suficiente. Al saber que era compositor y quién era su hermano, habían intentado de todas las maneras imaginables presentarse en su casa. Había tenido que soportar la curiosidad y las ganas de cotillear de unas personas que esperando encontrar modernidad, lujo y fotos de famosos, se encontraban con una casa de ambiente rural y un padre que evitaba, con amabilidad y firmeza, hablar de un mundillo que a ellas se les antojaba rutilante y lleno de morbo. Tras comprobar que nada de todo aquello que habían esperado podían hallar, no se molestaban en disimular su decepción y pronto dejaban de mostrar el más mínimo interés.

Cris parecía haber superado las crisis emocionales causadas por los problemas de sus padres, pero temía que su equilibrio aún fuera frágil.

Al comprar la casa pensó que un pueblo pequeño ofrecería un entorno más saludable para el crecimiento de Cristina. Quiso alejarla del dinero fácil, las drogas de diseño y el sexo por interés; tres cosas que habían provocado el desastre final y la ruptura de su familia. Aunque para ser sincero, quizás el final se había iniciado mucho antes, cuando empezó a no estar a la altura de las expectativas de su esposa.

No había contado con que algunos lugareños fueran tan poco abiertos y que consideraran como forasteros a personas que habían decidido formar parte de su comunidad, como si el hecho de nacer en un lugar te concediera un estatus especial que no se pudiera compartir. Él se consideraba ciudadano del mundo, por su trabajo había viajado mucho, había encontrado buenas y malas personas en todas partes. Se negaba a pensar de esa forma tan chovinista y quería estar abierto a lo bueno que cualquier persona, de cualquier lugar, le pudiera ofrecer. Estaba cansado, tenía que ser justo, tampoco él había sido especialmente conciliador y además, al final, había conocido personas que realmente le gustaban.

Al mismo tiempo, no podía evitar sentirse molesto al recordar lo pronto que habían desaparecido las recién estrenadas “amigas” de su hija, aun sabiendo que tampoco ayudó el que ella pasara por momentos difíciles. Tenía que sentirse agradecido de que ahora tuviera una amiga, pero Patricia le había insinuado comentarios que le hacían recelar.

Por un momento se sintió incómodo, estaba prejuizando a la madre de Lucía sin conocerla. Está bien —pensó— *la próxima vez, no llegaría tarde.*

Aún quedaba una hora para cenar, se acercó al piano, tenía muchas esperanzas puestas en el nuevo proyecto de su hermano. El tema principal no lo había compuesto él, lo entendía. Tras la tibia acogida de su último trabajo, su hermano tenía que apostar sobre seguro. Además, el tema era realmente bueno, comercial sin ser superficial, con un estribillo muy pegadizo, funcionaría.

A él le había encargado dos canciones bailables y dos baladas. Su hermano solo le había puesto una condición, nada del amargo desamor del anterior trabajo.

Mucho había temido en los peores momentos de Sabina, no poder volver a componer. Le había desgarrado el corazón la impotencia y la culpabilidad. En aquella época apenas podía pensar, ¡qué ciego había estado! Deseaba tan desesperadamente creer que se cumplían sus sueños que no fue capaz de ver las señales que anunciaban la pesadilla. La tristeza había impregnado las baladas del anterior disco, pero sin el toque de conexión que otras veces había conseguido cuando todo iba bien y no estaba realmente triste. Qué poco consciente era entonces, de lo valiosa que era esa vida carente de problemas.

Cómo había sido capaz de componer y transmitir mejor emociones que apenas conocía. Cómo se había anulado cuando los sentimientos le desbordaron incapacitándole para pensar con un mínimo de racionalidad.

Fue Pepa la que le dio la clave un día, leyendo como al paio unas frases de un libro que tenía en sus manos.

“Valor para romper con lo que debemos romper.

Valor para no romper con lo que no debemos romper.
Sabiduría para distinguirlas”.

Fue en ese momento cuando decidió romper el círculo vicioso en el que se ahogaba su familia.

Ahora todo parecía mejor, se le escapaban pensamientos en los que deseaba que todo siguiera así, con normalidad, sin que Sabina volviera a casa. Con desazón los desterraba. ¿La amaba todavía? Debía encontrar un nuevo punto de unión, olvidar, construir un futuro nuevo, se lo debía a Cris.

Se puso a tocar, la música siempre obraba en él un cambio, todo se desdibujaba si las notas eran capaces de fluir. Cerró los ojos, su cuerpo se acompasó al vaivén de la melodía mientras su voz susurraba las palabras que daban sentido a la canción.

Cuando lograba realmente conectar y componer se apeaba del mundo, desaparecía para plasmar en el pentagrama sentimientos que a veces, lo dejaban sin aliento.

No siempre lo conseguía, ahora no lo conseguía.

Sin ti..., su voz se apagó, cogió el lápiz y miró las líneas, la última nota.... Nada.

Dejó que sus manos se posaran en sus rodillas, intentando no ceder a la sensación que amenazaba con abatirle.

Vio la caja de las mariposas, con una sonrisa pensó en su hada, en su interior había esta vez dos papeles. Le sorprendió ver que uno de ellos estaba escrito con letra ligada. Cris había abandonado esa forma de escritura en tercero; pero, aunque le pareció extraño, empezó a leerlo. Entonces, todo pareció encajar, la musicalidad de los versos y los sentimientos que transmitían conectaron con todo aquello que él quería expresar. Las palabras surgieron en su mente enredadas en las notas que hacía tiempo le rondaban, a la espera de ser plasmadas en una canción.

Era un misterio que luego aclararía con su hija, pero ahora tenía que componer, quedaba mucho por hacer y ahora sabía cómo hacerlo. Se apeó del mundo, para volver al suyo.



LA RED

Patricia aprovechaba las comidas que Cristina y ella compartían para ser cada vez más importante en su vida.

Con facilidad, conversaba de forma que Cris se sintiera especial y atendida, al tiempo que introducía pequeñas indicaciones de cómo mejorar su estilo y sus modales.

Pretendía que Cristina cambiara su franqueza por sutileza, su candor por armas de mujer y poco a poco, empezaba a ver resultados. Quería que aprendiera a desenvolverse en otros ambientes y empezó a planear cómo conseguir que esta vez, Doña Sofía la incluyera también en la invitación de las vacaciones de Pascua.

Lo cierto es que a Cristina le nacía ser amable e intentaba ser agradable con las personas que la rodeaban.

No podía dejar de admirar a Patricia, siempre tan perfecta y atractiva. Estaba despertando su femineidad y una parte de ella la impulsaba a querer parecerse a su mentora.

Con Lucía todo fluía y se sentía ella misma. Hablaba de cualquier tema sin saberse juzgada, sintiendo que ante un problema ella le diría lo que de verdad debería escuchar.

Se había reconciliado con su padre al comprender que aunque había fallado y no había podido evitar el deterioro de su madre, su amor por ella seguía estando ahí, ofreciéndole su cariño y apoyo incondicional.

Las llamadas con su madre cada vez eran más relajadas y menos insidiosas, ya no echaba todas las culpas a Diego, parecía haber pasado página y ya le preguntaba por sus cosas, incluso alguna vez la sorprendía con una risa que ya creía olvidada.

Lo que se negaba a hacer era tratar a Pepa y Manuel con la distancia que Patricia consideraba adecuada. Ella le decía que no se debía coger tanto cariño a la servidumbre; al fin y al cabo, a veces tenías que despedirlos aun antes de que se jubilaran. Esto último le dolía a Cristina especialmente, no quería imaginar una vida sin ellos. Siempre intentaba compensar la cortesía

formal que Patricia utilizaba, mimando los momentos en que se encontraban a solas. Sabía que no se merecían un trato tan clasista. Pepa era como una roca en la que apoyarse, una persona que no podía evitar querer. Manuel y ella siempre estaban cuidando de ellos y de la casa, no habían huido como la mayoría en los malos tiempos.



PUEQUEÑOS MOMENTOS

Pepa miró por la ventana de la cocina, la oscuridad apenas permitía distinguir el contorno de los árboles invitando a recogerse tras las acogedoras paredes de la casa. La cena ya estaba casi lista, en pocos minutos apagaría el fuego del guiso de verduras. Un bonito cocinado con vinagre de Módena, ajos y cebollas tiernas, reposaba en la bancada. Abrió una botella de un vino tinto suave y aromático, echó un poco en un vaso de fino cristal y se sentó a disfrutar de unos minutos de descanso. Saboreó el vino arropada por la calidez que desprendía la cocina y la música del piano que llegaba tenue desde el salón. Esos pequeños momentos eran para ella muy valiosos, su pequeño vaso de vino era la excusa para poder parar un poco después de un día de trabajo bien hecho. Le reconfortaba saber que todos apreciarían el sabor de sus platos y que el ambiente sería relajado y familiar. Qué lejos quedaban los días en que los gritos y las malas formas eran habituales, dejando que la tristeza y el rencor atenazaran el alma.

Diego volvía a componer, pasaba las horas absorto en un mundo que solo él podía escuchar. Ahora y durante un tiempo apenas lo verían, aparecería de cuando en cuando distraído pero con la mirada llena de sueños.



ALGO PERSONAL

Cristina subió a su habitación, pronto sería el cumpleaños de Lucía y quería regalarle algo que fuera personal. Había buscado ilustraciones mangas, pero no quería copiar. Una imagen le rondaba, una muchacha pensativa, mirando más allá de un horizonte más claro, sin tristeza, encarando su futuro con la serenidad de un alma más vieja. El pelo a su alrededor, movido por un viento inexistente, como impulsado por una fuerza interior que solo un espectador avezado pudiera ver.

Conectó su portátil y buscó en la carpeta de los vídeos que se había bajado. Hizo una selección. Way down we go empezó a sonar mientras ella empezaba a esbozar su regalo. La voz desgarrada de Kaleo inundó la habitación, conectando con la íntima sensación de expresarse en el trazo que fluía de sus manos, dando vida a la blancura del papel. Se dejó llevar disfrutando el momento.

Lucía iba a cumplir 17 años y ella esperaba que fuera el primero de muchísimos cumpleaños juntas. Pero este era el primero, tenía que ser especial.

Poco a poco el dibujo fue tomando forma evocadoramente bello, con un punto de irrealidad que le daba un aire un tanto extraño y peculiar.

La tarde declinaba y Cristina necesitaba distanciarse un poco para poder retomar el dibujo con más perspectiva, después.

Se asomó a la ventana y sus pensamientos se vieron atraídos por el recuerdo de otra persona que se había colado en su corazón con un impulso cada vez más certero.

Alberto había dicho que intentaría bajar ese fin de semana, tenía muchas ganas de verlo, ya habían pasado tres semanas desde su visita a Alamar y se le estaba haciendo largo.

¡Qué pena que no me atraiga nada la medicina! —pensó, sería bonito estudiar juntos. *¡Qué suerte tendrá Lucía, si coinciden en la misma universidad!*

Su meta era estudiar Bellas Artes. Su abuela al saberlo, dijo que aquello

era un antro de bohemios y melenudos, aún se le escapaba la risa al recordarlo. Su madre había salido en su defensa diciendo que no pensaría lo mismo cuando expusiera en las mejores galerías de Madrid.

En realidad, ella lo que deseaba era ilustrar libros. Dar vida a las historias, poblándolas de personajes fantásticos que despertaran la imaginación o tan reales y cercanos que pudieras sentirte identificada con ellos.

Había crecido rodeada de cuentos, su tata había llenado su infancia con maravillosas historias. A ella le gustaba siempre pedirle un cuento inventado y a Pepa le encantaba ver su carita atenta e ilusionada mientras se los contaba.



NOVEDADES

Patricia descolgó el teléfono tras reconocer el contacto de Sabina. Como siempre, tenía muy preparado el informe semanal que ella últimamente le pedía.

Esta vez, apenas habló, asombrada por las novedades que ella le comentaba. Ni en sus mejores sueños podría haber ocurrido algo mejor.

Cuando colgó el teléfono cerró los ojos y una sonrisa triunfal se dibujó en su precioso rostro.



NOCHE DEL SÁBADO

Ciego se ajustó la chaqueta y se miró al espejo, esta cena le recordaba demasiado a los tiempos en que su mujer se empeñaba en que todos se arreglaran para cenar. Pronto se cumplirían dos años de internamiento. En ese tiempo había aprendido a sobrevivir emocionalmente y a recuperar los viejos hábitos de ponerse ropa cómoda y zapatillas al llegar a casa.

Ya no tenía las ojeras que antes le ensombrecían los ojos y la nueva rutina le había ayudado a aligerar las arrugas de preocupación que antes surcaban su frente.

Patricia le había sugerido que le pidiera a Cristina, que organizase una cena formal para que pudiera poner en práctica todo lo que estaba aprendiendo, y la verdad es que ella se había ilusionado en preparar todo como si fuera la anfitriona de la casa.

Bajó las escaleras. Cristina le esperaba con una sonrisa radiante. Estaba realmente preciosa, el discreto maquillaje realzaba las tonalidades ambarinas de sus ojos y daba a sus labios un punto de madurez que le favorecía. El vestido caía en sedosas capas, deteniéndose en los lugares apropiados, con un toque de ligereza que los suaves colores acentuaban.

Diego la tomó del brazo con exagerada cortesía, feliz al verla sonreír. Cristina apoyó su mano en el brazo y casi sin poder aguantar la risa le dijo con fingida afectación:

—No podemos entrar sin nuestra invitada.

—¿Invitada? —preguntó, sin poder evitar un tono de disgusto—. Pensaba que íbamos a disfrutar de una cena de padre e hija.

—Papá, lo será, pero Patricia quería ayudarme y si no ve cómo lo resuelvo todo, no podrá corregirme para que pueda mejorar. ¿Lo entiendes? Además ella tiene muy buena conversación y yo no podría haber hecho todo esto sin su ayuda. Ya verás, vas a disfrutar de un menú de estrella Michelin.

Diego intentó no mostrarse desilusionado, al ver los ojos expectantes de Cristina la tranquilizó.

—Seguro que todo estará muy bien.

—Mira ya está aquí.

Patricia se detuvo en la barandilla para dar tiempo a que los dos alzaran la mirada y no perdieran detalle de su entrada espectacular.

Bajo las escaleras despacio, con una cadencia sensual muy ensayada, copiada de una antigua película de Lana Turner, que obligaba a su ajustado vestido a mostrar la esbeltez de sus larga piernas.

Levantó los ojos con deliberada lentitud y sonrió a ver el efecto que había provocado.

Diego no podía apartar la mirada.

Durante toda la cena Patricia se preocupó de que el hechizo fuera duradero.

Por la noche cuando llegó a su cama, ligeramente achispada por su triunfo y el vino, se deslizó bajo las sábanas y dejó que sus sueños la envolvieran como un manto de estrellas.

Cristina se quitó los zapatos de diseño que su abuela le había regalado con alivio. Se desmaquilló con cuidado y su mirada se perdió más allá del espejo, hoy sentía que había sido capaz de parecerse a la imagen sofisticada que de su madre siempre había admirado. Su reflejo le devolvió parte de sí misma y por un momento, no supo realmente si le gustaba cómo se sentía.

Diego se acodó en la ventana de su habitación, agradecido por la frescura de la noche que le ayudaba a despejar su mente y su piel.

Nunca sabría Cristina cómo le había impactado reconocer en ella las armas de mujer que tan bien dominaba su madre.

Nunca sabría Patricia el deseo que al bajar las escaleras le había provocado. Ni el miedo a caer de nuevo en las redes de seducción de una mujer, que él intuía, con los pies de barro.



ES LARGA LA ESPERA

El mes de enero pasó muy lento para Cris. Desde que Alberto regresó a Madrid no había podido volver, ella llevaba siempre el móvil consigo atenta a una posible llamada. Ninguno de los dos quería agobiar; al fin y al cabo, estaban dando sus primeros pasos y no querían estropear las posibilidades que pudieran tener. Normalmente solo hablaban después de cenar, pero alguna vez surgía la excusa perfecta para enviar un mensaje.

Cristina empezó a ilusionarse con la idea de que consiguiera bajar el catorce de febrero, pero no se atrevió a pedírselo. Al final él tuvo exámenes y no pudo ser. Alberto no solo quería aprobar, necesitaba sacar muy buenas notas si quería entrar en medicina.

Lucía empezó a notar que Cris estaba un poco distraída y apagada, así que empezó a pensar qué podía hacer para animarla. Tenía que idear algo y hacerlo en cuanto acabaran los parciales. Lo más sencillo sería llamar a Alberto y decirle que espabilara. Bueno, ya vería.

Lo de maquinar planes no se le daba bien a Lucía, ella era directa, resolutiva, le gustaban las cosas claras. También era impulsiva. No pensó más, envió un whatsapp a Alberto:

“Cristina te echa de menos. Ven.”

Alberto no necesitó que le dijera nada más.



UN ENCUENTRO ESPERADO

Marzo ya tenía un aire de primavera en Alamar, la vida irrumpía con fuerza brotando en las ramas y cubriendo el sotobosque con nuevas flores y olores.

Esta vez Alberto bajó del autobús con una amplia sonrisa, sin mostrar los gestos de nerviosismo de la primera vez. Cris notó como la alegría burbujeaba en su interior, sin ser consciente de cómo esa luz iluminaba de forma arrebatadora sus ojos.

Alberto dejó caer la bolsa en el suelo para darle un abrazo.

Diego los miraba preguntándose cuándo su niña había rendido definitivamente su hechura a esa mujer, que ahora abrazaba a otro hombre que no era él. Bajó la mirada, intentando reconocerse en los sentimientos que los dos irradiaban. ¿Desde cuándo no se sentía así? Un punto de amargura afeó momentáneamente su expresión, la desechó en cuanto los vio acercarse sonrientes.

Alberto le caía bien, pero ¡los veía tan jóvenes! Esperaba de verdad, que se cuidaran y que no llegaran nunca a hacerse demasiado daño.

Ese fin de semana Lucía había ido a ver a sus abuelos, podían haber quedado con el resto de amigos de Cristina; pero al final decidieron no hacerlo, ambos tenían muchas ganas de recuperar, solos, el tiempo perdido.

Más el tiempo es un duende veleidoso, se estira hasta el infinito cuando la impaciencia nos domina, se hace interminable cuando nos aburre, se escapa entre los dedos cuando lo necesitamos.

El fin de semana pasó muy rápido. Ya de vuelta, llegaron pronto a la estación de autobuses. Diego, simuló tener que hacer una llamada importante para alejarse y dejarles disfrutar de esos últimos momentos.

Cris se quedó mirando a Alberto pensativa, con un gesto de simulado enfado le dijo:

—Tienes que tener algún defecto, una tara de fabricación, mal carácter... No sé, ayúdame.

—Vale, me has descubierto, no me gusta el tomate.

—No has probado los que cultiva Manuel.

—Ni siquiera esos.

Cris se echó a reír.

—Puedo vivir con ello, aunque será una lástima no poder compartir contigo las ensaladas.

Los dos siguieron charlando, el tiempo pasó muy, muy rápido.



TARTE INESPERADA

Cristina y Lucía salían juntas del instituto. Diego ya estaba esperando fuera, había recuperado el placer de ir a recogerla y lo hacía siempre que podía.

Cris se adelantó para darle un beso a su padre.

—Papá, los de la clase han pensado en ir a ver a Marina a su casa. Esta mañana se ha caído en educación física y al parecer se ha roto algo. ¿Me dejas ir? Vive cerca y ya lo hemos arreglado para que no tengas que esperar solo.

—¿Qué habéis arreglado? No hace falta, no tenéis que liar las cosas. Ire al bar que está cerca, llevo la tablet en el coche.

—Es que ya hemos hablado con la madre de Lucía —dijo Cris buscando la aprobación de su amiga—te invita a un café. Ya es hora de que os conozcáis un poco más —le dijo alegre.

—Pero por qué obligáis a su madre a cargar conmigo, sabes Cris que no me gusta molestar, yo me voy a dar una vuelta o espero en el coche.

Lucía vio a su madre saliendo del centro, le había dicho que intentara acabar pronto para que Diego no esperara mucho. ¿Habrían metido la pata? No, seguro que no.

—Tranquilo, no se ha sentido obligada, le gusta conocer a los padres de mis amigas.

Alba se acercó, le dio un beso a su hija y adelantó su mano para saludar a Diego.

—¡Hola! Las chicas quieren ir a ver a Marina, luego vendrán a casa, me han dejado la responsabilidad de que no te aburras esperando, ¿querrás un café o un té?

Diego se vio un poco atrapado, pero las sonrisas de las tres lo desarmaron.

—Soy más bien de café. Gracias por la invitación, espero no haber interferido en tus planes. ¿No tardaréis mucho, verdad?—no pudo evitar decir.

—No papá, —Cristina le susurró a la oreja— tranquilo, es buena gente.

—¿Vamos? —le animó Alba. Mi casa está muy cerca.

Cuando las chicas se alejaron, Alba intentó romper el hielo, hablando de lo contenta que estaba de que su hija hubiera intimado con Cristina. Enseguida llegaron a la casa.

Abrió la puerta que daba acceso al pequeño jardín exterior.

Este es don Mateo, el dueño de la casa — dijo señalando a un hombre mayor de rostro moreno surcado de arrugas, que no hacían sino remarcar una mirada que aunque serena, hoy rezumaba tristeza.

Diego le saludó dándole la mano.

Mateo le devolvió el saludo con un leve asentimiento de la cabeza, sin darle conversación.

Tras cruzar el umbral Alba dejó el bolso en el perchero de la entrada, plenamente consciente, por una vez, de la extremada sencillez de su casa.

Él vio el comedor alegre, la enredadera pintada en el rincón jugando a disimular la grieta que cruzaba la pared, el hule colorido en la mesa, los marcos llenos de fotos que hablaban de complicidad y seres queridos.

Le invitó a seguir, la pequeña cocina escondía un inesperado, un patio interior en el que alegres macetas de geranios florecían tras el invierno con coloridas tonalidades rojizas. Alba acomodó a Diego allí y entró a preparar el café y un té.

Diego había empezado a relajarse al ver la naturalidad con la que ella le trataba. Un delicioso aroma le avisó de que el café ya estaba listo. Alba volvió con una pequeña bandeja, las tazas humeantes y unos dulces. Él le dio las gracias y le ayudó a dejar las cosas en la mesa.

—Me gusta mucho la luz que tiene toda la casa, las viviendas antiguas suelen ser más oscuras. Este rincón es muy acogedor. Tenéis que estar muy a gusto y más tan cerca del instituto.

—La verdad es que sí, me encanta no tener que coger el coche para ir a trabajar y la casa me enamoró desde el primer momento, precisamente por su luz. Al parecer, fue un deseo de la mujer de Mateo ampliar los ventanales.

—Mateo es un hombre de pocas palabras, por lo que he podido ver.

—Sí. Es viudo y creo que no tiene hijos. Vive en la residencia de ancianos que está cerca del instituto, en régimen abierto. Todas las tardes se sienta en el mismo lugar. Saluda como has visto con un gesto reservado y serio. Nos contó que ya ha gastado la mayoría de sus palabras y no puede malgastar las que le quedan. A pesar de sus silencios, es una persona amable y considerada que me facilitó mucho las cosas cuando vine aquí. Una tarde lo vi sentado a la puerta con la mirada perdida de un modo, que sentí el impulso de decirle que podía venir a sentarse siempre que quisiera. Él me miró sorprendido y le dije un poco azorada por mi atrevimiento, que me haría un favor, que me vendría bien que alguien cuidara la casa y de Lucía, cuando tenía clases por la tarde. Temí haber parecido interesada en lugar de amable, porque solo asintió con la cabeza. Pero desde entonces se ha sentado en el banco todas las tardes y me gusta verlo ahí.

—Seguro que está agradecido.

—Lo que importa es que esté bien, tiene que ser muy triste envejecer solo si has amado a otra persona. Y por la forma en que sus ojos brillaron cuando nos habló de su mujer, él tuvo que haberla amado mucho.

Los dos se quedaron pensativos, en un cómodo silencio.

Diego miró a Alba bajo otra perspectiva, reconociendo en ella el encanto de las personas sinceras que intentan vivir en el lado luminoso de la vida.

Alba le sonrió.

Y es cierto, Mateo todos los días se sienta a esperar, con la esperanza de que Marisa abandone el mundo de tinieblas que la mantiene subyugada y poder sentir de nuevo su presencia, aunque solo fuera como una leve brisa que acariciara su piel. Le quedaron tantas cosas por decir, tantos sentimientos por mostrar que no puede apenas resignarse a vivir el tiempo que aún les separa. Pues sabe, él lo sabe, que tanto amor no da para una sola vida y que en la muerte, con su muerte, ha de continuar amándola.



UN ESTRENO

El sábado por la tarde, Diego preparó el ritual que desde hacía más de una década seguía con su hija, impaciente por mostrarle la nueva canción que gracias a ella había compuesto.

Cerró las cortinas, acercó la butaca y puso encima del piano la vela azul que simbolizaba la magia del momento en que la canción sonaba por primera vez, en riguroso estreno, solo para ella.

Cristina se sentó en la butaca emocionada, cruzando secretamente los dedos para que la canción de su padre fuera esta vez, realmente buena.

Diego la miró sonriente, apretó sus manos un momento cerca del pecho cerrando los ojos y empezó a tocar. Su voz no tenía los matices ni la sonoridad que hacían tan especial la voz de su hermano, pero Diego lograba que las palabras sonaran sinceras. Al acabar se sorprendió al no sentir el abrazo que su hija siempre le daba.

Cristina lo miraba pálida y alarmanamente seria.

—¿Tan mala es?—pregunto Diego consternado.

—No papá —Cristina no podía seguir.

—Cariño, ¿qué pasa? —dijo Diego levantándose hacia su hija.

—Papá ¿cuántos papeles había en la caja?

Diego no quería, pero empezaba a entender.

—Cris ¿de quién era el otro papel?

—Creo que de la mamá de Lucía.

—¿Crees? —Diego alzó la voz, estaba empezando a enfadarse.

—¡Papá! ¡Yo quité el papel de la caja! Espera que te lo cuente todo.

Diego intentó calmarse, pero le estaba costando.

—¿Cómo sabía lo de nuestra caja? No puedo utilizar nada de una persona sin su permiso, ahora tendré que volver a empezar o pagarle una suma desorbitada de dinero por nada.

—¡Ella es una buena persona! De verdad, no creo que quiera perjudicarte.

La miró con el ceño fruncido.

—Apenas la conozco, aunque me causó buena impresión... ya veremos. Cuéntame qué pasó.

Cuando lo hizo, Diego no acababa de entender porqué había tenido que contar algo tan íntimo entre ellos. Sabía que su hija había sido sincera, seguramente Pepa había devuelto el papel a la caja sin saber lo que hacía en realidad. Ahora tocaba preguntar y aclarar las cosas cuanto antes con Alba, mañana mismo la llamaría.

No había sido el estreno esperado, pero abrazó a su hija, no quería verla tan afectada. Al fin y al cabo, un problema solo era un problema si no tenía solución,



VULGARIDAD

Ya había anochecido, por la ventana la luna llena imprimía al entorno una gama de colores imposibles que hechizaban a Lucía con su tenue claridad. Escuchó cómo su madre la llamaba para poner la mesa, por unos momentos había dejado atrás los pensamientos que le preocupaban, se separó de la ventana con desgana.

Su madre la notó abatida y le acarició levemente la mano, invitándola a hablar.

—Hoy estaba Cris un poco rara. Menos mal que al final se ha sincerado. Tenía a Patricia en un pedestal pero poco a poco, está empezando a ver cómo es en realidad. No me gusta Patricia mamá, creo que le perjudica.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alba un poco alarmada.

—Son muchas cosas que pueden parecer pequeñas. Esta mañana cuando la ha visto vestida con una ropa que yo creo que le sienta genial, le ha dicho que yo soy una buena chica, pero que teme que mi vulgaridad acabe “contagiándola”. Han hablado y resulta que teme que Cris se rebaje demasiado al intentar ponerse a mi altura, por una generosidad mal entendida.

Alba miró a su hija con intensidad, quería transmitirle tantas cosas...

—Hay personas que pierden su vida esforzándose en aparentar aquello que no son, en ser más que los demás o en tener más que en ser. Vulgar viene de vulgo, una palabra que nombraba, en una sociedad más estamental que la de ahora, a la inmensa mayoría de las personas, las que vivían alejadas de los privilegios del rey, la nobleza y el clero. A mí me gustan la mayoría de las personas, me gusta formar parte de ellas, no me siento insultada por ser parte del vulgo.

Si somos vulgares porque no seguimos los dictados de la moda al pie de la letra, pues sí soy vulgar. Me gusta seguir la moda cuando coincide con mis preferencias. Pero antes que seguir ciegamente los dictados de la moda, prefiero seguir los dictados de mi corazón.

—¡Ay mamá, cómo me hubiera gustado decirle eso a Cris esta mañana!

—Hija, seguro que escucharla y reaccionar como la buena amiga que eres, le habrá ayudado mucho.

—Sí mamá, pero voy a llamarla y a contarle palabra por palabra lo que tú me has dicho. Patricia no me gusta ni un pelo, no creo que sea una buena influencia para Cris.

—No te precipites, no la predispongas en contra de Patricia, si su familia la ha contratado por las razones que sean, es un tema delicado. Cris tiene mucha confianza con su padre, si ve cosas que no están claras, seguro que habla con él.

—No sé mamá, la abuela es la que la contrató. Al parecer ella y Diego se distanciaron mucho cuando él decidió vender la casa de Madrid y venir aquí. Le culpa de que ha alejado a su nieta de un mundo en él que gozaría de más oportunidades.

—Uff, todo eso, tiene que ser muy complicado emocionalmente para Cristina. Cuando los padres tomamos una decisión, pensamos que es lo mejor para nuestros hijos. En este tema hay demasiadas cosas que no sabemos. Me gusta Cris, creo que es una buena chica, no puedo ver ningún mal en el hecho de trasladarse aquí. No debemos juzgar ni a unos ni a otros. De lo único que estoy segura es que Cristina tiene mucha suerte contando con una buena amiga. Escúchala y sigue apoyándola en sus buenos y en sus malos momentos.

Alba sonrió y abrió los brazos, Lucía se refugió en su calidez. Ya era más alta que su madre, pero seguía agradeciendo el calor y el amor que encontraba en sus brazos.



ES MÁS FÁCIL DAR QUE PEDIR

Por la mañana, en cuanto desayunó, Diego llamó a Alba para invitar a las dos a su casa. Quedaron finalmente para el próximo sábado, entre semana ella tenía mucho trabajo.

Manuel estaba esperando que Diego saliera de la casa para poder hablarle a solas. No se le daba bien pedir favores, a pesar de ser un hombre servicial que con gusto quería siempre ayudar. Apenas había podido dormir pensando cómo iba a plantear el tema.

—Quería hablar con usted.

A Manuel le resultaba imposible usar un trato más familiar con Diego, a pesar de las muchas veces que él le había insistido para que lo hiciera.

—Dime Manuel.

—Desde que trabajo para su familia nunca le he pedido nada, pero ahora sí que necesito hacerlo—contestó visiblemente incómodo.

—Manuel, me considero afortunado por teneros a ti y a tu mujer formando parte de mi casa. Habéis estado a mi lado en momentos muy difíciles y abandonasteis Madrid por seguir con nosotros. Yo ya os considero como de la familia, puedes hablar tranquilo.

—Se lo agradezco. Quería pedirle poder cambiar quince días de vacaciones de verano por la segunda quincena del mes de abril, pero justo coincide con la semana en la que usted tiene que viajar a Sudamérica.

—¿No puede ser dos semanas antes o dos semanas después?

—Es que Pepa y yo hacemos veinticinco años de casados, he estado ahorrando para poder ofrecerle el viaje de novios que nunca tuvimos cuando nos casamos.

—¡Manuel, eso lo tenemos que celebrar! No hay qué cambiar nada, esos quince días van a ser parte de mi regalo —dijo dándole una palmada amistosa en la espalda.

—Pero...

—Nada de peros, cuenta con ello, hablaré con Patricia, seguro que le viene bien un dinero extra por quedarse unos días más.

—Intentaré compensárselo.

Diego le miró intentando transmitirle a ese hombre sencillo y honesto, lo mucho que apreciaba su forma de ser, su lealtad y su dedicación.

—Manuel, no crees que ya me los has compensado con creces —Diego lo acalló con un gesto—y ahora dale la buena noticia a tu mujer.

—No, quiero darle una sorpresa para que no pueda decir que no. He pensado regalarle ese mismo día, una maleta con ropa nueva para el viaje y un sobre con los pasajes de avión. Quiero llevarla a la Toscana.

—Le va a encantar Manuel, ya verás. Entonces, si quieres puedo ayudarte, por internet podemos programar una escapada romántica inolvidable.

Manuel asintió, sin darse cuenta había estrujado con fuerza la gorra entre sus manos, una profunda satisfacción creció en su interior.

Más tarde Diego le contó todo a su hija, pidiéndole ayuda para buscar en secreto un regalo para ellos dos.

—Un libro para Pepa, yo creo que leer es lo que más le gusta.

—Un libro es poco, quiero que sea como un regalo de boda y que sea muy especial. ¿Qué más le gusta a Pepa? Porque si no tendré que comprarle una librería entera.

—También le encanta la pintura y la escultura de Miguel Ángel. Tiene un libro de su biografía con muchas fotos que está ya muy usado de tanto releer.

—¡Ya sé el regalo perfecto!, Manuel y Pepa no solo irán a la Toscana —dijo Diego con aire travieso.

Cristina se quedó pensativa.



UN DESEO, UNA CANCIÓN

Diego no quiso contarle por teléfono a Alba una situación que necesitaba resolver de la mejor manera y cuanto antes. Al final, habían quedado en que subirían ella y Lucía el próximo fin de semana a la masía, para poder escuchar un adelanto de los temas del nuevo disco, con la excusa de una buena merienda y de que necesitaba oyentes que fueran críticos y objetivos.

Cuando el sábado llegaron a la casa, Pepa les había preparado unas pizzas de masa de pan, con un peculiar toque de queso manchego que las hacía deliciosas.

Comieron en la zona ajardinada. Aunque Diego y Cristina se esforzaron en aparentar normalidad, Alba empezó a intuir que algo pasaba. Diego o le rehuía la mirada o la sorprendía mirándola fijamente, Cristina charlaba demasiado aprisa como si estuviera nerviosa.

Cuando acabaron, recogieron y pasaron a la sala del piano. Diego empezó a sincerarse, tratando de explicar el porqué del problema y dejando claro que debía compensar esa ayuda inesperada.

Alba intentó interrumpirle para decirle que no tenía importancia, pero él le dijo que por favor esperara a escuchar su explicación y su canción.

Cristina y Lucía se habían cogido sin darse cuenta de la mano y ambas escuchaban muy quietas, sin atreverse a intervenir.

Las notas de la balada sonaron en la habitación. Diego notaba una molesta rigidez en los dedos, empezó a cantar con una voz demasiado grave, pero poco a poco, la canción fue surgiendo y se dejó llevar por la emoción que le inspiraba.

Alba apenas pudo reconocer nada de lo que había escrito, las palabras y la música que la acompañaban habían logrado conectar con sentimientos que ella siempre intentaba adormecer. Se obligó a mirar a Diego, intentando ocultar la turbación que le había provocado.

—Tú utilizaste parte de los versos creyendo que eran de tu hija. No quisiste copiarme en nada. Yo no pretendí que los utilizaras, solo escribí

motivada por una historia muy especial entre un padre y su hija. Nada pretendí, nada me debes.

Diego dejó escapar el aire que sin darse cuenta estaba reteniendo. En realidad lo importante para él no había sido eso, sino el dejar atrás el bloqueo que le impedía volver a componer. Se sentía aún más obligado a indemnizar, viendo que ella no quería nada.

—La canción podría llegar a tener éxito y el mérito no sería solo mío.

—Si te quedas más tranquilo te firmaré un papel cediendo todos los posibles derechos o lo que sea que tenga que cederte —contestó Alba, ya con ganas de salir de allí.

Diego se dio cuenta de lo que a ella le debía estar pareciendo todo esto.

—No hace falta, pero déjame compensarte con algo que te pueda hacer ilusión.

—No, de verdad.

Un súbito deseo le impulsó a hablar, bajando la voz dijo:

—Poder ir al mirador.

—No entiendo...

Alba se dio cuenta de lo inadecuada e intrusiva que era su petición. Rápida, rectificó.

—Poder ir a un parador —dijo nerviosa. Tranquilo solo estaba bromeando. Ya que está todo aclarado, nos vamos ya, gracias por la merienda. Triunfe o no, la canción es preciosa —Alba se levantó del sillón de forma apresurada.

Diego se acercó hasta ella, le sorprendió la sutil tristeza que empañaba sus ojos. Las palabras surgieron por sí solas:

—Puedes acercarte hasta el mirador siempre que quieras.

Alba intentó negarse, pero Diego la acalló con un gesto.

Estuvo tentado de decirle que para él, era el sitio más especial de la casa, el lugar al que iba cuando necesitaba estar solo y poder olvidar. Solo acertó a sonreírle y a ofrecerle su mano.

—Así ganamos los dos.



EL REGALO PERFECTO

Por la noche, después de cenar, Cristina espero a que su padre y ella estuvieran solos para proponerle una idea que no dejaba de rondarle la cabeza.

—Papá, hoy con Alba has estado bien ¿sabes? No creo que ella abuse de esa petición, lo único es que no sé si le gustará a mamá.

—¿Es por eso por lo que has estado tan callada en la cena? Creo que si a tu madre le disgustara, ella dejaría de ir sin necesidad de que se lo pidiéramos.

—Eso es verdad. No, no era eso lo que pensaba en la cena

—¿Y era...?

—Papá tienes que regalarles a Pepa y a Manuel la escritura de la caseta.

—Hoy mi sino es no entender a las mujeres —contestó Diego perplejo.

—Papá, me refiero a la caseta que está todavía llena de trastos del otro dueño y de herramientas. Es lo suficientemente grande.

—Hija yo creo que ellos están muy a gusto en las dos habitaciones de la planta baja, aquí tienen un baño privado y más comodidades.

—Lo sé papá, sería un regalo que podrían disfrutar cuando se jubilaran. Manuel es muy mañoso, seguro que la podría ir arreglando poco a poco.

—¿Y cómo sabes que para entonces no querrán volver a su pueblo?

—No lo sé, pero ellos son muy felices aquí con nosotros, yo creo que aman este lugar y que se sentirían menos solos en su vejez.

—Hija, si tú volarás de aquí muy pronto y tu vida puede llevarte muy lejos de aquí.

—Papá tú no vas a vender esta casa y yo, por muy lejos que me vaya, siempre querré volver aquí. En este lugar me siento bien, he recuperado a un padre que antes siempre estaba rodeado de gente y que tenía poco tiempo para mí, espero recuperar también pronto a mi madre. No imagino un lugar mejor para dibujar que la mesa que está bajo mi ventana. Y no quiero imaginarlos viejos y solos, con lo mucho que han hecho y están haciendo por nosotros.

Diego miró a su hija asintiendo. Pensó que era bella por dentro y por fuera. ¿Cuándo había crecido tanto?

Lentamente, con mucho cariño, posó su dedo durante unos segundos en su frente, ejerciendo una leve presión con la que intentaba decirle cuánto la quería.

Cuando lo apartó le dijo:

—Muy bien, habrá que mirar el tema legal, la propiedad creo que es indivisible pero seguramente se les puede ceder en vida. Eso sería lo mejor porque tampoco me gustaría que la reclamaran después, herederos que se hubieran olvidado de ellos mientras vivían. Quedamos así, solucionado el tema del regalo de aniversario. Manuel llevará a Pepa a ver la Toscana. Y nosotros, también les regalaremos dos días en Florencia para ver el David de Miguel Ángel, el viaje resultará perfecto.



EL CUADERNO DE PEPA

Pepa sacó de su escondite, el regalo que con tanto amor había preparado para ese hombre, compañero de vida, que tanto había aprendido a querer.

Seguía enamorándole la franqueza de su mirada, la forma en la que la hacía reír, la infinita paciencia al desnudarla en la cama, dejándole en cueros el cuerpo y el alma.

Había conseguido un cuaderno de gran formato y cuidada confección artesanal. En él había puesto las escasas fotos que tenía y había ido desgranando los recuerdos de una vida ya vivida, con sinceridad. Sin dejar de lado las penas compartidas, había intentado recobrar la alegría y el anhelo que los unía.

Allí estaban sus primeros meses juntos, recién fallecidos sus padres que se fueron uno a los pocos días del otro, el considerado apoyo que él le brindó. La dura decisión de emigrar dejando atrás raíces y amigos. La boda sencilla en la que estrenaba sus primeros tacones, la noche de amor sin reparos como marido y mujer. Las despedidas que ya no dolían como la primera vez. Los años de empeños y cien trabajos, en los que solo se veían para reunirse agotados en el estrecho colchón que los cobijaba. El duro aprendizaje de ver, oír y callar en casa ajena, bajando la cabeza. El curso de confección y hogar, pagado con los primeros ahorros, que les abrió las puertas de la familia de Diego. La desesperanza de no poder ser padres y la fortaleza de saber que esa ausencia no iba a poder separarles. El nacimiento de Cristina y cómo empezó a amarla, el momento en el que él le dijo que no era hija suya, sabiendo que ella no le iba a escuchar y el abrazo que le dio comprendiéndola. La impotencia que sentían cuando los silencios amargos se instalaron entre Diego y Sabina. La alegría al saber que también irían a Alamar. Lo mucho que amaron al instante el lugar en el que ahora vivían, tan diferente de la casa de hormigón y cristal en la que antes convivieron.

Pepa deslizó sus dedos por las últimas páginas, en ellas solo escribiría lo que sucediera el día de su aniversario. El resto permanecería en blanco para

simbolizar que aún les quedaba mucho por vivir.
Cerró el cuaderno y lo guardó en su envoltorio.
Estrechándolo entre sus brazos susurró:
Y lo que esté por venir que sea contigo.



BUENAS NOTÍCIAS

Diego llegó más pronto con la intención de hablar con Patricia y preguntarle sí podía venir más días, mientras Manuel y Pepa estaban fuera. Cris quería quedarse sola o en casa de Lucía, pero pensaba que sería mejor así. Las encontró a las dos comentando en inglés, una revista de moda.

—¡Papá qué pronto has llegado!

—¡Hola! Patricia va a pensar que no te alegras de verme.

—Es verdad, no me alegro nada de nada —contestó Cris, siguiéndole la broma con una amplia sonrisa.

—¿Le has contado ya las novedades?

Patricia se incorporó curiosa.

—Ya veo que no. Cris, tú sigue con los deberes si quieres. Patricia y yo nos bajamos y le cuento todo.

—Vale, mejor, así adelante.

—¿Vamos?

Patricia miró la hora.

—¡Claro!, ¿Cojo ya mis cosas o me dará tiempo a continuar?

—No, coge ya lo que necesites, aunque salgas un poco antes hoy no pasa nada. ¿Te apetece que vayamos a la mesita de fuera? Hace muy buena tarde.

Patricia se despidió y bajó con Diego.

Se sentaron y Diego empezó a contarle. No hacía falta que se quedara el fin de semana. Sabía que le gustaba cocinar, si se encargaba de las comidas, le daría un suplemento extra.

—Sin ningún problema, cuidaré de Lucía y de ti —añadió poniendo su mano sobre la de él.

Diego la retiró, súbitamente electrizado por su contacto.

—Muchas gracias, esperaba poder contar contigo.

—Sabes que sí. Cristina es para mí mucho más que un trabajo.

—Me alegra saberlo. Te pagaré ese mes lo que calcules que sea adecuado ¿te parece bien?

—Muy bien. ¿Y el presupuesto para la comida?

—Compra lo que necesites y me pasas lo cargos. Bueno no quiero entretenerme, seguro que estás deseando llegar a casa.

—Tengo cosas que hacer, pero no hay nadie que me espere —comentó mirándolo con intención.

—No creo que esa situación duré mucho tiempo, eres una persona con muchas cualidades Seguro que vas a encontrar al hombre que te mereces.

—Gracias —contestó con su mejor sonrisa.

Patricia cruzó los dedos mentalmente, quizás ya lo hubiera encontrado.

Un móvil empezó a sonar. Diego se levantó, antes de contestar le hizo un gesto de despedida.

Patricia se demoró, encantada por las oportunidades que se abrían ante ella, tenía tiempo para pensar y conseguir que cuando acabaran los quince días la echaran terriblemente de menos.

Pepa se acercaba por la vereda con el balde de la ropa vacío. La miró, extrañada de que estuviera sola allí.

Le devolvió la mirada con frialdad. Pronto ella podría ser cada vez más importante en esa casa.

Su móvil sonó y ella lo miró con aire mundano. De pronto se quedó pálida, incapaz de responder a la llamada que no dejaba de insistir.

El mundo desapareció mientras ella miraba la pantalla, incapaz de reaccionar.

Pepa pasó y se quedó en la puerta, intuyendo que algo grave pasaba.

Patricia descolgó.

—¿Recuerdas quién soy?

—Un fantasma.

Una profunda respiración se oyó al otro lado del teléfono.

—No sabes lo que me ha costado averiguar tu nuevo número.

—Cambié de móvil.

—Mucho tiempo sin oír tu voz.

—Seis años.

—Llevas la cuenta muy bien.

—En estos seis años había conseguido olvidarte.

Pepa seguía clavada en la puerta, aunque sabía que no debía escuchar

una conversación tan privada.

A Patricia le fallaban las palabras, nada que decir. El silencio se impuso y se sintió obligada a seguir.

—¿Y?

—Me sacaste de tu vida siendo un pobre diablo, ahora soy un pobre diseñador gráfico.

—Para mí nunca fuiste eso, sabes que me vi obligada, mis padres nunca te hubieran aceptado.

—Esa historia me la sé. Solo me importaba que me aceptaras tú.

Patricia permaneció callada.

—¿No tienes un poco de curiosidad por saber de mí?

—No. Me alegraría que te hubiera ido bien, nada más.

—En Londres he tenido muchos trabajos, ninguno bien pagado, pero me permitieron seguir adelante y estudiar por la noche una carrera. Vuelvo a España.

—¿Has conseguido un trabajo aquí?

—No. Me regalaron un libro, “La ridícula idea de no volver a verte”. ¿Lo has leído?

—No.

—Solo con ver la portada, deseé volverte a ver. Su lectura me lo confirmó. Para olvidarte definitivamente tengo que verte otra vez.

—He cambiado.

—Yo también.

Patricia ahogó un repentino sollozo.

—No te gustaría cómo he cambiado.

Patricia colgó. El móvil empezó a sonar otra vez.

Patricia rechazó la llamada, lo puso en silencio y lloró desconsolada.

Pepa se retiró despacio hacia el interior. Nada de lo que ella le hubiera dicho, la habría ayudado.



A FUEGO LENTO

Manuel era un hombre que se sentía profundamente ligado a la tierra que trabajaba, era feliz con las manos llenas de ella, viendo crecer el fruto de su esfuerzo. Pero era aún más feliz amando a esa mujer que se había metido a fuego lento en su vida, forjando un amor sólido y duradero.

Reconocía que no era excesivamente detallista, no tenía la capacidad de Pepa que siempre le escribía las más hermosas palabras en una tarjeta. Si tenía que hacerle un regalo a su mujer, siempre escogía un libro porque a ella le encantaba leer y una flor.

De novios le preguntó cuál era su flor preferida y ella le contestó traviesa que eso era algo que tendría que averiguar por sí mismo. Llevaban juntos más de veinticinco años y aunque todos los años le regalaba una intentándolo, aún no lo había adivinado.

Quería que este aniversario fuera muy distinto, esta vez iba a sorprenderla primero con el regalo del viaje y después ofreciéndole todos los días en Italia, una flor.

Escribió una lista, que le pareció demasiado corta, con el nombre de las flores que cada año le había regalado, algunas de ellas repetidamente porque hubo muchos años de estrecheces y hubo un tiempo, en el que pensó que había adivinado la variedad pero no el color. Con la ayuda de Diego había conseguido concertar que cada mañana, en el desayuno del hotel le pusieran una sola flor en un jarrón, cada día una diferente. Si acertaba lo sabría. Si no, volvería a escuchar su consabida frase de consuelo:

“No importa, nos queda mucha vida, el año que viene vuelves a probar”.

Cuando llegó el gran día, ganó la partida al sol, se levantó con la habitación llena de sombras, porque quería que ella no hiciera el desayuno. Cerró la puerta con mucho cuidado sin darse cuenta de que Pepa se había despertado y le observaba divertida.

En la cama, Pepa se volvió hacia el lugar que aún conservaba el calor de Manuel, puso su mano en el hueco que había dejado y se dejó llevar por su olor, sintiéndose dichosa y serena. Poco a poco, salió de su ensoñación, se

levantó y sacó su regalo. En la cocina le esperaba Manuel con el tazón de leche, las tostadas de pan de pueblo y el queso que a Pepa le gustaba para desayunar. La miró feliz, había dejado un libro envuelto en papel de regalo y un ramillete de fresas blancas. La maleta con el equipaje preparado aguardaba escondida bajo la mesa. Esa misma tarde tendrían que partir.

Pepa dejó su regalo en la mesa. Se dieron un abrazo largo y prolongado.

—Tienes mucho mérito Pepa, no te has cansado de mí después de tanto tiempo.

—Ponme a prueba otros veinticinco años y verás. ¿Quieres abrir tú regalo?

Manuel lo sospesó aún emocionado y divertido al tiempo.

—Por fin has encontrado ese libro que según tú, voy a querer leer.

—Eso me gustaría —le contestó Pepa, ilusionada.

—El mío tiene que esperar un poco, me gustaría dártelo con Diego y la niña, ellos son lo más parecido a una familia que tenemos.

—Me parece bien. Preciosas las fresas. No importa, nos mucha vida...

La vida tuvo un brillo especial esa mañana, les deparó mucho más de lo esperado, hubo muchas lágrimas, ninguna de tristeza.



UNA OPORTUNIDAD, DOS SEMANAS

En el tiempo transcurrido, Patricia había encadenado con doble llave su corazón y sus recuerdos, empeñada en no desandar su camino y en conseguir todo aquello que le había sido arrebatado y que ahora podía en parte, recuperar.

La crisis económica que con tanto encono se había desarrollado con el cambio de siglo, atropelló a su acomodada familia como a tantas otras. La caída fue especialmente dolorosa porque habían mirado hacia otro lado, convencidos de que aquello no iba con ellos, desaprovechando la oportunidad de salvar parte de lo mucho que tenían. El orgullo siempre es mal consejero y no les ayudó ni antes, ni después de verse arruinados.

Doña Sofía la había contratado, por lo que había sido, porque ella pertenecía a unos ambientes que no debería haber abandonado.

Se había permitido ser y no obtener nada, una vez, con un solo hombre y con él había descubierto puertas que amargamente tuvo que cerrar. Lo hizo sin saber que estaba perdiendo la parte más preciosa de sí misma, la que era capaz de amar sin interés ni condiciones.

Ahora no podía desaprovechar lo que el destino le deparaba. Ya no necesitaba un amor de juventud, se esforzaría en aprender a querer a Diego cuando este cayera en sus brazos. Qué hombre no sería feliz a su lado, ella sabía todo lo que era necesario saber.

No podía permitirse fallar, había planeado concienzudamente lo que iba a hacer durante las dos semanas que iban a estar fuera Pepa y Manuel, con el objetivo de que tanto Diego como Cristina lamentaran que acabaran.

Tenía que ser para Cristina algo más que una asistente y para Diego una opción que no pudiera rechazar. Tenía que aprovechar las noches en las que Diego y ella se quedaran por fin solos. Lo más divertido sería desbancar a Pepa en la cocina, después de comer sus creaciones la sencillas recetas de la criada iban a empezar a parecerles muy aburridas.

El lunes llegó temprano, con el maletero a rebosar de lo que ella pensaba que eran sus mejores armas, quería empezar con buen pie

preparándoles un desayuno que incluiría fiambres selectos y fresas.

Cuando se fueron al colegio entró en la habitación de invitados, ese día Diego no volvería hasta la noche, tenía tiempo para organizar sus cosas.

La casa estaba a su disposición. Se dedicó a abrir todas las puertas, tenía mucha curiosidad por descubrir cómo era la habitación del matrimonio. Lo que vio le dio esperanzas, nada en ella recordaba a Sabina. En otra, un gran número de cajas cuidadosamente etiquetadas le mostraron donde estaba todo aquello, que debería estar ocupando un lugar junto a las cosas de Diego.

Empezó a leer las etiquetas, estuvo tentada de abrir alguna de las cajas que incluían el nombre de conocidos modistos en sus pegatinas; pero se contuvo, eso hubiera sido una torpeza.

Nerviosa después de su inspección por el resto de la casa. Se sirvió una copa, pensando que la necesitaba, se sentía excesivamente alterada.

Cometió su primer error. Se sentó en el jardín de la entrada y la bebida le abrió las puertas a un recuerdo que había intentado con todas sus fuerzas mantener enterrado en su memoria.

Estaba sentada en el mismo lugar en el que hacía unas semanas Maric había vuelto a irrumpir en su vida, la única persona que había conseguido detenerle el corazón. Ya era un fantasma. Ella se había endurecido y madurado. Tenía claras cuáles eran sus metas, iba a ser una triunfadora... Entonces, ¿por qué dolía tanto?

El segundo error fue no avisar a Cristina, como hacen todas las madres, de que no se debe abrir la puerta a los desconocidos.



DE VUELTA A CASA

Diego salió del estudio, toda la tensión pareció disiparse como si no hubiera existido, dejándole una sensación de euforia que le hizo coger de la mano a una sorprendida anciana que pasaba por la calle y dar unas vueltas de baile con ella sin dejar de sonreír y consiguiendo que la mujer se mostrara encantada.

—Les ha gustado mi canción —le dijo sin parar de sonreír.

—No podía ser de otra forma —le contestó ella alegre, mientras se alejaba.

Debería haber vuelto más pronto a Alamar, pero había decidido aprovechar el resto del día allí. En realidad intentaba posponer el hecho de que al volver Patricia estaría allí, más disponible y cercana que nunca.

Regresó al pueblo ya oscurecido. Le había dejado a Cris un mensaje con la buena noticia y esta se había apresurado a decírselo a Alberto, Lucía y Patricia.

Al entrar, descubrió lo que habían estado haciendo en su ausencia.

Habían vestido la mesa con sus mejores galas y habían preparado una cena fría que se veía deliciosa a pesar de que no reconocía la mitad de los platos. Una botella de cava aguardaba en una cubitera llena de hielo. Patricia esperó a que padre e hija acabaran de hablar y abrazarse, para ofrecerle una burbujeante copa.

—¿Brindamos?

—Esperad, que me ponga un poco de agua —dijo Cris, llenando la suya.

Los tres alzaron alegres las copas.

—¡Por tu música!

—¡Por nosotros!

Patricia bebió sin dejar de mirarle a los ojos.

A Diego le pareció un gesto terriblemente atractivo, decidió que tenía que ir con pies de plomo. No apuró su copa, ya sabía que el alcohol es un mal compañero en esa clase de juegos.



TE NECESITO

En clase, el profesor de matemáticas repartió los controles corregidos. Lucía vio su calificación y enseguida buscó feliz con la mirada a Cris, para ver si su nota era tan buena como la suya. Al hacerlo vio como Abel cerraba los ojos con un rictus crispado y las manos fuertemente agarradas a la mesa. Lucy no pudo evitar preocuparse.

Al salir al patio observó como en lugar de jugar a fútbol, Abel se separaba del grupo y se alejaba hasta quedarse apoyado en una de las paredes. Quería aislarse de todo y de todos.

Lucía se acercó.

—¿No juegas a fútbol hoy?

—No estoy de humor.

—¿Has vuelto a suspender mates?

Abel la miró sorprendido ¿le importaba un poco?

—¿Cómo lo sabes?

—No hay que ser muy lista.

Decidió sincerarse.

—Si no apruebo todas, mis padres me enviarán interno a acabar el bachiller en la ciudad. Me muero si tengo que irme de aquí.

—¡No te irás, ya verás! ¿Habías estudiado?

—Sí, te lo aseguro, pero tengo un cacao mental que no me aclaro. Se me están atragantando estos temas.

—Acabas de contratar a la mejor profesora particular de mates.

—¿Quién?

—¡Yo, tonto! Te daré clase los martes que tenemos menos deberes y solo acepto como pago un aprobado, así que ya te puedes poner las pilas y espabilar —dijo Lucy amonestándole con el dedo, imitando a una de las profesoras.

—¿De verdad?

—Necesitas aprobar, ¿no? Pues ya está. Y ahora a jugar a fútbol, el martes te espero a las seis en mi casa. ¡Y no te olvides! — dijo volviendo a

amenazarle con el dedo.

Abel sonrió, incapaz de dejar de mirarla mientras pensaba...

Te necesito Lucía, mucho más de lo que te imaginas. Imposible olvidarte.



SEGUNDA SEMANA

Cristina había bajado a la cocina para beber agua cuando le sorprendió el sonido del interfono de la puerta más cercana a la casa. No esperaban a nadie.

—¿Quién es?

—Traigo un presente para Patricia Torres.

Cristina pensó que sería cosa de su padre. La verdad es que Patricia se había esforzado al máximo para que todo fuera bien. Además su padre estaba a punto de llegar. Sin preguntar más, abrió la puerta.

El hombre, muy alto y pelirrojo, no parecía un repartidor. Llevaba una carpeta de gran formato, como las que usaban los dibujantes. Cristina enseguida se mostró interesada.

—¡Hola! Buscas a Patricia, ¿eres amigo suyo?

—Sí, o al menos eso me gustaría.

Al decirlo sonrió y su cara ganó vivacidad, así parecía más joven. Tenía una ligera barba cuidadosamente recortada y los ojos muy claros de un color que no supo definir.

—Ella está dentro, pasa.

—No, no va a pasar —dijo Patricia mientras salía a su encuentro.

Cris nunca la había visto tan pálida. Instintivamente echó un paso atrás.

—¿Llamo a papá?

—No, no hace falta. Mario ya se va.

—Solo es un momento. He venido a traerte esto —dijo ofreciéndole la carpeta. Son los dibujos que no he podido evitar hacer durante estos años, cada vez que tu ausencia me pesaba.

Mario se quedó callado, percibiendo como ella temblaba. Al ver que no reaccionaba, le dijo:

—Ya no eres lo más importante de mi vida, pero necesito saber si todavía vale la pena luchar por ti.

—No te importaría nada de lo que ahora soy —contestó con un rictus amargo Patricia.

—Solo me importa lo que fuiste y lo que puedas llegar a ser.

Intentó darle los dibujos.

—No los quiero, llévatelos. Te tienes que ir.

Mario se quedó quieto, con el gesto detenido, ofreciendo mucho más que una carpeta. Le habló intentando que no se trasluciera su decepción.

—Hasta el verano, me quedaré lo suficientemente cerca hasta el verano. Después, ya nunca más tendrás que decirme adiós.

Patricia entró en la casa, luchando por no desmoronarse.

Él la miró alejarse con una mirada cargada de tristeza.

—Lo siento —le dijo Cris.

Mario abrió la carpeta y mientras regresaba, fue dejando caer uno a uno, los dibujos que con sentimientos contradictorios hablaban de su imposibilidad de olvidarla.

El camino quedó sembrado de imágenes que hablaban de sus emociones mejor que sus palabras.

Cristina lo vio marchar y empezó a recogerlos, mirando apenas, conmovida al ver las muchas caras del dolor y la ausencia.

No se atrevió a entrar con ellos en casa y los dejó apoyados en la pared, sin saber muy bien qué hacer.

Patricia la esperaba muy pálida, pero sin lágrimas.

—El pasado, pasado está. Tú padre está a punto de llegar.

¿Me ayudas con los aperitivos?

A Cristina le pareció estar hablando con una mujer de hielo. No se atrevió a preguntar. Nada percibió de la batalla que en su interior libraba Patricia, renunciar a él por segunda vez y volver a alejarlo de su vida, le estaba suponiendo una dura prueba.



LA CURIOSIDAD

Olga era una mujer de mundo, acostumbrada a ver milagros y miserias. Regentaba una casa rural en la Toscana y se enorgullecía de poder ofrecer mucho más que unas excelentes vistas. Cuidaba con mimo la decoración rústica pero funcional de sus alojamientos y el bienestar de sus clientes, con una intuición que le permitía saber quién necesitaba de la más estricta intimidad o de una buena conversación. Estaba encantada con Pepa y Manuel, ellos no habían perdido la capacidad de asombrarse, miraban todo con los ojos muy abiertos, como si no acabaran de creerse que podían estar allí. Desde un primer momento a Olga le intrigó la petición de que cada día una serie de flores, una sola cada vez, acompañara el desayuno de ambos. Fue Pepa la que acabó contando el porqué y fue Olga la que le dio a Manuel la clave que necesitaba, al decirle que quizás buscaba en la dirección equivocada al haber dejado de mirar atrás, hacia los recuerdos que los nombraban.

Manuel salió a dar un paseo mientras Pepa leía a la sombra de una wisteria que formaba a su alrededor un colorido manto de pequeñas flores lilas, revivió sus primeros años. Allí estaba el recuerdo que se le escapaba. En aquella época encontraban un poco de intimidad en el Paseo de la Violeta que llegaba hasta una fuente del mismo nombre, a la salida del pueblo. Caminaban enlazados, atados por muchos sueños. Sueños de escapar y poder tener un futuro que en el pueblo se les negaba. A la sombra de la fuente, pequeñas violetas silvestres crecían de la primavera al verano y a Pepa le encantaba rozarlas, aspirar el aroma que quedaba atrapado en el hueco de sus manos.



SE ACABA EL TIEMPO

Patricia era tenaz, se había marcado un objetivo y no iba a permitir que nada, ni siquiera Mario, la distrajera.

El problema era que Diego se retiraba en cuanto su hija se iba la cama. Parte de lo que debería haber pasado aún no había ocurrido. Notaba que las barreras de Diego cada vez estaban más bajas, así que decidió forzar un poco el tema.

Solo quedaban dos noches.

Después de cenar, cuando iban a acostarse le pidió a Diego:

—¿Puedo hablar un momento contigo?

Cris les deseó buenas noches a los dos y se encaminó hacia su habitación. Algo debió intuir porque se quedó rezagada, dispuesta a espiar parte de la conversación.

Patricia suspiró, las historias tristes siempre funcionaban. Se había puesto esa noche un escote sugestivo, convenientemente tapado por un sedoso pañuelo.

—Gracias por quedarte Diego, siempre eres muy amable y considerado conmigo. Me imagino que Doña Sofía te habrá contado los problemas económicos de mi familia, he tenido que aceptar este trabajo y otros mucho peores, abandonando mis sueños de poder opositar. Mejor que no sepas las humillaciones que a veces he tenido que soportar.

Al decir esto se llevó la mano al pecho, permitiendo hábilmente que parte del pañuelo se deslizara. Siguió como si no se hubiera dado cuenta, bajando la mirada como si estuviera reteniendo a duras penas las lágrimas.

Tenía totalmente captada la atención de Diego. Él sabía lo rápido que desaparecían los falsos amigos y la facilidad con la que se podía pasar de lo más alto, al borde del precipicio.

—No te he pedido que te quedaras para cargarte con mis problemas, solo quiero un poco de ayuda. Una compañera de la facultad me ha invitado a una reunión de una prestigiosa firma, que se celebrará a lo largo de un fin de semana en un hotel de Barcelona. Al parecer la empresa para la que

trabaja quiere ofrecer una imagen joven, dinámica, atractiva y de alto nivel. Mi amiga ha pensado en mí para que les acompañe, según ella nadie como yo para facilitar relaciones sociales de altura. Me pagarán bien y puede que después me consideren para un trabajo más serio.

En realidad, se enteró por su madre de esa reunión. Tragándose el orgullo, había llamado a su “amiga” para preguntarle si necesitaban personal y había tenido que soportar como le decía con un tono condescendiente:

“Lo siento, necesitamos personas muy calificadas, con una formación más actualizada. Tú no tienes ningún máster, ¿verdad? “

—No veo qué inconveniente hay, seguro que lo harás muy bien.

—Sí puede ser, pero tengo un problema.

Patricia bajó la voz como si le avergonzara, obligando a

Diego a acercarse más y dejando que el pañuelo acabara prácticamente en el suelo.

Diego la percibió muy vulnerable y más cercana que nunca.

—Dime Patricia, si está en mi mano, no dudes en pedírmelo.

—Habrá un baile, no sé bailar.

Patricia le miró con los ojos impregnados de emoción, como si fuera la persona más importante del mundo. Él no pudo sostenerle la mirada y al bajarla, no pudo evitar ver como la respiración entrecortada de Patricia hacía oscilar de forma deliciosa sus senos. Se levantó bruscamente reacio a caer en su embrujo, con tanta torpeza que pisó el pañuelo y estuvo a punto de caer.

—¡Perdón! —sintiéndose muy ridículo, recogió el pañuelo aliviado al ver que no se había roto y se lo dio a Patricia rehuyendo su mirada.

—No te preocupes.

—Te enseñaré lo básico, seguro que una o dos sesiones bastarán. Ya es tarde, mañana o el lunes podremos empezar —dijo mientras se escabullía por la puerta.

Cris se apartó a tiempo y se quedó muy quieta, esperando a que subiera para poder ir a su habitación.

Un sonido amortiguado la sorprendió, si no hubiera sabido que Patricia

estaba dentro, habría jurado que había escuchado una risa histérica.

Dentro, Patricia dejó de reír, abatida por un súbito agotamiento. Demasiada tensión. Estaba claro que no le era indiferente a Diego, pero la sensación que la embargó, lejos de ser placentera, empezó a pesarle como una losa.

Apagó la luz y se abrazó a sí misma.



BAILAR BAJO LA LLUVIA

Diego tenía serias dudas, cómo era posible que Patricia no supiera bailar y qué había sucedido para que no fuera capaz de decirle que no lo consideraba apropiado. Al final decidió salir del paso, implicándose lo menos posible.

El viernes, durante la comida, Diego sacó el tema de las lecciones de baile con la intención de que Cris le ayudara, no quería volver a quedarse solo con Patricia. Por fortuna, su hija se mostró encantada.

Sí Patricia se sintió defraudada, no lo demostró.

Quedaron en comenzar sobre las seis. Patricia apareció con un precioso vestido de tonos cálidos, ajustado de cintura y con falda de vuelo, que le sentaba muy bien. En realidad, sabía bailar sin problemas la mayoría de estilos. Solo quería que él la tuviera al fin entre sus brazos.

No contaba con que él, se empeñará por empezar por los más elementales pasos, ni que fuera siempre Cristina su pareja de baile. Diego alegaba que necesitaba observar y corregir desde fuera.

Si le asombró lo rápido que aprendía, nada dijo.

En realidad, esta vez, Diego no se debatía en las mareas del deseo que Patricia le provocaba. Dejaba de verla porque Sabina volvía a él, espejismo de días más felices, porque nada le gustaba tanto como bailar con ella y porque añoraba profundamente volver a bailar bajo la lluvia.



CLARIVIDENTE

Pepa miraba por la ventanilla del avión mientras Manuel dormitaba a su lado. Había sido un viaje inolvidable, cerró los ojos y volvió a pasear por las calles de Florencia deslumbrada por su magnificencia y colorido. Volvió a acariciar con la mirada la suave perfección y la pureza de las líneas del David, mucho más hermoso de lo que esperaba. Regresó a la calidez de la brisa toscana y a su campiña tan llena de vida. Se meció en el recuerdo de los besos que la dejaban sin aliento...

Se sentía bien. Acarició la mano de Manuel, enternecida por su piel áspera que tan sabia se volvía cuando tocaba su piel.

Se sorprendió deseando volver a casa. Ver a Cris, a Diego, su cocina, la tierra y el mar.

El reencuentro tuvo la alegría esperada y pronto Pepa retomó las riendas de la casa. Había mucho por hacer. Patricia no se había molestado ni en barrer y ahora no encontraba nada en la cocina, muchas cosas habían sido cambiadas de su sitio habitual. Poco importaba, se decía, primero el uno, después el dos.

Pepa era muy observadora, poseía el talento de saber cuando algo se escondía tras una fachada de aparente normalidad. Aun con tanto quehacer, empezó a detectar sutiles cambios: Patricia estaba más impaciente, su cara denotaba parte de la tensión que empezaba a cobrarle factura y Diego parecía en ocasiones querer evitarla, a Cris la notaba nerviosa.

No necesitaba ser clarividente para saber que algo había pasado.

Cristina esperó a que Pepa y ella estuvieran por fin solas, para enseñarle la carpeta de dibujos y contarle todo lo que había pasado ese día.

Pepa los miró y la llamada telefónica que escuchó, empezó a cobrar más sentido.

Cris le siguió contando:

—Además, el jueves pasado, sé que está mal no me riñas, escuché parte de una conversación de papá y Patricia muy rara. Ella contaba una historia

de un posible trabajo que no puede ser verdad, porque yo estaba en la cocina bebiendo agua con la ventana abierta y oí perfectamente cómo hablaba con su amiga y ella no estaba nada contenta, no le ofreció el trabajo.

Pepa la interrumpió.

—Espera un poco, rebobina que me he perdido. Expíciate desde el principio.

Cuando Cristina hubo acabado, Pepa empezó a entender más de lo que le había dicho.



ENCrucIJADA

El lunes por la tarde, Patricia necesitaba desesperadamente que la balanza empezara a inclinarse a su favor. Escogió para la sesión de baile un atuendo sencillo pero muy estiloso de color negro, que complementó con un pequeño pañuelo rojo anudado al cuello. La camiseta dejaba al descubierto sus hombros y el pantalón le favorecía insinuando sus formas elegantemente. No quería parecerle provocadora ni peligrosa.

Cristina solo podía quedarse un poco, tenía muchos deberes.

Patricia aguardó con impaciencia el momento en el que por fin, estarían solos.

Necesitaba. No, no lo necesitaba, quería seducirlo—pensó cada vez más tensa.

Al final, Cris les dejó, la luz de la tarde menguaba dando un aire de intimidad a la sala. Patricia se desplazó con gracia por el salón y se acercó hasta él invitándole con los ojos a tomarla entre sus brazos.

La música sonaba sin que Diego reaccionara.

Patricia le cogió la mano y la llevó lentamente hacia su cuerpo. Después hizo lo mismo con la otra y lo impulsó a dejarse llevar.

La música era perfecta, pero Patricia no sintió la emoción que esperaba, desencantada, bailó sin pasión ni corazón.

Diego intentaba no pasar la delgada línea que los separaba. Su mente era lúcida pero su cuerpo le traicionaba. Demasiado tiempo sin amar, sin hallar el consuelo de una mujer, sin despertar el anhelo de sentirse deseado. Ni se atrevía a pensar desde cuando no se había sentido amado.

Los dos se separaron, por distintos motivos aliviados.

En ese momento entró Pepa para preguntar si querían tomar un pequeño refrigerio.

Diego aprovechó para decir que ya era tarde.

Patricia recogió sus cosas. Cansada por el esfuerzo antes de salir se miró en el espejo del recibidor. No le gustó lo que vio. Se tocó el cuello estirando una piel que no necesitaba estirar, porque veía la imagen de su belleza,

esquiva y superada por la inevitable madurez.

Había olvidado su chaqueta y Pepa la sorprendió al llevársela.

—Gracias.

—¿Sabes? Una de las cosas de la que me alegro en esta vida, es que no me haya hecho falta elegir entre la felicidad y el dinero. Hubiera sido horrible si hubiera elegido mal.

Patricia la miró con odio. Cómo se atrevía esa palurda a leerle de una forma tan certera el alma.

Le arrancó la chaqueta de las manos y salió furiosa de la casa.



TARDES MATEMÁTICAS

Abel aunque no era presumido, esa tarde se peinó tres veces y se cambió dos veces de camiseta. Sabía que Lucía solo estaba intentando ayudarlo, pero se sentía como si fuera a una cita. Había intentado estudiar el fin de semana con poco éxito, tenía tal atasco en su cabeza que llegó a pensar que entendería antes la teoría de la relatividad que las derivadas.

Abrió la pequeña puerta que separaba el patio de la calle y se acercó hasta el portal. Saludó, sin apenas recibir respuesta, al hombre mayor que estaba sentado al lado. Cada vez más nervioso, apoyó un momento los nudillos y la frente en la puerta tratando de calmarse. Finalmente llamó, bajo la mirada atenta de Mateo que le observaba sin disimulo.

Las seis en punto. Lucía le abrió alegre.

—Pasa, me gustan las personas puntuales. A mi madre ya la conoces ¿verdad?

—Sí claro, buenas tardes.

—¿Has merendado?— preguntó Alba.

—La merienda después mamá. Y solo si se la merece —añadió bromeando.

Lucía lo invitó a sentarse delante de unos folios y dos lápices.

El flequillo de Abel parecía tener vida propia, caía continuamente desde su oreja, tapándole parte de la cara.

Lucía estuvo tentada de apartárselo ella misma, pero se contuvo a tiempo.

—Cuéntame qué no sabes.

—¿Saco el libro?

—No, vamos a estudiar practicando. Ya verás.

Abel no acabó de relajarse, pero se esforzó mucho y con las sencillas explicaciones de Lucía empezó a dar los primeros pasos para desentrañar el misterio de las mates del trimestre. La primera hora y media pasó volando.

La mesa quedó cubierta de papeles llenos de aplicaciones de derivadas.

Cuando se fue, Alba le dijo a su hija.

—Sí seguís así, ese muchacho aprueba. Se lo estabas explicando muy bien. Y tú diciendo siempre que no te gustaba ser maestra.

—Y no me gusta, yo no tengo la paciencia que tú tienes. Si fuera entrar a clase y solo explicar y corregir vale, pero eso de aguantar la mala educación y las bobadas que tú soportas... de eso nada. Ahora los profesores tienen muy difícil educar. Yo prefiero medicina, ahí no te faltan el respeto cuando les quieres ayudar.

—Ya, la sociedad en general ha empeorado mucho en esos aspectos, pero también encuentras alumnos con ganas de aprender, personas con las que conectas enseguida y que llegas a apreciar. Abrir las mentes, hacer pensar y poder motivarles despertando su curiosidad es muy gratificante. A mi me encanta mi trabajo.

—No me vas a convencer.

—¡No! Si no quiero.



EL NUDO

Patricia intentaba asimilar el nudo enhebrado de sentimientos contradictorios que amenazaba con ahogarla.

Tomó una decisión, el verano estaba demasiado lejos. Necesitaba que Mario se fuera y se fuera para siempre ya. No quería percibirlo más, ni en las sombras ni en la luz que proyectaba su alma.

Cogió el teléfono y le llamó.

—Quiero despedirme. Cinco minutos. Podemos vernos cinco minutos.

—No necesito más para decirte adiós.

—En la cafetería de la plaza, el viernes, a las cinco de la tarde.

—Ahí estaré.

Cinco minutos, el quinto día, a las cinco —pensó con ironía Mario. Antes nos bastaba con ser solo dos.



DOBLE CITA

En el patio, Lucía le contaba a Cristina, como había ido la clase de mates con Abel.

—Vendrá más días. A mí también me viene bien para repasar, cuando le voy explicando parece como si afianzara más lo que he aprendido.

—Es majo Abel, seguro que estará intentando no hacerte perder el tiempo.

—Sí la verdad es que me encanta. Se puede hablar con él de cualquier cosa.

—Se me está ocurriendo una idea, en quince días vuelve Alberto, ¿quieres que quedemos por la tarde los cuatro? Yo creo que congeniarán.

—¿Tan mal quedo como carabina?

—¡Qué va, no digas eso! Si no te apetece quedamos los tres y ya está.

—Por mí quedar con él, bien. Pero si viniera alguien más mejor, es que así pareceremos dos parejitas.

—Bueno pues ya lo pensamos, que aún faltan quince días, tampoco me apetece ir con demasiada gente. Con lo poco que nos vemos quiero disfrutarlo con momentos de calidad. ¿Me entiendes?

—¡Claro! Es normal, si es que no haría falta ni quedar conmigo, salid vosotros.

—No, tampoco es eso.

La sirena sonó avisando de que tenían que volver a clase.

—Luego hablamos.

Ya de noche, Lucía le preguntó a su madre si la ayudaba a hacer la cena. Tenía preguntas rondándole la cabeza.

—Mamá ¿a ti qué te parece Abel?

—Lucy, apenas lo conozco. De momento se le ve buen chico. Si tiene interés y quiere aprobar, para mí eso ya es un punto a su favor.

—Es que a Cris se le ha ocurrido la idea de que cuando venga Alberto salgamos los cuatro.

—Pero ¿a ti te gusta Abel?

—Solo psicológicamente.

Alba dejó lo que estaba haciendo y se sentó en la mesa, Lucía la siguió.

—Si te soy sincera, me parece que le gustas a ese chico.

—¡No creo!

—Mira, si no es así podéis quedar los cuatro sin problemas, pero si tuviera razón, sería cruel darle esperanzas si tú no vas por él. Si quedáis cinco no hay pega, pero dos y dos... Se puede ilusionar más de la cuenta y seguro que tú no quieres hacerle daño.

—¡Qué mal rollo! Ahora, por culpa de lo que me has dicho me sentiré incómoda cuando lo vea.

Lucía se levantó un poco enfadada y empezó a moverse por la cocina.

—Yo paso. Ese fin de semana me quedo en casa.

—Tampoco es eso. Solo te aviso porque creo que te gusta como amigo. Si las cosas están claras no tienes porqué perderlo. En el fondo algo intuías, sino no te hubieras planteado si quedar o no.

Lucía se quedó mirando fijamente a su madre con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Finalmente suspiró y volvió a sentarse a la mesa

—A ver mamá, cuéntame algo que yo no sepa.

Alba se quedó momentáneamente sin palabras.

—¿Por qué el amor tiene que complicarlo todo? —siguió preguntando Lucía.

—El amor, como la vida, es un río que recibe muchos afluentes. Unos pequeños cauces, son experiencias que nos enriquecen despacio, permitiéndonos aprender sin problemas. Otros son como un torrente, arrasan con todo, con nuestras barreras y emociones, nos dejan desprotegidos y en el peor de los casos nos desbordan. Hay también afluentes que parecen tranquilos, son de amplio caudal, pero arrastran limos que enturbian nuestras aguas y nos convierten en algo que no éramos y que quizás no deseemos.

—Una visión un pelín pesimista ¿no? A los mayores os da por poneros filosóficos, a Cris también le contó Pepa una cosa muy novelera. Yo prefiero que aterrices y me hables con más claridad. Por ejemplo, qué hago cuando

me guste un chico.

—Difícil pregunta. Intentaré contestar:

Si es un chico super atractivo, con un toque canallesco de peligro, corre en dirección contraria.

Si es alguien que te asalta los sentidos y te deja sin respiración, cuidado, no te tires de cabeza, descubre si de verdad te quiere bien.

Si es un chico que conoces y poco a poco empiezas a descubrir que es algo más, camina junto a él y dale una oportunidad.

—Vale, esto ya me sirve más. De todas maneras yo creo que en el amor he salido a ti. No lo necesito, cuando quiera tener una hija la adoptaré.

Alba no pudo evitar sonreír con un toque de tristeza. Ella no era el mejor de los ejemplos para nadie.

—Lucía todos necesitamos amor, incluida yo. Lo que pasa es que como dijo Jhon Lenon, la vida es lo que sucede a pesar de todos nuestros planes. No te preocupes, cuando llegue el momento, si llega, ya se verá. Para entonces espero que esa persona te sepa escuchar, te quiera como realmente eres y te haga temblar las rodillas. Me encantará verte enamorada.

—Mucho me temo que vas a tener que esperar muuuucho tiempo. A mí me gusta caminar sin tembleques.

Lucía guardó silencio pensativa.

—Mamá, yo no fui una hija deseada ¿verdad?

Alba sintió como se le paraba el corazón.

—No, pero aun antes de nacer empecé a quererte y no me imagino mi vida sin ti.

Alba miró a su hija, quería abrazarla, alejar la tan temida pregunta.

—Con eso me basta —dijo Lucía muy seria.

Después, Lucía sonrió.



CINCO MINUTOS

Patricia había elegido cuidadosamente el lugar y el momento. Un local que no dejaba ocasión para la intimidad, a una hora en la que los clientes ralentizaban sus consumiciones jugando a las cartas o al dominó.

Recordó sus últimos días, cuando eran tan jóvenes y ella tuvo que romperle el corazón con un adiós amargo y fiero. Sin saber, que al dejarle perdía mucho más de lo imaginado. Sin saber, que todas las convenciones sociales que la empujaron a hacerlo, se desvanecerían al poco tiempo, obligándola a cruzar la orilla que por él no fue capaz de pisar.

Mario llegó puntual, con ese andar que conocía tan bien, las manos en los bolsillos que ella intuía llenos de sueños rotos.

Le esperaba en el extremo de una mesa alargada con la esperanza de que él no ocupara el asiento de al lado.

Al final, no importó dónde lo hiciera. Hablaron sin escucharse.

—Quiero ser sincera contigo, seis años son demasiado tiempo.

—¿Te acuerdas de cómo conseguí que te fijaras en mi?

—Durante este tiempo he sabido lo que es perderlo todo y vivir con apenas nada, con la angustia de no saber y la vergüenza de ver cómo te dan la espalda.

—Tú estabas con tus amigas, yo te dibujé y te sorprendí regalándote el retrato.

—Necesito volver al lugar que me pertenece para volver a sentirme viva.

—Me miraste con una mirada nueva, quise saber más de ti.

—Nada de lo que fui queda ya, solo siento frío.

—Me hiciste sentir que valía la pena amar.

—Ahora apenas me reconozco, nada puedo ofrecerte.

—Solo déjame besarte y me iré.

Mario se levantó y sin esperar su respuesta, la besó.



DE VUELTA CON LA VIDA

Sabina sacó su flamante tarjeta nueva de la billetera para pagar por internet los pasajes de ida y vuelta de Cristina. Aunque no le diría nada hasta el mes que viene, quería que su primer pago con ella fuera algo que la acercara a su hija.

Hasta ahora la culpabilidad había marcado su relación con ella, pero ya iba a poder ofrecerle una versión mejorada de sí misma.

Hacía mucho tiempo que no se atrevía a soñar de nuevo.

La tarjeta, no era solo un regalo esplendido, era una prueba definitiva, simbolizaba su vuelta a la vida.



SIN MIRAR ATRÁS

Patricia llegó a su casa con una extraña calma.

No había sentido nada. Sí había leído en los ojos de Mario su profunda decepción.

Sin más palabras lo había dejado marchar, intuyendo que ahora él, sí que iba a ser capaz de olvidarla.

No había sentido nada. Pero de golpe, había recordado la intensidad de lo perdido y en un instante de lucidez tomó la mejor decisión que podía tomar.

¡Qué equivocada había estado!

Ella era una persona con una buena formación, lucharía por tener un futuro profesional, triunfaría con o sin marido. No iba a pasar el resto de su vida con una persona que no amaba.

Hizo solo dos llamadas diciendo que lo sentía mucho, motivos personales la obligaban a volver a Madrid definitivamente.

Una a su casera, que solo se preocupó de no devolverle la fianza.

Otra a Cristina. No fue capaz de decirle que la echaría de menos, a haberla convertido en un peldaño más de su camino, se había alejado de ella en lo esencial. Cris no le preguntó por qué, ella no tenía nada más que decir.

Más tarde le enviaría una carta formal a Sofía, no quería volver a escuchar su tono altivo y distante. No iba a consentir nunca más, que nadie le volviera a hacer sentir así.

Hizo las maletas, recogió sus cosas y las sacó al pasillo.

Se quedó en la puerta diciendo mentalmente adiós a una vida que ahora se le antojaba vacía.

Se metió en el coche.

Aún no sabía dónde se encaminarían sus pasos, pero sabía dónde no quería llegar.



NADA QUE OCULTAR

A Sofía le gustaba abrir el correo mientras tomaba su té de media mañana.

El tiempo invitaba a sentarse en la terraza e indicó que se lo sirvieran allí. La mañana lucía despejada, una suave brisa refrescaba el ambiente.

El dinero no da la felicidad, pero da mucha comodidad —pensó, muy satisfecha de sí misma.

Una de las cartas le llamó la atención ¡qué atrevida se estaba volviendo esa niña!

Rasgó el sobre. Patricia había optado por bajarla de su pedestal y tutearla.

Estimada Sofía

Escribo para comunicarte que ya no voy a trabajar más para ti.

He cumplido con creces mi cometido, pero no te pediré referencias, porque en el ámbito profesional en el que quiero moverme a partir de ahora no las necesito.

Quiero hacerte un último favor, yo de ti exigiría me contaran la verdad de lo que está pasando. No mereces seguir tan engañada.

Un saludo cordial

Patricia

Atónita releyó varias veces la breve misiva, cada vez más sofocada.

¡Cómo se atrevía esa ingrata a tutearla y a sugerir que le hacía un favor! ¿De qué engaño le estaba hablando? No se merecía esa víbora el pago por su lealtad. Por supuesto que no pensaba darle referencias ¿quién se había creído que era rechazándolas?

Estaba cada vez más alterada. De un golpe, la taza salió despedida, rompiéndose en mil pedazos.

Cogió su teléfono, necesitaba ir a Alamar cuanto antes. Esta vez iba a exigir el nombre del sanatorio de su hija e iba a averiguar por qué Patricia se había marchado. Sí o sí.

Sin avisar, se presentó al día siguiente en el pueblo.

Pepa le abrió la puerta asombrada. Sofía seguía tan enfadada que no se dignó a saludar. Se oía el piano al fondo. Sin preguntar entró en el salón.

Diego se levantó alarmado en cuanto la vio.

Sofía sintió ganas de abofetearle. Él tenía la culpa de todo. Lo fulminó con la mirada.

—No me iré de aquí sin que me cuentes todo.

—Siéntate, por favor, pediré que te traigan un poco de agua o una infusión.

No me voy a sentar, ni tú tampoco hasta que me digas qué es lo que está pasando.

—¿Es por Patricia?

—Patricia me importa un rábano, me imagino que has intentado seducirla o algo peor.

—Me estás ofendiendo y estás en mi casa.

Diego se cruzó de brazos y con lentitud se sentó. Con un gesto serio, le invitó a hacer lo mismo.

—Por favor.

—¿Dónde está mi hija y qué le pasa? Ni se te ocurra volver a decirme que tiene fatiga nerviosa. ¡No puedes seguir prohibiéndome que hable con ella!

—Siéntate, por favor.

Sofía siguió de pie.

—Nunca te he prohibido nada, no te facilité el teléfono, respetando los deseos de Sabina.

—Eso no puede ser cierto.

Sofía sentía que todo su mundo se tambaleaba.

Diego se levantó y le acercó una silla.

—Tienes que estar sentada para lo que te voy a decir. Pero antes voy a por agua y a decirle a Pepa que cuando venga Cris no nos interrumpa. No te preocupes, yo hace tiempo que pienso que mereces saber la verdad.

Sofía se sentó por fin.

A lo largo de la tarde descubriría la terrible realidad, aunque Diego

intentó suavizarla lo más posible y le aseguró que Sabina pronto recibiría el alta, Sofía esa tarde se derrumbó, nunca hubiera imaginado que podía llorar tantas lágrimas.

Agotado emocionalmente, Diego la ayudó a acostarse en la cama de invitados. Sofía no se sentía con fuerzas ni para ver a su nieta.

Pepa le subió dos valerianas y un vaso de leche endulzado con miel, que se tomó sin rechistar. La noche la acogió y durmió sin soñar.

Al día siguiente, era tarde cuando se levantó. Rechazó el desayuno que Pepa había preparado y salió de la casa. El cielo seguía siendo azul, sintió cómo las lágrimas se agolpaban de nuevo en sus ojos, pero esta vez no quería llorar más.

Siguió andando atraída por el frondoso árbol que se hallaba a la izquierda del camino, allí debía estar ese mirador que su nieta había dibujado en su tarjeta de cumpleaños. Se acercó a la balaustrada, el horizonte se desplegó ante ella con toda su belleza sin conmoverla, pero el aroma del mar le hizo respirar con más fuerza, relajando un poco la tensión que sentía en el pecho. Se sentó bajo el árbol, tenía mucho que pensar y también tenía que disculparse, había prejuzgado y entendido mal demasiadas cosas.

Allí la encontró su nieta, el abrazo que ella le dio fue curativo y reparador.

Gracias a él, también fue capaz después de abrazar a Diego y de encontrar las palabras que tenía que decir.

Aún tardaría unos días en poder hablar con su hija.



LA VIDA

La vida suma y sigue, solo hay un final posible.

Mientras tanto, su fuerza nos atrae, nos aleja, como las mareas.

Si hay suerte y los elementos no nos lo ponen muy difícil, podemos navegar, arribar a buen puerto, aventurarnos a conocer nuevos parajes y gentes, intentar mejorar lo que nos rodea.

Si no, puede que nuestra nave naufrague en un mar embravecido, por eso siempre hay que atesorar la fuerza que nos ayude a permanecer en la superficie y no dejarnos llevar por el engañoso embrujo de dejarnos caer al fondo y olvidar.

La vida suma y sigue, al final solo lo que somos y lo que amamos importa realmente.

El tiempo dio una tregua y los días se deslizaron con esa normalidad que solo al perderla, somos capaces de apreciar.



UN DÍA ESPERADO CON MOMENTOS INESPERADOS

El curso escolar iniciaba su recta final, ya estaban en mayo, el cansancio empezaba a notarse, por ello el viaje de final de curso era doblemente deseado.

Cristina y Lucía empezaron a descontar los días en el calendario, sin parar de hacer planes de lo que harían cuando se fueran el próximo sábado.

La espera llegó a su fin, la noche de antes apenas habían podido dormir.

Lucy ya estaba con su madre junto al autobús del colegio, cuando llegó Cristina con su padre. Con otros compañeros iban a estar una semana en Inglaterra para asistir a unos cursos de inglés y visitar Londres. Aunque se alojarían en casas de diferentes familias, disfrutarían juntas del tiempo libre del que disponían. Para Lucía era la primera vez que viajaba tan lejos de casa.

Alba podía confiar en que su hija sabría comportarse y no meterse en líos. Intentaba poner su mejor sonrisa sabedora de que sería una buena experiencia, pero no podía evitar sentirse triste al pensar cuánto la iba a echar de menos. Saludó a Diego y a su hija, Cristina estaba cada vez más guapa, estaba dejando atrás el porte desgarrado de la adolescencia para convertirse en una mujer muy bella. Sonrió divertida cuando las vio abrazarse entusiasmadas.

Más rápidos abrazos se sumaron en el adiós. Pronto el autobús se puso en marcha y las vieron alejarse alegres, agitando sus manos en un último gesto de despedida.

Diego se giró hacia Alba, el aire despeinaba suavemente sus rizos mientras su mirada aún se hallaba atrapada en el vehículo que se alejaba. Alba se abrazaba a sí misma con un aire tan perdido que sintió un repentino deseo de protegerla.

—Me vendría bien un café —dijo sin pensar.

—A mí también —le respondió Alba con una leve sonrisa.

—¿Quieres que vayamos al Cañaveral? Si tienen la terraza abierta, podremos sentarnos y disfrutar de las vistas. Si quieres, yo te sigo hasta tu

casa y después cogemos mi coche hasta allí o vamos dando un paseo.

Diego se sorprendió a si mismo preguntando, quizás debería haber propuesto ir a tomar un simple café en un bar cercano.

—Sí, por mi genial, me apetece andar. Es la primera vez que Lucía se va tantos días y tan lejos, creo que sufro el síndrome de madre abandonada — contestó Alba, más animada.

—Pues vamos a ponerle remedio. Yo debería estar más acostumbrado, pero también noto mucho el vacío que Cristina deja cuando se va.

Cuando llegaron a la casa, dejaron los coches a la puerta. El Cañaveral se encontraba al final de un camino de tierra que daba acceso a una pequeña cala, poco frecuentada por estar un poco alejada de la zona más turística y no contar con una playa de arena. Alba y Lucía a veces se acercaban hasta allí, desde su casa no tenían más que media hora de camino. Era un buen lugar para relajarse y disfrutar de unas vistas con mucho encanto. Alba entró en casa se puso unos zapatos más cómodos y cambió su bolso por uno más liviano, agradablemente inquieta por el inesperado giro que había tomado la mañana.

Se adentraron en la senda, la primavera se dejaba sentir a cada paso, en las flores que bordeaban el camino y en los aleteos de las esquivas mariposas. El sol lucía con una calidez suave que invitaba a pasear sin prisas.

Cuando llegaron, se dieron cuenta de que eran los primeros clientes del día. Se sentaron cerca de la barandilla, felices de poder disfrutar de las preciosas vistas. El mar jugueteaba entre las rocas, mientras las olas espejeaban al adentrarse en la cala. Su acompasado rumor invitaba a serenarse contemplando cómo el brillante azul del cielo ganaba intensidad y cobraba mil matices al reflejarse en el agua.

Alba se sentó frente a él, apreciando la sonrisa franca y el brillo de los oscuros ojos de Diego. Por un momento quiso que la mirara más adentro y se quedó un poco descolocada, intentando frenar las sensaciones que empezaba a descubrir. Se dispuso a hablar para disimular su turbación.

—¿Cómo va tu trabajo, sigues componiendo para tu hermano?

—La verdad es que llevo una temporada en la que todo parece fluir.

Envié la maqueta del tema que me ayudaste a componer —Diego acompañó sus palabras con un gesto cómplice— a él le entusiasmó y a los productores también. Es muy posible que me encarguen un nuevo trabajo para otra persona. Ya te contaré.

—Me alegra saberlo. Mi ayuda fue bien poca, la canción estaba ahí, lista para que la hicieras salir.

El camarero llegó con los cafés, el aroma prometía un sabor intenso, para degustar despacio, dejando hueco a las palabras.

—Puede, pero tus versos llegaron en el momento oportuno y me ayudaron a reencontrarme con mi lado creativo. Dicho así parece una tontería, pero me encontraba estancado. El anterior álbum no tuvo una buena acogida. Las canciones no conectaron con la gente. Las compuse en una época en la que me veía superado por mis problemas personales. Si hubiera escrito tal y como me sentía, el resultado hubiera sido oscuro, desgarrado, profundamente triste. Así que me limité a abordar sentimientos trillados que apenas me rozaran, que no me pudieran hacer daño. Mi hermano se impuso por mí, a la opinión negativa de los productores; entonces se lo podía permitir, el anterior trabajo había sido un éxito, pero al público no se le puede engañar, no funcionó.

Diego desvió la mirada, repentinamente abrumado por los recuerdos.

Alba se sintió incapaz de decir nada trivial que pudiera animarle, preocupada, puso su mano sobre la de Diego intentando transmitirle su apoyo.

Él respiró hondo, sentía que Alba realmente le escuchaba y ya no pudo parar de hablar de todo aquello, que tanto había callado.

—No sé si ya sabrás algo, mi mujer está internada en un centro de rehabilitación para toxicómanos —su voz se tiñó de tristeza. Yo fui el que le presentó a la persona que le introdujo en el mundo de las drogas de diseño y la cocaína. No fui capaz de detectar el origen de su deterioro. Ella estaba más excitante que nunca, me volvía loco. Malinterpreté su impulsividad, su amor por la vida no era más que una carrera contra sí misma. Cuando su adicción se hizo más exigente, sus altibajos envenenaron el ambiente de la casa, desaparecía durante unos días y yo pensaba que tenía una aventura,

reaccioné de la peor manera. El día que descubrí lo que realmente pasaba era ya demasiado tarde. No quiero ni pensar lo que Cristina tuvo que ver y oír.

Diego se tapó la cara con las manos, nada de lo que dijera podía expresar todo lo que vino después.

Alba lo escuchaba, con los ojos empañados, Lucía no le había dicho nada.

—No puedes culparte por lo que pasó. La vida a veces nos pone la zancadilla pero lo importante es que seamos capaces de volver a andar. Sabina estará ahora en buenas manos, podrá recuperarse.

Con Sofía, Diego ya había abierto una puerta. Tanto tiempo silenciando el pasado que sintió que debía sincerarse sin esconder nada.

—Eso no fue todo, me refugié en los brazos de una persona que realmente no quería y dejé de luchar por Sabina. Cristina era lo único que me anclaba a mi hogar.

—Diego a lo mejor fue una suerte que esa persona estuviera ahí, quizás te aportó la cordura que necesitabas.

—Solo me consuela que no le hice daño. Duró bien poco, ella tenía clara la situación.

Al final, fueron Manuel y Pepa los únicos que fueron sensatos en mi familia, la cocina era un remanso de paz en una casa que cada vez sentía más ajena, fueron ellos la clave de que decidiera dar un cambio radical a todo. El centro de rehabilitación era condenadamente caro, me decidí a vender la casa intentado que nuestras vidas encauzaran su rumbo, quería irme lejos, muy lejos.

Lo siento Alba, esta preciosa mañana no merecía una historia como esta.

—Lo que nadie merece es vivirla, pero lo que importa es que habéis sabido darle la vuelta y que Cristina ha sabido madurar con todo ello convirtiéndose en una persona muy especial. Y no te preocupes, agradezco tu confianza en lo que vale.

—La verdad es que no hablo de esto con nadie. Lo necesitaba a pesar de cómo puedas juzgarme a partir de ahora.

—Hace tiempo que aprendí que juzgar es siempre una mala opción. La

mayoría de las veces se habla sin saber y más, cuando se trata de situaciones en las que sería fácil que la realidad también nos superara.

Alba miró hacia el mar, la vida sigue a pesar de nosotros—pensó. Traté de hallar las palabras adecuadas.

—Entiendo cómo te sientes, yo cometí un grave error en mi juventud, con el que intento convivir y del que nunca hablo.

Diego la miró sorprendido, la cara de Alba expresaba una mezcla de sutil desencanto y tristeza.

—A pesar de lo vivido, sé que tú y yo sabemos que por nuestras hijas, por nosotros mismos, hay que seguir adelante e intentar hacer del presente el mejor de los presentes posibles —Alba sintió que también ella debía sincerarse.

Yo también tengo mi lado oscuro, el padre de Lucía.

—No te sientas obligada a contarme nada.

—Ya, nunca habló de ello, pero quizás sea la hora de hacerlo. Fíjate que he llegado a decir alguna vez que su padre murió para acallar las preguntas indiscretas. Es un tema que no es fácil para mí.

—Alba —Diego le cogió de las manos—el pasado no lo podemos cambiar, antes me has hecho ver que lo único que podemos hacer es no dejar que nos arruine el presente.

Alba asintió, confortada por el apoyo que Diego le mostraba. Por un momento sintió que se adentraba en la profundidad de sus ojos. Un poco confusa se obligó a calmarse y contestar:

—Sí, yo intento cada día vivir mi presente como el regalo que es, con Lucía es fácil ser feliz, simplemente es que a veces los errores pesan más de lo debido.

Lucía guardó silencio durante un rato, Diego no le soltaba las manos. Al final, las palabras brotaron en un torrente que llevaba demasiado tiempo contenido.

—Le conocí en el pueblo de mis padres, donde siempre veraneábamos, yo tenía solo diecisiete años, pero me sentía muy segura de mi misma. Creía tener las ideas muy claras sobre mi futuro, sobre el mundo, sobre todo.

Él tenía diez años más que yo y en aquel entonces me pareció que estaba

a años luz de mí. Tenía mucha labia y había viajado mucho, destacaba del resto de las personas que conocía como la luz de un faro en la noche. Me deslumbró con su atractivo y su toque mundano. Yo pensaba que no le interesaba hasta que un tarde me puso su mano en la parte baja de la espalda mientras hablábamos, la fijeza de su mirada y la ligera presión con la me acercó hasta él me dijeron mucho más que sus palabras. A partir de ahí me sumergí en una relación que me abrió las puertas por primera vez a la pasión más descontrolada. Él nunca parecía tener bastante y yo estaba cada vez más volcada en darle todo aquello que me pidiera. La realidad pronto me apeó del lugar al que tan temerariamente me había lanzado. Debí de dejar de ser una novedad excitante y valiosa, porque empezó a ningunearme delante de los demás y a hablarme como si no supiera nada. Yo entonces aún me esforcé más creyendo que el fallo estaba en mí, porque no sabía estar a su altura. Hasta que un día me gritó y me insultó en una discusión, el desprecio que leí en sus ojos arruinó todos mis sueños. Me dijo que no valía la pena estar conmigo y que había decidido aceptar una oferta de trabajo en Francia. Mi autoestima, que no mi orgullo, me salvó, yo no quería a mi lado a nadie que me hablara ni me humillara así, él era el que no valía la pena.

La sorpresa vino después. Mis padres se disgustaron, les había decepcionado; pero por suerte, me querían mucho. Me apoyaron en mi decisión de llevar el embarazo en secreto, porque yo temía que él se enterara. Yo no quería a ese hombre en mi vida ni en la de mi hija. Después, me ayudaron criar a mi hija sin padre.

Dejé la esperanza de volver a amar en un rincón del corazón que nadie pisa. Desde entonces me volqué en mi niña, en el trabajo y en compensar a mi familia el disgusto causado.

Lucía me ayudó, desde que empecé a sentirla, no tuve que esforzarme para amarla. Me dio el mejor motivo para vivir. Verla crecer, sonreír, quererme... durante mucho tiempo no he necesitado nada más.

Diego no había soltado sus manos, quería transmitirle que aún no era tarde para volver a enamorarse.

—¿Y ahora?

—Aunque a veces añoro un amor como el de Mateo o como el de algunos libros que leo, creo que fue el primero y que será el último.

A veces me sorprendo mirando hacia un lado, temerosa de volverlo a ver, de que descubra que tiene una hija. Temo el día en que Lucía me pregunte, lo que hasta ahora nunca ha necesitado saber. ¿Qué le diré?

—Lo más sencillo es decir la verdad.

—Sí, lo sé, intentaré decirle la verdad que menos duela.

—Puede que lo que realmente temas es que se aleje de ti.

—Sí, eso y que quiera encontrarlo. Una vez me pidió: “Cuéntame algo que no sepa”. Casi se me para el corazón. Ese día solo quería que le contara algo sobre el amor, ya ves.

—En su momento, lo entenderá. Si decide ir a buscar a su padre, creo que la has educado de forma que sabrá cómo conciliar todo sin falsas expectativas y sin dejar de quererte en ningún momento.

Hacía tiempo que el entorno se había desdibujado creando un ambiente de intimidad en el que solo ellos dos parecían tener cabida.

Alba acarició levemente las manos que con tanto tacto la apoyaban.

Se miraron extrañamente reconfortados, cercanos y abiertos a nuevas sensaciones que se abrían paso, desde el corazón, lentamente, como las olas.



DÍAS DE ESPERAS, SIN NOCHES EN CALMA

Alba llegó a casa agradablemente cansada, plena de sol y de mar, plena de nuevas emociones. Diego la había invitado a comer en el Cañaveral y ella le había prometido devolverle la invitación antes de que volvieran las chicas.

Miró el móvil, Lucía ya había llegado y le enviaba fotos del lugar. En una aparecían Cris y ella, verlas fue un golpe de realidad. Diego era un hombre casado, padre de la mejor amiga de su hija, no podía jugar con fuego, tenía que verlo solo como el buen amigo que podía llegar a ser.

Ahora tenía que pensar como invitarle, enseguida imaginó una cena sencilla en el patio de su casa, con la fragancia del jazmín que desde la calle llegaba como telón de fondo de una velada tranquila, en la que poder hablar y descubrirse mutuamente un poco más. Le apetecía mucho.

Acabó la tarde de la mejor manera, con un buen libro entre las manos. No imaginaba la noche que iba a pasar y la de vueltas que iba a dar en la cama. Desvelada, pensaba que quizás él podría malinterpretar una invitación así, le podía parecer una cita atrevida con permiso para cosas que no quería imaginar. Al rato pensaba, que era una malpensada, Diego no se ha insinuado en ningún momento. Cuando conseguía dormir imágenes de un hombre que se alejaba y de unos ojos oscuros que la invitaban a algo que no era capaz de rechazar, se colaban por sus sueños. Se levantó irritada, confusa e inquieta. Más tarde tomaría una decisión.

Diego llegó a casa sintiéndose en paz con el mundo, de la cocina de Pepa le llegó un apetecible olor a café. Miró su móvil y vio los mensajes de Cris, le enseñaría las fotos a Pepa y tomaría una taza de café con ella.

Volvió a mirar su móvil demasiadas veces a lo largo de la tarde, sin acabar de reconocer que esperaba un mensaje de Alba, se habían intercambiado los números y ella había dicho que le invitaría a cenar.

Se acostó y no pudo conciliar el sueño, era normal que no le hubiera llamado tan pronto, pero era una pena no aprovechar los días en que las chicas estaban fuera. Quizás tenía que haberle dicho de ir al cine, una cena

se parecía demasiado a una cita, al fin y al cabo no eran más que dos padres que habían congeniado bien. Cuando estaba medio dormido, una imagen llegó hasta él, Alba se colocaba suavemente los rizos de su pelo hacia un lado dejando ver su esbelto cuello, ladeaba la cabeza mientras escuchaba con atención. Por un momento deseó recorrer la línea de su cuello con las yemas de sus dedos y subir por su barbilla hasta rozar sus labios entreabiertos. Un escalofrío le recorrió al pensarlo, intentó centrarse en otras cosas, pero lo que su mente lograba frenar, dio rienda suelta en sus sueños.

Se levantó sintiendo que no había dormido lo suficiente, su móvil debía estar por ahí.

Para ambos, las confianzas en la playa habían supuesto abrir puertas que habían permanecido mucho tiempo, cuidadosamente cerradas.



UNA CENA INFORMAL

Alba dejó pasar dos días, no quería parecer impaciente. En el fondo, aunque no lo reconociera, tampoco quería esperar hasta el último día por si podían quedar alguna vez más.

Creía haber llegado a la mejor solución. Compraría en el horno del pueblo unas hogazas de sabroso pan de semillas y centeno; en la tienda jamón, un buen queso curado y una botella de vino de la Ribera del Duero que le encantaba. Prepararía una ensalada con nueces y arándanos, un postre fácil de llevar y le invitaría a cenar al merendero que quedaba al abrigo del faro. Luego podrían dar un paseo para aligerar la cena y como de noche haría un poco de frío volverían pronto a casa. En verano era un lugar concurrido, pero ahora habría poca gente y podrían disfrutar de una velada informal.

Le llamó por teléfono y después le envió un mensaje diciendo que la noche merecía unas deportivas cómodas acostumbradas a andar, chaquetilla por si acaso refrescaba y bolsillos llenos de risas.

A Diego le sorprendió la forma de invitarle y al mismo tiempo le relajó, nada de citas, solo dos personas adultas que quedaban para charlar amigablemente y conocerse mejor.

No sabía qué llevar a una cena así y al final se decidió por una selección de bombones de la pastelería y un vino dulce de la tierra.

Cuando llegaron aún había luz, la poca gente que había se fue marchando y al final acabaron cenando tranquilos, desgranando buenos recuerdos, hablando de sus vidas y sus sueños.

Como Alba había previsto, la humedad del mar se combinó con la noche para hacerlos regresar. Esta vez sintieron ligero el corazón, la mirada llena de sonrisas. Durmieron como hacía mucho tiempo que no lo hacían.



LA MÚSICA HACE BAILAR EL AIRE QUE RESPIRAS

Diego se levantó despejado, se acodó en la ventana abierta dejando que el aire que soplaba desde el mar le refrescara con su olor a sal, cargado de historias. Las nubes dibujaban en el cielo un paisaje evocador y sintió como los ecos de la noche regresaban a él haciéndole sonreír. Cerró los ojos y las notas de una música que solo él podía escuchar, le hicieron regresar al mundo en el que mejor se sabía expresar.

Durante unos días apenas se alejó del piano.

La letra poco a poco fue surgiendo al compás de una música que fluía sin trabas,

*Nada de ti me aleja.
Te siento en la piel que te reclama,
en la mirada que no huye,
en la suavidad presentida de tu pelo.
Nada de mi te aleja.
Quiero rozar tu alma con un beso,
llevarte a bailar entre las olas,
llevarte prendida entre mis dedos.*

Pepa le escuchó, la imagen de Manuel tan fuerte, tan sabio en sus caricias y en sus besos, se abrió paso y agitó su corazón aún enamorado. Cuando las notas del piano se apagaron Pepa susurró...

“La música hace bailar el aire que respiras”.



LO QUE NO SUCEDE

Demasiado pronto —pensó.

Las chicas habían ido al cine, tenía que recoger a Cris en casa de Lucía y dejar allí una cesta con albaricoques que Manuel y Pepa querían darles. Había aparcado cerca, le apetecía mucho volver a ver a Alba pero no quería que ella pensara que había aprovechado la ocasión para poder estar con ella, había límites que no debía traspasar. Decidió no ir a su casa y se dispuso a esperar dentro del coche. Sacó su móvil.

Unos golpes en la ventanilla le sobresaltaron. Alba le hacía señas para que bajara el cristal.

—¡Hola! ¿Estás esperando a Cris?

Diego no acertaba a contestar. Alba siguió hablando.

—No has visto los mensajes. La película empezaba más tarde de lo que esperaban. Baja, aún tardaran en venir.

A Diego se le cayó el móvil intentando salir sin que se notara la súbita emoción que le había provocado verla.

Los dos se agacharon a la vez y casi se tocaron las manos.

Alba rió con esa sonrisa espontánea que a Diego le hacía tanto bier escuchar.

En el portal, Mateo estaba sentado, como de costumbre, quieto y callado, sereno guardián de recuerdos lejanos.

La luz declinaba, recortando el paisaje con un manto azulado cada vez más oscuro.

Diego la acompañó cargado con la cesta. Cuando Alba la vació dando las gracias, le invitó a salir afuera.

Salió con unas mantitas de sofá por si refrescaba y le indicó que se sentara al otro lado de la puerta.

—Es un buen momento para dejar atrás el ajetreo del trabajo. Quiero enseñarte algo. Siempre me ha gustado ver cómo el día se desliza hacia la noche, desde aquí resulta muy especial.

Con un gesto le invitó a mirar. Tras el horizonte, la luna menguante

empezó a salir, su pálida luz dejaba ver, poco a poco, cómo el cielo, que aún se resistía a oscurecer, comenzaba a poblarse de estrellas.

Diego se dejó llevar y un silencio cómplice se estableció entre ellos.

Alba le miró y al verle, su mirada chispeó con una ilusión nueva.

Diego se volvió, al verla estuvo a punto de atraerla y con un beso decirle que podría quedarse ahí para siempre, pero el peso de lo que debía se impuso a su quiero y el momento pasó.

Alba notó su incomodidad y pensando que tenía frío lo arropó, levantándose para ofrecer otra manta a Mateo.

Cuando volvió junto a él, oyeron como las chicas se acercaban.

La magia se esfumó en el aire de la noche.

—Buenas, ya estamos aquí.

—¿Estabas esperando mucho rato papá? —preguntó Cristina, sintiéndose inexplicablemente molesta al ver a Alba junto a su padre.

—No, tranquila, ¿todo bien?

—Sí, entro que la madre de Lucía me va a dejar un libro y nos vamos.

—¡Ay!, es verdad, he seleccionado uno más que creo que te va a gustar.

—Te espero fuera —dijo Diego, súbitamente abatido.

Empezó a doblar las mantas que aún conservaban el calor de ambos. Cuando iba a dejarlas en la casa. Mateo le habló con voz ronca:

—Si no besas pronto a esta mujer, te arrepentirás toda tu vida.

Diego quiso decir algo, los ojos de Mateo le escrutaban desde la oscuridad creciente. Finalmente, bajó la cabeza y entró en la casa.

Mateo dejó la que era suya, para volver a una habitación que cada vez le era más ajena.



PUEDE HACER FRÍO EN PRIMAVERA

La extraña sensación de alarma que se había apoderado de ella al percibir la complicidad entre Alba y su padre, no se le iba de la cabeza. Cris esperó a que todos durmieran para bajar al salón y acercarse al piano buscando las partituras. Últimamente él deambulaba absorto por la casa, la música sonaba a todas horas y apenas salía de allí.

Con los nervios a flor de piel empezó a leer. Nada de letras comerciales y pegadizas, las palabras trascendían un anhelo que no dejaba lugar a dudas. Su padre estaba enamorado de nuevo.

Se sentó en el banco que bajo la ventana permitía formar parte de la noche. Se quedó allí escrutando la oscuridad, tratando de poner orden a los sentimientos encontrados que se agolpaban en su cabeza.

Su madre pronto volvería a casa, tenía que ser esa la causa. De ningún modo podía ser Alba.



TODO SE ACLARA

El régimen de llamadas del centro de rehabilitación era muy estricto. Cristina se preguntó por qué no podían hacerse con más libertad si todo iba tan bien como su madre decía. El domingo podrían hablar, necesitaba ir despejando sus dudas.

A pesar de esperarlo, el sonido del teléfono la sobresaltó.

—¿Mamá?

—¿Cómo estás cielo? Tengo una sorpresa que darte, pero necesito que me guardes el secreto por ahora.

—¿Vienes a casa por fin?

—No, pero te he comprado un billete de avión para que tú puedas venir en cuanto acabes el instituto.

A Cristina le saltaron las lágrimas.

—¡Mamá, tengo tantas ganas de verte!

—¡Y yo a ti hija! No vas a reconocerme estoy muy bien, espero poder dejar todo esto en verano.

Cristina estaba cada vez más emocionada.

—No quiero que digas nada todavía.

—¿Ni a papá?

—No, querría venir y primero tengo que verte a ti, ya sabes que eres lo mejor de mi vida.

—Y tú de la mía mamá. No sé si voy a poder esperar.

—Ya verás como el tiempo pasa muy deprisa. Tú ahora lo que tienes que hacer es estudiar mucho y no preocuparte por nada más. Tengo que dejarte, te quiero mucho Cristina. Todo va a salir bien.

—Y yo. Cuídate mucho.

Hacía mucho tiempo que su madre no le decía te quiero. Cris se aferró a esas palabras con esperanza.

La siguiente llamada se produjo en su horario habitual.

Diego llamó a su mujer sin percatarse de que su hija aguardaba al otro lado de la habitación, con el corazón palpitante, esperando escuchar todas y

cada una de sus palabras.

No hablaba como un hombre enamorado.

Un miedo frío atenazó el corazón de Cristina.

Pasó el resto de la semana como una sombra, disimulando su desazón.

Todo se confirmó el día en que Alba y Diego volvieron a verse a la salida del colegio. Reconoció en la mirada de su padre todo aquello que habría querido no ver.

El viernes por la noche, le cogió el móvil y le envió un mensaje a Alba.

“Nuestras hijas se están esforzando mucho, quiero prepararles una sorpresa para final de curso, me ayudarás? Podríamos aprovechar y quedar mañana por la tarde mientras ellas salen. Quedamos en el mirador a las 7. Cuando me contestes borra el mensaje, no sea que por casualidad lo lea Lucía y se estropee la sorpresa”

Se arriesgaba mucho si Alba no contestaba enseguida.

Por suerte para ella, contestó a tiempo.

“Me encanta la idea, allí estaré”

Cristina borró rápida la conversación y devolvió el móvil a su sitio.

Al día siguiente quedaría con Lucía y los demás. No aparecería con cualquier excusa, en el último momento.



PALABRAS QUE SEPARAN Y QUE EL VIENTO NO ALEJA

Alba esperaba en el mirador, Diego la había citado allí. Se sentía bonita con su nuevo vestido salpicado de flores alegres, secretamente feliz de volver a ver a Diego. El mar en calma destellaba atrapando la luz en el vaivén de las olas, todo invitaba a respirar despacio y a dejarse llevar por la belleza del lugar.

Oyó unos pasos y se dio la vuelta sonriente, esperando verle, pero era Cristina quien apareció de pronto. Su mirada huidiza y hosca le avisó de que algo había pasado.

Cris se había asegurado de que su padre llegara tarde y había ido en su lugar.

Alba se dirigió hacia ella preocupada, Cristina la detuvo con un gesto seco.

—Mira no tengo tiempo, te aprecio pero tengo que pedirte que te vayas y no vuelvas por aquí. Mi madre pronto va a recibir el alta en el sanatorio y mi padre la quiere mucho. Vamos a ser de nuevo una familia y no quiero que te interpongas entre ellos.

Cristina cerró los puños, no quería perder el control, su voz sonó demasiado aguda.

—¿Entiendes?

Alba sintió que todo se desmoronaba a su alrededor, profundamente dolida acertó a decir:

—Yo desapareceré, no temas, nunca os perjudicaría. Tienes que saber que entre tu padre y yo no ha pasado nada.... —Alba se interrumpió al ver como ella aún torcía más el gesto—¿Y Lucía?

—No quiero perderla, esto no tiene nada que ver con ella, pero si es necesario lo haré. Tú no pases de la puerta. No vengas cuando esté mi padre, corta todo contacto con él. Merece ser feliz con mi madre.

—Todos merecéis ser felices—contestó Alba abatida, en un murmullo.

Cris se dio la vuelta bruscamente y se alejó hacia la casa.

Alba, anonadada, se giró y se despidió del lugar que tanto había llegado

a apreciar.

Condujo de vuelta sin apenas ver, desviándose hacia un camino de una solitaria cala. Dejó el coche abierto, el bolso abandonado en el suelo. A certó a quitarse los zapatos y se dirigió hacia el agua. Las olas prendieron de su ligero vestido creando una aureola a su alrededor de flores imposibles. Alba se adentró dejando que la frialdad que empapaba su piel y su ropa, hiciera juego con la frialdad que empezaba a anegarle el alma.

Poco a poco, sin importarle nada, consiguió regresar a su casa.

Mateo la vio llegar tan desvalida que se levantó a abrazarla. En la ternura de su torpe abrazo, deseó Alba llorar todas sus lágrimas.

¿Por qué dolía tanto?

Definitivamente el amor volvería a ocupar el lugar más profundo del corazón, un rincón que se cuidaría de que nadie volviera a pisar.

Pensó en Lucía, tenía que tranquilizarse.

Se separó con una leve sonrisa, entristecida también por preocupar a Mateo, con él hacían falta pocas palabras, de algún modo sabía que la apoyaba y la entendía.

No valía la pena llorar por algo que ni siquiera estaba segura de que hubiera llegado a suceder. Tenía a su hija, tenía su trabajo, aunque lejos tenía a su familia. No se iba a hundir, pasaría, poco a poco pasaría. Aprendería a vivir un poco más con la soledad de unas sábanas vacías.

Mateo no se calmó hasta que la oyó trajinar por la cocina, no se fue hasta que Lucía llegó. Adivinaba lo que podía haber pasado, tenía verdaderos deseos de golpear a alguien muy concreto.

Lucy se preocupó al verla, su madre le acarició la cara con mucha ternura, deseando intensamente que ella pudiera encontrar el suficiente amor en su vida.

No es nada, —le dijo— no es nada, alguien que conocía ha muerto y lo he sentido mucho.

Era la mentira que más se aproximaba a su verdad.



LOS MEJORES RECUERDOS

Cristina se despertó con la sensación de no haber dormido nada. Aunque se negaba a pensar en Alba, convencida de que había hecho lo correcto y necesario, la noche había sido un reflejo de las inquietudes y dudas que últimamente no podía sacarse de la cabeza. En poco tiempo cogería el avión que la llevaría a volver ver a su madre, tenía tantas ganas de verla como miedo a volverla a perder. Esta vez, todo tenía que salir bien, pronto su madre regresaría y todo volvería a ser como antes, como mucho antes.

Bajó a la cocina sintiéndose un poco desvalida tras la mala noche pasada, necesitaba algo más que un buen desayuno.

Pepa al verla, la notó un poco perdida y le acarició el pelo con cariño. Inesperadamente Cris la abrazó vacilante y Pepa la arropó emocionada en sus brazos.

—Tata. Cuéntame otra vez cómo era mi madre cuando yo nací.

—Claro, ahora mismo te lo cuento, en cuanto te sientes con un buen vaso de leche y unas tostadas.

Entre las dos prepararon el desayuno y se sentaron una enfrente de la otra.

—Tu madre era como Campanilla, grácil y esbelta, ni siquiera el embarazo consiguió quitarle su ligereza. Era tan alegre que parecía un cascabel. Siempre estaba organizando cosas, la casa estaba casi siempre llena de invitados. Entonces tus padres tenían mucha vida social y Sabina parecía una artista de revista, siempre elegante y preciosa, pero nunca la vi tan guapa como el día que naciste, te miraba con tanto amor que aquel día brillaba.

También era como el hada mohína, altiva y celosa —pensó, pero nada de ello le dijo.

Cristina sonrió con tanta inocencia, quería creer tanto en sus palabras... Pepa se la quedó mirando con un deje de tristeza, ella quería que los mejores recuerdos hicieran olvidar todos los malos.

—Nunca me voy a cansar de escuchar como lo relatas. Me recuerda mucho a los cuentos que me contabas de pequeña, un día los tienes que escribir, yo te los ilustraría.

—¡Ay Cristina! se me da mejor contar historias que escribir.

—Eso aún no lo sabes, imagina si se te da tan bien como cocinar.

—Puede que algún día —contestó pensando cuánto la quería.

—Sabes tata, aún no se lo he dicho a papá porque quiero hacerlo de una forma especial, como una celebración o algo así, mamá está ya muy bien, le van a dar el alta. Me ha enviado un billete de avión para que vaya a verla por fin, seguro que quiere que volvamos juntas a casa. Estoy tan nerviosa que apenas puedo concentrarme en clase. ¡Tengo tantas ganas de verla! Todo va a salir bien ¿verdad?

—Qué alegría Cris —dijo Pepa cogiéndole las manos —lo importante es que tu madre esté bien, pronto se va a solucionar todo.

Las dos desearon con todas sus fuerzas que fuera así.



UN NUEVO RUMBO

Cristina se esmeró en la puesta de largo de la mesa quería darle la buena noticia a su padre con un toque de celebración.

Diego se acercó a la entrada y no pudo evitar un momento de decepción al no ver el coche de Alba y Lucía, ya hacía dos semanas que no las veía. Debía tener el móvil estropeado, porque se había decidido a llamarla y no le había contestado.

Al entrar en casa vio a Cristina preciosa, con un vestido que no recordaba y una sonrisa de las que te llegan directa al corazón. Le dio un beso a su hija y la hizo girar con gesto de admiración.

—¿Qué celebramos? ¿Por fin vas a presentarme a tu novio? —bromeó, Cris se empeñaba en no llamar novio a Alberto.

—No papá, creo que tardaré en encontrarlo si tiene que superarte a ti. Tenemos algo que celebrar, pero primero disfrutaremos de una cena espectacular.

—Creo que tengo otros planes...

—¡Papá!

Más tarde, cuando ambos se despidieron deseándose buenas noches, sus pensamientos no podían ser más distintos.

Cristina estaba emocionada, su cabeza ya volaba anticipando todas las mejores posibilidades que el viaje le iba a ofrecer.

Diego, no dejaba de pensar que su mujer solo había enviado un billete de avión de ida y vuelta. No sabía si iba alegrarse en caso de que volviera.



UN REENCUENTRO ESPERADO

Su madre la esperaba con impaciencia. Apenas la reconoció cuando la vio llegar. La abrazó y le dio dos besos formales.

—¡Pero cómo vas vestida!, ¿temías que te robaran en el aeropuerto? —le preguntó con irónica sonrisa, conteniendo a duras penas su enfado. Había cambiado y no para bien, ¿dónde estaba su estilosa hija?

Hola mamá, yo también te quiero —pensó mientras contenía a duras penas unas lágrimas inoportunas.

—No te preocupes hija, tengo programado un día super especial, vas a conocer el mejor salón de belleza de la ciudad, pero antes iremos a un spa. Está comprobado científicamente que si estás relajada los tratamientos son más efectivos.

Cogieron un taxi. Cristina aún se sentía abrumada por el coctel de emociones y esperanza que sentía en su interior. Al llegar al hotel donde debía alojarse Cris, le preguntó:

—Mamá, todo esto costará mucho dinero, ¿la sorpresa que tenías que darme es que has conseguido un buen trabajo?

Sabina rió. Por unos instantes, Cris creyó oír la risa brillante y música que tanto añoraba de su madre.

—No hija, qué cosas tienes. Las dos queremos mucho a tu padre pero toda mujer ha de saber manejar la culpabilidad de su marido y él no pudo evitar sentirse muy culpable por haberme presentado a la persona que me introdujo en el mundo de la adicción. Me dio una buena asignación y hasta hace bien poco no he podido usarla. Ahora todo será distinto. ¿No lo ves? —dijo señalando las distinguidas bolsas que las rodeaban, sin decirle el verdadero origen de todo aquello. No podría tocar su dinero hasta no ser dada de alta.

Cristina se quedó momentáneamente sin palabras, pero aún se agarraba a la imperiosa necesidad de admirarla.

—Mamá no sabes cuánto me alegro de que estés bien, tu recuperación en el último año ha sido increíble. ¿Cuándo volverás a casa?

—Hija, debes de comprender... Deberías saber que yo nunca podría vivir en un lugar como el que vivís, yo necesito vibrar y en ese pueblo que tu padre ha elegido para retirarse, yo me marchitaría sin contacto social y sin oportunidades. Tu padre, aunque no fuera consciente de ello, me echó de su vida el día que vendió nuestra maravillosa mansión de Madrid.

—¡Mamá! —repuso indignada. Papá no tuvo más remedio que vender la casa, ¡tu sanatorio es carísimo!

—No hija, —una leve arruga de irritación se insinuó en su perfecto rostro—. No vuelvas a decir nunca más que he estado en un sanatorio, era una clínica de ayuda personal, no lo olvides. Si me hubiera querido de verdad se hubiera esforzado más, hubiera trabajado lo imposible para mantener la mansión. Esa casa era mi obra, en ella invertí lo mejor de mí misma, cada rincón estaba perfectamente diseñado, era yo, era mi éxito. ¿Cómo crees que puedo recibir a mis amistades en vuestra casa? Hija despierta, tu padre y yo hace mucho que no compartimos un proyecto en común y si aún no se ha enterado, es porque no ha querido. Además él en el fondo lo sabe, para Diego será un alivio saber que se ha librado de mí.

Cristina la miró perpleja sin poder contener las lágrimas.

Sabina malinterpretó su aflicción. Con unos golpecitos en la mano intentó tranquilizarla.

—No te preocupes por mí, esto te ayudará a madurar... Todo está solucionado, por la noche podrás conocer a Víctor, él es el verdadero artífice de mi recuperación, estamos muy enamorados. Nos invita al restaurante más lujoso de la ciudad, otros tienen que esperar semanas para conseguir mesa, pero él es cliente vip. Nos conocimos en la clínica, juntos hemos superado una etapa de nuestra vida que hoy es la última vez que voy a nombrar. Él es la persona que he estado esperando toda la vida, tiene suficiente dinero para esta y muchas vidas y yo le voy a enseñar a disfrutar enormemente de ese dinero. Esta noche será la ocasión perfecta para que luzcas un nuevo vestido y un nuevo peinado —la voz de Sabina se dulcificó— necesito que estés perfecta esta noche, necesito que todo sea perfecto.

Cristina miraba horrorizada a su madre. No la había preparado para asimilar que había un nuevo hombre en su vida.

Sabina, entendió. No eran fantasías lo que necesitaba su hija. Se desprendió de su máscara de perfección y superficialidad.

—Está bien.

Su voz sonó extraña sin su estudiada afectación. Le habló con descarnada sinceridad.

—Creo que he sido demasiado brusca dándote la noticia.

Víctor y yo hemos descendido a los infiernos y hemos sabido volver superando nuestras adicciones. Si estamos unidos, ninguno de los dos va a consentir que el otro vuelva a naufragar. La vida junto a Víctor representa la oportunidad de volver a respirar el éxito que solo la riqueza puede dar. No sé vivir sin dinero, cuando empezó a faltar en casa no lo pude soportar. Y además le amo, es mi segunda oportunidad de ser feliz, no puedo dejarla escapar.

Sabina aferró a Cris por los hombros, al acercarse sus ojos delataron un temor que ella sería incapaz de reconocer. Bajó la voz y miró con intensidad a su hija.

—Los dos nos conocemos, no necesitamos fingir.

Sabemos lo bajo que podemos caer. A la vez, compartimos el deseo de gozar, de estar en lo más alto y no tener que esconder lo que somos. Nos reconocemos como iguales. Él me proporcionará lo que quiero, yo lo que él necesita, le ayudaré a volver a presentarse en sociedad y a recuperar su lugar. Juntos beberemos la copa de la vida con avidez y tomaremos de ella todo lo que nos brinde. Y tú, si eres lista, me respetarás por ello y te beneficiarás del estatus y la riqueza en la que me voy a desenvolver. No lo estropees, he querido mucho a tu padre, pero él es un soñador sin ambición, tenía que haber vivido en otro siglo. Yo no le puedo seguir en sus sueños, tengo que vivir mi propio sueño. Un día tú seguirás el tuyo y me entenderás. Y quién sabe, quizás necesitarás mi dinero para conseguirlo.

He sido deliberadamente desagradable con Diego estos últimos meses, créeme si te digo que agradecerá que me vaya, lo he querido mucho, aún le quiero lo suficiente. Esto que ha pasado es lo mejor para los dos.

Me gustaría que lo entendieras, puedo vivir sin su amor, sin el tuyo no.

Sabina cerró los ojos por un momento, para abrirlos después con

determinación, buscando la aprobación de su hija.

Cris sintió un cúmulo de sentimientos contradictorios, detuvo las lágrimas que se agolparon en sus ojos y se forzó a sonreír. Era su madre, quería su madre, ella no podía evitar ser así, había sufrido mucho.

—Mamá, no te preocupes, seré la hija perfecta. Cuando me presentes a Víctor, me alegraré por ti.

—No esperaba menos de mi inteligente y madura hija. Lo celebraremos yendo de compras.

Su madre de pronto pareció rejuvenecer en una amplia sonrisa y la abrazó.

—Ahora a cambiarte, en esta bolsa tienes ropa adecuada. Tenemos muchas cosas que hacer. Te espero en recepción, quiero que me pidan otro taxi.

Cristina la vio alejarse. Su mente había dejado de ser un torbellino, se sentía como un árbol hueco sin espacio para el corazón.

Volvió la vista atrás, hacia la puerta cerrada que simbolizaba el fin de sus esperanzas, su madre no volvería a casa.

Recordó unas frases que había leído en el trayecto del avión. En otro tiempo de ilusiones, ahora perdidas, que se le antojó muy lejano.

“Las personas damos mucha importancia a nuestros afanes, a nuestros deseos. No nos damos cuenta de que nuestra vida se diluye en el devenir del tiempo. Somos meros granos de arena en un desierto, que acaban siendo solo viento”

Por la tarde, juntas emprendieron un periplo por los locales más prestigiosos, las tiendas más exclusivas. Su madre le compró un maravilloso vestido que le sentaba endiabladamente bien.

Fue la hija que su madre necesitaba durante esa noche y durante los días que siguieron, se lo debía, al menos eso quiso creer. Tuvo ocasión de ver la dorada burbuja en la que su madre quería vivir y como ella brillaba, elegante, seductora, hablando de la forma más ingeniosa sin decir absolutamente nada. En ese tiempo, el deseo de huir se mezcló con el descubrimiento de lo terriblemente injusta que había sido y de cómo había

malgrado la oportunidad de que su padre quizás hubiera podido volver a ser feliz.

Cuando embarcó en el avión empezó a respirar de nuevo. Su madre lo lograría, sabía perfectamente como tener a Víctor pendiente de todos sus deseos. Su dinero parecía inagotable, como inagotable sería la capacidad de su madre de amarse a sí misma y de que él se sintiera el hombre más afortunado de la Tierra. Ella era lista, ahora que tenía tanto que perder se cuidaría mucho de volver a caer en la adicción de la cocaína.



GESTOS QUE VALEN MÁS QUE LAS PALABRAS

Cristina sabía lo que tenía que hacer, en el viaje de vuelta había ensayado mucho y casi se sabía de memoria las palabras que debía decir.

Quería pensar que no había actuado tan mal, solo estaba defendiendo a su familia. Pero entonces recordaba a su padre sentado al piano con la mirada triste, intentando sonreír. Volvía a ver como Alba había cruzado los brazos cuando ella la detuvo, su aire de desamparo cuando le gritó.

Sabía que Alba aún no estaba de vacaciones, la buscaría en el instituto y se lo explicaría todo.

Cuando por la tarde se dirigió hacia su tutoría, pensó que tampoco tenía que justificarse, solo tenía que enderezar las cosas. Nerviosa, repasó una vez más su discurso.

Abrió la puerta y allí estaba ella, rodeada de papeles. Cris se quedó clavada en la entrada y se sintió morir. De alguna manera inexplicable, sin palabras, Alba entendió y las dos se fundieron en un abrazo reparador.

Cristina quiso hablar, pero Alba le dijo que no con un suave gesto.

—Lo importante es que has vuelto.

¡Cómo la había echado de menos!



TOMANDO LA MEDIDA AL TIEMPO

Alba llegó demasiado pronto a la casa y no tuvo más remedio que esperar al otro lado de la verja. Le gustaba ser puntual, pero no quería llegar demasiado pronto. Diego le había dicho que quería darle una sorpresa. Que hubieran quedado, aprovechando que las chicas estaban en Madrid, le producía inquietud, se parecía demasiado a una cita y no sabía muy bien a qué atenerse.

Cuando faltaban cinco minutos, se decidió a entrar. Diego la recibió con dos besos. A Alba le extrañó que no fuera Pepa quien le abriera la puerta.

—¿Y Pepa?, le he traído una receta de mi madre que me pidió.

—Yo se la daré, hoy tiene el día libre. Ven, pasa por favor.

A Alba le entraron ganas de salir corriendo, todo empezaba a parecerse demasiado a algo que no estaba muy segura de querer.

Diego la llevó hasta la sala donde estaba el piano y el equipo de música, diciéndole:

—Quiero que te relajes y escuches.

Las primeras notas sonaron, envolviendo la habitación con su calidez.

—¿Es el nuevo disco? —preguntó Alba ilusionada.

Diego vio como la emoción teñía sus mejillas y daba brillo a sus ojos, sonrió sintiéndose también feliz por ser capaz de provocar esa luz.

—Es la música de la canción que me ayudaste a componer.

Impulsivamente se levantó y le ofreció su mano.

—¿Quieres bailar? Yo no canto tan bien como mi hermano, pero lo intentaré.

No es a tu hermano a quién yo necesito oír —pensó Alba.

Diego volvió a poner la canción desde el principio.

La atrajo hacia sí, y deslizó su mano lentamente por su espalda, provocando un estremecimiento delicioso en Alba. La miró con dulzura antes de acercarse más, para cantarle al oído las palabras que tanto les habían llegado a unir sin darse cuenta.

Sin ti... empezaron a girar cada vez más lentamente, hasta quedar

abrazados escuchando tan solo la música que les llegaba como un torrente desde el corazón.

Las bocas se encontraron y las manos, con urgencia, despertaron el deseo tantas veces postergado por el miedo de volver a hacerse daño. Enredados, no acabaron de dejarse llevar y todo fue tan apresurado que al finalizar, se miraron temiendo encontrar la decepción que sentían, en los ojos del otro. Lo que vieron fue el espejo de sus propios miedos y el anhelo profundo de no perder aquello que juntos podrían tener. De alguna forma se reconocieron y la risa les surgió desde muy adentro. Se rieron de ellos mismos, de la ropa que aún estorbaba, de las caricias que se quedaron por el camino, de la premura desatada... y esa risa les liberó y les dio las alas para un nuevo comienzo.

Diego se aparto un poco, la miró largamente y le retiró con dulzura un mechón de su cara.

—Profesora, creo que he suspendido este examen.

Alba se dejó llevar por el calor que transmitía su mirada y algo en ella respondió con sinceridad y pasión. Le devolvió la caricia con un gesto travieso.

—Sí, has suspendido, tendrás que repetir.

Volvieron a reír y esta vez, le tomaron la medida al tiempo.

Diego la abrazó, sin palabras le expresó cuánto deseaba amarla sin reservas, sin trabas. Poco a poco los dedos volaron sobre la piel, redescubriendo los lugares más secretos. Desataron las cuerdas que aferraban con miedo el deseo y dejaron que sus cuerpos escribieran una música que quedó grabada en cada rincón, en el corazón.



VOLVER

Diego se despidió de Alba, dejando que sus brazos volvieran a expresarle todo aquello que sentía. No la besó, no hubiera podido dejarla ir.

Ella se fue deseando volver.

Mateo la esperaba y no pudo evitar sonreír al verla. Su forma de andar atrapando el aire...

Todo en ella hablaba de la intensidad de lo hallado.

Todo en ella hablaba del amor recobrado.



UN NUEVO FINALL O UN NUEVO PRINCIPIO

Alba y Diego habían escogido el momento propicio para reunirse con sus hijas y contar entre los dos, lo que estaba por fin sucediendo.

Querían contarlo un poco desde el principio para que pudieran entender que no era algo precipitado y que para ellos era importante. Nada dijeron de la reacción de Cris, entendían todo lo que la había llevado a actuar así, no había nada que perdonar.

Al acabar, Lucía fue la primera en preguntar:

—¿Nos estáis diciendo que vamos a ser hermanas?

—No —contestaron al unísono.

—No hay planes de boda —aclaró Alba. Vamos a ir despacio, cuidando la relación. No queremos que si lo nuestro no funcionara, tuvierais que separaros. Ante todo queremos ser buenos amigos. Seguiremos viviendo en nuestras respectivas casas y eso sí, empezaremos a salir como cualquier pareja normal.

Diego rozó la rodilla de Alba bajo la mesa.

Ella le miró y vio en él todo aquello que esperaba.

Diego pensó que nunca había estado tan hermosa como ahora, prendida en su mirar, ilusionada. Él por su parte iba a hacer lo posible y lo imposible para pasar con ella el resto de su vida.



SOBRE LA AUTORA

Nuria Espert Más (Valencia, 1962)



Profesora y especialista de Audición y Leguaje. Trabajo en un colegio de Ontinyent, ayudando a los niños con problemas de comunicación.

Siempre que tengo oportunidad les cuento cuentos, creo que es fundamental que los niños crezcan rodeados de buenas historias.

He publicado el libro infantil “Dulces sonrisas dormilonas”.

He escrito “Las mareas del tiempo”, una novela juvenil sobre el acoso escolar.

“Un rincón del corazón que nadie pisa” es mi primera novela publicada. Con ella espero hacerte llegar un poco de mí y el deseo de que quieras, a través de sus páginas, dejarte llevar y sentir el vuelo de las mariposas.



